



ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CURSO DE CIENCIAS NATURALES

SEGUNDA CONFERENCIA

5 de enero de 1882

CONCEPTO DE LA MATERIA

POR EL SEÑOR

DON LAUREANO CALDERON



SEÑALADÍSIMA honra es para mí el encontrarme hoy ocupando este sitio y solicitando atrevidamente vuestra atención para tratar de presentaros, siquiera en abreviado trasunto, lo que sea el concepto de la materia.

De poco afortunada podréis acaso tachar la elección de la persona destinada á desarrollarle; pero no dejaréis de reconocer que el asunto entraña tan profundamente en las más capitales cuestiones de la ciencia natural, encierra en sí tales y tan múltiples problemas tocantes á la ciencia toda, que era fuerza, sopena de mutilar el organismo de la ciencia natural que en resumen aquí ha de presentarse, consagrar una

conferencia á su examen, por ligero y precipitado que éste fuera.

Cúpome á mí en suerte; y si bien yo no he de pretender iluminar con la claridad de la evidencia lo que para la humanidad entera está aún envuelto entre las sombras que oscurecen los primeros principios, cumpliendo la ley que el deber científico como el precepto moral imponen, acepté el encargo, no sólo para confesarme á mí propio el vacilante estado de mi pensamiento, sino también para recibir de vosotros con la crítica, amarga penitencia del vanidoso, nuevo estímulo al trabajo, mayor atención al asunto, percepción más clara de la realidad, y más profunda convicción de que al reducir á las formas concretas de la palabra y al lógico encadenamiento de las ideas los desordenados y calenturientos sueños de la fantasía, los que aparecían gigantescos edificios de construcción científica admirable, se derrumban y desmoronan como obras cimentadas sobre movediza arena, no elaboradas con el tesón y reflexiva constancia que las hace encarnar en el espíritu donde tomaron forma viva y persistente durante la obra lenta de una gestación laboriosa.

El asunto es tal, que sin género alguno de duda puede decirse que es uno de los que por el crítico estado del pensamiento actual exigen mayor suma de conocimientos y dominio más completo de los dos términos que en sí contienen todo el problema del conocer: la idea y la sensación.

Es evidente que la Naturaleza, como un orden de realidades que se nos presenta ante la vista, sólo nos será conocida cuando hayamos llegado á penetrar el secreto de cada una de sus manifestaciones, el lazo de unión que exista entre tan múltiples apariencias como al sentido se nos ofrecen; cuando nos hayamos hecho dueños del principio de unidad en que descansa toda su tan aparente complejidad; en otros términos, cuando hayamos construído la ciencia de lo absoluto de la Naturaleza, su metafísica, en una palabra.

Pues bien; si pensáis que aun hoy por hoy es una verdadera cuestión la de que pueda formarse la metafísica como tal ciencia pura por lo que á las ideas se refiere, compren-

deréis que si ni aun nos es fácil demostrar que la ciencia del espíritu, lo más inmediato á nosotros, nos sea verdaderamente asequible, mucho menos ha de sernos afirmarlo de la ciencia de la Naturaleza, á la cual únicamente llegamos mediante un proceso sumamente largo y complejo, mediante la traducción de nuestras impresiones recogidas por el sentido, interpretadas por la idea, proyectadas después con los vivos colores de la fantasía y sistematizadas, por último, mediante las leyes del sistema del conocimiento.

Surgen, pues, estas primeras y capitalísimas cuestiones.

¿Es posible constituir hoy alguna ciencia sobre principios absolutos? Dado que esto sea posible en la ciencia de las ideas, ¿lo es respecto de la Naturaleza, de la cual me separa el infranqueable abismo que existe entre mi idea y lo que no es ella misma? ¿Puedo yo por medio de los parciales estados afectivos de mi cuerpo recibidos en la fantasía é interpretados; puedo yo, repito, borrar el sello subjetivo que á la impresión sensible caracteriza para recoger sólo lo absoluto que allí existe sin duda, pero en proporción inconmensurable para mí? ¿Puedo acaso afirmar de la absoluta verdad de la idea y de lo en ella hallado como espejo fiel y verdadero trasunto de lo exterior?

Si acaso no existe hoy una ciencia de principios absolutos por lo que respecta al espíritu, ¿cómo y por dónde hemos de llegar nosotros al conocimiento de aquello que es para nosotros mediato, como la Naturaleza, con la única fuerza de la idea encerrada en este mudable cuerpo que la contiene? ¿Por dónde hemos de ir desde el conocimiento de nuestro espíritu al conocimiento de lo exterior, para que éste se nos presente con tal carácter de evidencia absoluta, que podamos responder de su contenido como respondemos del interior de nuestra conciencia? Aparte de éstas, hoy insuperables dificultades, hay otras que nacen de la pasión de escuela y del espíritu estrecho con que de consuno han procurado religión y metafísica vilipendiar la Naturaleza, considerándola como eterno torcedor de nuestras acciones aquella, como pasivo y servil instrumento del espíritu la última. Raro es que de materia se hable, y se haga de ella asunto de meditación, sin

que se eleven protestas contra lo que aun se considera como la marca de perdición que la Humanidad lleva consigo, y más raro aun que por alguien se pretenda concederla la misma significación que á todo otro elemento de los que constituyen el cosmos, sin que la censura se convierta en anatema y la crítica en exorcismo.

Inútil es decirnos que esta consideración no pesa ni vale en mi ánimo, y que todo lo que diga no va inspirado más que por este propósito: encontrar la verdad hasta donde mis fuerzas alcancen, sin preocuparme de las consecuencias de mi doctrina, ni de cuáles fueran las afirmaciones que directa ó indirectamente ataquen á los principios usualmente admitidos.

La primera pregunta que debo formular es la siguiente: para formar un concepto, que en suma no quiere decir más que esto, conocimiento absoluto, total y completo de un objeto; para formar el conocimiento absoluto de la materia, ¿por dónde hemos de comenzar? ¿Cuál es el camino que nosotros debemos seguir para encontrar lo que sea la materia? Desde luego, la primera pregunta que á todos se ofrece es ésta: siendo la materia cosa referente á la Naturaleza, debo hallarla por medio del sentido; y por consiguiente, si se pregunta ¿por dónde percibo la materia? El sentido común responde: yo la veo con mis ojos, yo la toco con mis dedos, yo la oigo sin duda ninguna con mis oídos; pues entonces por medio de los sentidos del cuerpo es por donde yo debo buscar los elementos que permitirán formar el concepto de la materia. Sin embargo, esta afirmación de sentido común que el hombre repite á todas horas está de todo punto desprovista de fundamento, y voy á mostrarlo. En primer lugar, si vosotros analizáis detenidamente cuál es el dato que toda impresión nos suministra, encontraréis que no es precisamente materia lo que tocamos, oímos y vemos. Cuando yo, por ejemplo, coloco mi mano sobre esta mesa, no es ciertamente materia lo que siento bajo mis dedos; es exclusivamente una impresión de resistencia; cuando la luz del sol viene á herir mis pupilas, no es materia lo que recibo, sino una impresión de luz, de fuerza, en una palabra; cuando yo oigo, no es materia, sino

única y exclusivamente una vibración lo que hiere mi oído; en suma: lo que yo recibo en mis sentidos, es exclusivamente la traducción directa é inmediata de todas las actividades de la Naturaleza en cada uno de mis órganos, que se manifiesta en mí por una de estas impresiones: sonido, tacto, luz, etc. Por donde, como veis, esa afirmación que yo hago, precipitadamente, como cosa evidente é indiscutible, cuando yo digo que lo que toco, que lo que veo y lo que oigo es materia, precisamente eso es lo que no he visto ni he tocado nunca: lo que he tocado, he visto y he oído ha sido exclusivamente la fuerza que se me ha impuesto en los sentidos.

Pues bien; si el sentido no nos suministra la noción de la materia, ¿cómo es, sin embargo, que nosotros hablamos de cosas materiales? De cosas materiales hablamos todos, sin embargo, y cuando yo afirmo aquí que tal ó cual cuerpo es material, que mi mismo cuerpo es material, ¿con qué sentido puedo decirlo? ¿Qué es lo que en esta noción existe para que realmente tenga autoridad alguna el decir que la materia es y existe? Para que observéis cuál género de precipitación envuelve esa manera de hablar, no tenéis más que observar el carácter complejo y abstracto de nuestra idea de la materia. Suponed una montaña de hielo; aquella masa completamente informe, dura, opaca y resistente, expuesta á la acción de los rayos del sol, adquiere una cantidad de movimiento que la permite romper los lazos que mantienen unidas sus partes y disgregarse, formando torrentes de agua cristalina y pura; suponed que la acción del sol sigue obrando sobre aquella masa ya en fusión, y entonces las partes que constituyen el líquido van ampliando sus distancias, separándose y constituyendo el vapor tenuísimo que engendra la nube; suponed que la acción de los rayos solares sigue actuando y que aquello que era vapor llega á convertirse en algo más tenue é imperceptible que el vapor: el gas. Figuraos, por el contrario, que toda la masa de gas formada va enfriándose, y entonces lo que fué gas, se hace sutilísimo vapor primero, agua después, hielo duro, muerto y petrificado, más tarde, recorriendo en sentido inverso todos los períodos de transformación por que antes atravesara. ¿Qué es lo que

cambia y qué es lo que subsiste á través de todas estas mutaciones y de esta serie de cambios que se realizan desde la dureza é inflexibilidad del hielo, la movilidad del agua, lo tenue y vaporoso de la nube y lo completamente invisible del gas? ¿Qué nota común se halla entre todos estos diversos estados, formas y apariencias del agua para que, siendo tan radicalmente diferentes, afirme el sentido común que son cuerpos materiales?

La cuestión es, pues, en extremo ardua y difícil; no cabe dudar, en efecto, que existe una nota común para caracterizar tan diversos estados; porque si no la hubiera, no habría fundamento racional para afirmar que existe la materia, y que ella constituye los cuerpos que nosotros caracterizamos como tales. Pues bien; si esto es así, y si el sentido, como antes decía, no nos da la noción de la materia; si no nos la da tampoco la idea, porque la idea que puedo yo pensar en la materia, únicamente mediante mis sentidos, ha adquirido su fundamento; si yo, además, por mi desgracia, no puedo recibir ni recibiré jamás mi cuerpo como una totalidad y como un sér completo dentro de mi conciencia, sino que recibo sus afecciones particulares, ¿cómo y por dónde deberé yo formar el conocimiento absoluto de la materia?

El conocimiento de la materia puedo formarle sólo interpretando los datos del sentido hasta donde quepa, por medio de las ideas que yo ya tengo; recogiendo estos elementos sensibles y hallando sus elementos comunes, é induciendo, en una palabra, de las simples apariencias, de los fantasmas fugaces del sentido, cuál es el conocimiento que formo y cuál es efectivamente la realidad que de la Naturaleza percibo.

Ahora bien; si vosotros pensáis un momento en lo que esto significa, comprenderéis que no representa otra cosa que la unión entre el conocimiento ideal y el conocimiento sensible, el conocimiento ideal-sensible en una palabra, en el que, ya valiéndonos de los datos que el sentido nos suministra, ó ya remitiéndonos á los datos artísticamente obtenidos por la experimentación, procuramos averiguar cuáles son las causas que han producido en nuestro sentido

determinadas afecciones. De esta manera llegaremos á formar el concepto ó la idea de la materia. Pero las ideas que yo tengo y que dentro de mi mente abrigo, por medio de las cuales he de traducir en teoremas y doctrinas los hechos que bajo mis sentidos caigan y las impresiones que en mi cuerpo se produzcan, ¿de dónde vienen?

Á esta cuestión cabe contestar que las ideas que yo tengo y que dentro de mi cerebro abrigo, acaso en mínima parte, son elaboradas por mí; pero la mayoría de ellas, sin duda alguna, vienen de toda la serie de vidas que se ha producido en el mundo; ideas que han ido formándose y transmitiéndose en el tiempo infinito; preciosa herencia que he recogido como un efluvio de los que fueron, y que hasta mí ha llegado por medio de los elementos de cultura general y ordinaria que todos tenemos.

Por consiguiente, estas ideas, por las cuales he de interpretar los datos sensibles, no son, en cierto modo, mías, sino que son la mayor parte de ellas como el sedimento que han ido dejando los hombres que por la tierra han pasado, que yo he ido recogiendo en diferentes testimonios, ya hablados, ya escritos, y que aprovecho después para reconstituir con todos ellos, en completa unidad y enlace, lo que, acaso con no escasa soberbia, llamo mi pensamiento y mi idea.

Pues bien; ¿qué os dice esto? Esto os comprueba que será menester que yo comience á buscar en la serie de evoluciones del pensamiento cuáles han sido los diferentes conceptos de la materia, cuál la manera de pensar que yo hoy tenga y cuáles los elementos que me pertenecen, cuáles los que vienen de otras edades, para hallar lo que resta aún que hacer para conocer la materia, en una palabra. Pensad que la historia del pensamiento, en todas sus manifestaciones, no es mas que el análisis crítico de una serie de evoluciones en las cuales cada una de ellas ha estado contenida en la anterior, de la misma manera que el grano de trigo contiene dentro de sí una planta, y dentro de aquélla otra, hasta el infinito. Es, por consiguiente, menester que nosotros partamos de aquellos conceptos que haya conservado la historia sobre la materia, para de este modo conocer cuáles son los preceden-

tes de nuestro pensamiento, y recoger además el fruto que otros hombres obtuvieran, por pequeño que él sea.

Hasta donde la historia llega, puede decirse que el primer cuadro de una filosofía, en que la consideración de la Naturaleza forma como la base y raíz de los sistemas, es la filosofía griega.

Comienza en la escuela jónica la consideración sistemática de la Naturaleza, sucediéndose, por uno de esos movimientos rítmicos tan comunes en la historia del pensamiento, las oscilaciones desde el atomismo al dinamismo; ambas á dos, las primeras y únicas direcciones que para explicar la Naturaleza registra la Historia. Ábrese este período, por tantos motivos digno de estudio, con las afirmaciones de Tales, para quien la materia estaba sólo constituida por cuatro elementos, que por su acción mutua daban por resultado el mundo todo.

Prosigue á esta afirmación, completamente dogmática, según eran todas las que en aquel tiempo habían de hacer los filósofos, dada su manera de pensar, las doctrinas de Anaximandro, que cree que la materia, constituida exclusivamente por principios que no son de orden físico, ni poseen cualidad exterior sensible, se diferencia y determina en materias segundas, que manifiestan propiedades completamente fijas y constantes, con movimiento propio y peculiar. Anaximandro, pues, constituye, por decirlo así, el mundo con elementos diversos y discretos que no tienen entre sí relación alguna, y parten y penden en absoluto de la materia primitiva que los informa, base de todas las manifestaciones exteriores de la Naturaleza.

Afirmaciones más ó menos claras en sentido mecánico en el sistema de Anaxágoras, y dinámico en los de Anaxímenes y Apolonio, cierran este imperfecto resumen de la escuela jónica, en la cual puede decirse existe la potencia de todos los elementos que han de venir á dar el carácter de genial adivinación que posee la filosofía natural en Grecia.

Aparece después Pitágoras, quien fundando toda la realidad en los números y considerándolos como la clave de todas las cosas que existen, aplica estos principios á la inter-

pretación de la Naturaleza, y representándolos en el espacio, admite que los números se traducen exclusivamente en puntos geométricos, entre los que existen espacios completamente vacíos; estos puntos geométricos, moviéndose en constante dirección, engendran la línea; moviéndose ésta paralelamente á sí misma y en una dirección constante, engendra la superficie; la traslación de ésta engendra el cuerpo, no concebible sino bajo la idea del espacio; notad ahora, y esta es una primera consideración de orden filosófico histórico, que este mismo sentido se ha perpetuado en la geometría, que hoy mismo explica la generación de la línea por el movimiento del punto, de la misma manera que el movimiento de superficie engendra el cuerpo sólido.

Hé aquí una manifestación del atomismo sistemático, atomismo que reviste, sin embargo, un carácter ideal en extremo al afirmar que el espacio, como mera forma, es susceptible de engendrar la materia.

Acaso pudiera hallarse que esta concepción no está desprovista de un cierto sentido dinámico, si se reflexiona que el espacio no es imaginable para Pitágoras si el movimiento no le da una verdadera virtualidad; sin discutir esta tesis, acaso razonable, cúmplenos hacer constar que la doctrina de Pitágoras fué más tarde resucitada por Leibnitz, quien de modo en extremo semejante pensaba la materia y sus formas determinadas.

Demócrito y Leucipo más tarde construyen el atomismo, afirmando que el átomo, *lo insecable, lo indivisible*, constituye todo lo que es y existe. Los átomos son diversos, de diferentes especies; su reacción engendra el mundo, del que son aquéllos causa y origen primeros.

La filosofía griega ha recorrido hasta aquí un ciclo, que de clasificarle con nuestro tecnicismo actual, calificaríamos de *monista*; pero en este ciclo, el atomismo de Anaximandro ha sustituido al dinamismo de Thales, como la concepción mecánica de Anaxágoras reemplaza á la dinámica de Anaxímenes. Pitágoras ha construido el mundo fundándose en la idea de número, cuya más perfecta expresión es la *unidad*; unidad que se traduce en el espacio por el punto geométrico,

lo más simple que del espacio cabe pensar, la pura idea del espacio singularísimo en una palabra. Demócrito y Leucipo corporalizan la concepción pitagórica y constituyen el mundo por la agrupación de los átomos, de cuyos conflictos pende la vida del universo, cerrando así este primer período de la filosofía griega, en el que se hallan en potencia todas las doctrinas que en la Historia han de aparecer más tarde para explicar la Naturaleza, la materia y sus fenómenos.

Platón, para quien el espíritu es el objeto casi exclusivo de la filosofía, sólo consagra en su diálogo Timeo breves líneas á la materia, la expresión más fiel de lo contingente. La materia no tiene forma, ni ideas, ni capacidad por una forma, según Platón. El espacio y la materia constituyen una esencia, causa de lo mudable y perecedero, y la idea que lo informa todo, no existe en la materia, cuya pasividad é inercia sólo la hacen apta para recibir la actividad que, engendrada en otro mundo, la dirija y la informe. Á tan exclusiva manera de considerar la materia, por una reacción natural contra el espiritualismo platónico, sucede la doctrina de la antigüedad que más transcendental influjo ha ejercido; la de Aristóteles, quien dando el valor que debe á la constitución de la Naturaleza, afirma que la materia es, unida con la forma, la mitad del mundo; y por eso dice: «que el mundo está constituido exclusivamente por materias y formas; que la materia es infinita, y que, constituida como está de átomos, llena el espacio entero; esta plenitud no es para él obstáculo al movimiento, puesto que al moverse los cuerpos se ceden el espacio unos á otros;» siendo realmente notable que fuera Aristóteles á quien hubiera de ocurrírsele la manera de solventar una dificultad que aun hoy es causa de controversia en las ciencias físicas, como lo comprueba el que eminentes físicos se nieguen á admitir que los cuerpos se muevan estando toda la Naturaleza llena de materia, que es para el gran Aristóteles la expresión de lo infinito y de lo continuo.

Funda Zenón el estoico el principio de lo que *viene á ser*, en la materia, y participando en cierto modo de las ideas de Platón, caracteriza la materia como absolutamente pasiva,

creyéndola, sin embargo, al mismo tiempo, base y fundamento de toda existencia.

Recojamos las afirmaciones que se desprenden de las doctrinas sustentadas en todo este período histórico, y hallaremos que la materia es actividad y fuerza, para Thales, Anaximandro y Pitágoras: espacios irreductibles llenos, que por su integración constituyen los cuerpos, para Demócrito, Leucipo y Aristóteles.

Estas dos direcciones, dinámica la una, geométrica más bien que mecánica la otra, no difieren como habían de diferir más tarde las dos doctrinas que con este nombre se clasifican en la filosofía de la Naturaleza; el atomismo griego difiere del que aun hoy imprime honda huella en la ciencia de la Naturaleza, en que aquél no buscaba por lo general fuera del átomo mismo la causa de sus cambios, en tanto que el atomismo reinante niega que el átomo sea más que como el asiento de fuerzas y acciones que de otras esferas vienen á la Naturaleza, de por sí muerta y petrificada.

Cerramos aquí este primer período histórico, tan rico en contenido genial y en instituciones maravillosas como acaso no se registra otro en la historia del pensamiento; y siguiendo el orden cronológico, no encontramos elemento alguno digno de consideración hasta la Edad Media. Roma, la cuna del derecho constituído, la señora del mundo, ocupada de informarle bajo su soberanía, con el espíritu endurecido como el cuerpo de sus hijos con el continuo chocar del hierro y del bronce, si poseía la fuerza que jamás pueblo alguno ha manifestado, distaba mucho de las ideales concepciones del pueblo griego, para quien ciencia y arte, religión y filosofía brotaban juntamente del más poético y transcendental sentido del mundo que hasta el presente registra la Historia. Roma imponía el derecho, como Grecia impuso la Filosofía, el arte y el panteísmo naturalista y antropomórfico que había de vivir más tarde bajo otras formas. Roma hacía al Orbe su esclavo: y ella pagaba su tributo á Grecia, de donde recibía los elementos de su saber y cultura. Grecia contiene en sí todos los gérmenes del pensamiento humano que había de desenvolverse más tarde; Roma paga su tributo y no pone ele-

mento alguno en los sistemas filosóficos griegos, cuya evolución atomista canta el poeta Lucrecio en su poema de la *Naturaleza de las cosas*.

Nada, pues, hallamos en el período de la civilización romana que importe á nuestro asunto, ni nada original tampoco en la Escuela de Alejandría, ni aun en los primeros siglos del cristianismo.

La civilización cristiana, cuyos más autorizados intérpretes son los Padres de la Iglesia, arranca directamente de la escuela de Alejandría, donde se fundieron, bajo el poderoso y sintético pensamiento griego, los restos de tan diversas civilizaciones. El sentido aristotélico para la interpretación de las leyes naturales, vive en la escolástica y adquiere carácter de dogma bajo el ideal cristiano, espiritualista hasta el punto de no ver en la Naturaleza sino el elemento de perdición y muerte para el hombre, reflejo divino como espíritu, barro y podredumbre en cuanto cuerpo.

La experimentación, guiada por las ideas filosóficas de la Grecia casi siempre, se desvía del derrotero que una sana crítica había de señalarla más tarde, y ora espantada por el fragor de fratricidas luchas, ora perseguida como arte maléfico, se refugia en los claustros ó se abriga con los alquimistas bajo los atrios de los templos. Al experimento que sólo puede dar luz mediante la severa crítica, fría y reflexivamente interpretada, sustituye la tentativa precipitada, ejecutada, á veces con una perseverancia maravillosa, en el oscuro rincón donde las ideas subjetivas se agrandan y crecen, y sirven de alimento al espíritu preocupado, que falto de comunicación, da más solidez á sus ensueños á medida que más los acaricia.

La crítica de otra parte se hallaba poseída de la preocupación del dogma, y el afán de conciliar la lógica formal con la verdad revelada, daba á la investigación filosófica un sello de preocupación que no la hacía compatible con la observación de los hechos naturales. El excesivo predominio de lo particular sobre lo general, los conflictos que entre todos los elementos de la vida humana se suscitaban á cada paso, hacen, pues, de esta edad en que la escolástica y la Alqui-

mia caracterizan la investigación tocante al Espíritu y á la Naturaleza, un abigarrado conjunto que aun no ha penetrado la crítica, pero que ofrece en los detalles hoy conocidos una singular mezcla de verdad y error, de tenacidad é inconstancia, de genialidad y preocupación que dibuja con vigorosos contornos la lenta elaboración de una nueva vida con los despojos de las edades que fueron.

Nada, pues, tocante á nuestro asunto podemos encontrar en la Edad Media; mas pronto aparece el movimiento de renovación que acompaña al Renacimiento. Ya producida la renovación de las doctrinas religiosas y filosóficas, aparece el genio crítico experimentalista de aquella época, Bacon, que constituye el Código de la experiencia, y somete á examen los principios de filosofía natural sostenidos con solo el apoyo de la filosofía de Aristóteles.

Reflejase su influjo en la filosofía, en la que semejante tendencia halla sus primeros sistemáticos defensores en Locke y Condillac, tendencia que más tarde viene á traducirse en las doctrinas que habremos de encontrar en algunos filósofos de últimos del siglo pasado y de comienzos del presente. Bacon, en primer lugar, habiendo reconocido que el mundo exterior debía librarse necesariamente de la tiranía que le había impuesto la escolástica, según la que la materia y aun la Naturaleza no eran más que un sello de Caín impuesto al hombre, como eterno torcedor del espíritu humano, siente generosamente la necesidad de levantarse á una esfera más elevada, presintiendo que había de producirse un movimiento de reacción en contra de la escolástica, y sienta las bases del sistema de los sensualistas, como Locke y Condillac, para los que la impresión y la sensación eran la base de todos nuestros conocimientos. Afirma Berkeley más tarde que la extensión infinitamente divisible es el elemento principal que constituye la noción material, siempre incognoscible por el sentido. Esta extensión, repetida en tres dimensiones activas, constituye la materia, la cual, siendo el sostén de lo accidental, contiene dentro de sí elementos de todo punto pasivos, cuyos elementos no se diferencian de por sí; pero que mediante la acción de las fuerzas de la Naturaleza, pueden particularizarse

completamente hasta constituir materias segundas que son siempre exteriores y diversas del Espíritu.

Este es, en suma, el concepto de materia para Berkeley. Por donde veis que ya viene á aparecer la doctrina del espacio, como siendo la que puede explicar la constitución de la materia, de la misma manera que antes lo había hecho Pitágoras, concertando bajo ella además la afirmación que había hecho el epicurismo griego, á saber: que los átomos eran la causa de la composición de la materia, que siendo una podría diferenciarse y distinguirse en materias diversas, doctrina aceptada también por Platón. Por donde vemos cómo un solo hombre ha reunido por sí y ante sí en una más perfecta síntesis el pensamiento de los que le precedieron.

Desde este momento puede decirse que la consideración de la materia toma un carácter tal de importancia, que casi se impone á todos los filósofos. Así, por ejemplo, afirma Hume, á pesar de su criterio idealmente escéptico, aun negando la posibilidad de reconocer la materia, que ésta es, y debe ser, la causa de nuestras impresiones, y que esta causa no puede ser sino la actividad misma, es decir, el movimiento, la fuerza. Esto mismo repite Holbach cuando dice: «Moverse es sentir, sentir es ser movido.» Las sensaciones, en una palabra, no son para Holbach sino un movimiento. Y notad bien que en él aparece como resultado de una intuición semidivina, una completa adivinación de lo que más tarde había de constituir la base de las doctrinas dinámicas que habían de tomar forma en la edad presente. Hallamos después una de las figuras que han dejado más honda huella en las ciencias físico-naturales. Me refiero á Descartes, cuya cultura filosófica y matemática había de predisponerle á enriquecer la ciencia de su tiempo con trabajos de Filosofía natural, cuya importancia y significación nunca serán bastante apreciadas. Recoge Descartes los elementos de sus antepasados; pero influído en parte por el sentido geométrico, caracteriza á la materia exclusivamente por la extensión, propiedad única de los cuerpos sin la que no es posible pensarlos. La extensión, para él, está llena totalmente de materia, el vacío es una abstracción y la materia es infi-

nitamente divisible como lo es el espacio, con el cual es una.

La materia para Descartes se halla caracterizada por ocupar tres dimensiones. Con alguna inconsecuencia afirma sin embargo Descartes, al propio tiempo, que esta propiedad de la materia pende de su actividad, faltando así radicalmente á la primera condición de toda doctrina: á la consecuencia. Así sostiene que los cuerpos no puede concebírseles como vacíos; que el vacío no existe sino como mera ficción de nuestra inteligencia; que Dios no ha podido hacer el vacío, y lo prueba, dice, que si un vaso estuviera completamente vacío, sus paredes se unirían bajo la presión de lo que le rodease.

Por donde veis en esta doctrina una primera nota, cuya importancia me permito haceros observar, cual es la de que no es posible exista materia sin la continuidad; continuidad que se representa para Descartes bajo la idea de una fuerza, de una actividad que resiste á lo exterior. Afirmación singular y por demás notable, puesto que le obliga á apartarse de su propio pensamiento y de las doctrinas basadas en la pura concepción de un espacio estático, para concluir: «que la materia no es sólo extensión, sino actividad, toda vez que esta actividad es menester para la continuidad y para que el contacto entre las partes materiales no se rompa.» De aquí resulta, que habiendo querido fijar puramente una doctrina geométrica, concluye por constituir una doctrina dinámica.

Desde el momento en que Descartes lega su obra á la humanidad, la doctrina dinámica reina casi exclusivamente y halla nuevos y más sólidos apoyos en los sistemas filosóficos posteriores. Y como prueba de esta aseveración, basta citar el nombre de Leibnitz, eminente matemático y admirable pensador, quien no obstante el eterno dualismo en que siempre se movió su pensamiento, entre la razón de una parte y la tradición de la otra, viene á constituir una doctrina por demás estimable y trascendental aun á pesar de su flagrante inconsecuencia. Sostiene Leibnitz que la materia está constituida por la agrupación de centros de fuerza, elementos activos é incorpóreos, que determinan el espacio, pero que siendo activos, no ocupan espacio alguno. Estos centros de

fuerza, estas *mónadas* por sí informan y dan caracteres propios á los cuerpos, determinando lo que la materia viene á ser, las cualidades todas de las materias secundarias ó cuerpos, en una palabra. Asienta también Leibnitz, que siendo la materia completamente pasiva, no se caracteriza completamente por la extensión, sino que al mismo tiempo es menester pensarla como extensa, impenetrable y dura, cayendo á su pesar en flagrante inconsecuencia, por cierto, con su aseveración anterior de que la materia es la pasividad pura.

¿Á quién se le oculta que la impenetrabilidad y la dureza no representan otra cosa que una resistencia enfrente de otra, una actividad, una fuerza, en una palabra? ¿Por dónde han de ser la impenetrabilidad ni la dureza manifestaciones de la pasividad, cuando precisamente impenetrabilidad quiere decir actividad que se opone á algo que propende á entrar y á penetrar? Extraña, semejante inconsecuencia en el sistema de Leibnitz, fundado en la concepción del mundo como suma de *mónadas* activas indivisibles y esencialmente activas.

Á pesar, sin embargo, de esta inconsecuencia, es el sistema de Leibnitz el que ha dado origen á las actuales doctrinas dinámicas y ofrece, aparte de su profunda originalidad, una prueba concluyente del benéfico influjo que el progreso de las ciencias naturales ha ejercido en la filosofía. Admirable ejemplo del fruto que una cultura omnilateral y desprovista del sello de subjetiva vanidad con la que los metafísicos, por regla general, han pretendido legislar sobre ciencias naturales, nos ofrece el filósofo que aún hoy denominan los alemanes el padre Kant, quien puede decirse que ejerce en la edad moderna la misma influencia realmente decisiva que ejerció Aristóteles en la antigüedad. Kant, cuya cultura no sólo fué filosófica, sino que consagró también gran parte de su larga vida á investigaciones en todos los ramos de la ciencia natural, escribe con singular acierto trabajos y Memorias que se refieren á las enfermedades del cerebro, á la teoría del Sol, á la de las líneas curvas, á la unidad de la raza humana, á las teorías geográficas y á la constitución de los volcanes. Con tales elementos como base de juicio, y con su maravillosa

potencia de análisis, había de pensar más rectamente que sus antecesores en todo lo que á filosofía de la Naturaleza se refiere, viniendo á comprobarlo el genial sentido con que desenvuelve en su obra de *Los principios metafísicos de la Naturaleza* las leyes y principios que habían de servir para ordenar la enciclopedia del mundo físico. Es este libro de tal trascendencia, supone tan admirable y maravillosa intuición de lo que más tarde habría de hallarse experimentalmente, que aun actualmente puede ser leído con no escaso fruto.

Divide Kant la ciencia de la Naturaleza en cuatro partes, que son: foronomía, dinámica, mecánica y fenomenología; correspondientes á las categorías de *cantidad, cualidad, relación y modalidad*.

Analizando con su severo criterio lógico cuáles son las cualidades de la materia según los diversos aspectos bajo que debe estudiárselas, llega á encontrar que la materia se caracteriza, en primer término, por la actividad, y que por otra parte esta materia no es sólo esencialmente activa, sino continua; y la razón es sencilla, dice: porque el espacio está determinado por la materia. Do quiera que no hay materia, no hay espacio. Porque sería menester que nosotros pensáramos una forma que no tuviera contenido alguno, es decir, un verdadero fantasma, una verdadera abstracción intelectual. La materia es continua además de activa, residiendo en ella la facultad de determinarse en materias segundas que se producen sólo por la relación cuantitativa de las fuerzas en concreciones del espacio natural; sentando así las bases de la doctrina que más tarde había de ser sostenida por varios científicos acerca de la unidad sustancial de todos los hoy llamados elementos químicos.

La materia, pues, se halla caracterizada por el movimiento, producto de fuerzas interiores á la materia misma; este movimiento es propio de ella y se produce por la combinación de fuerzas interiores atractivas y repulsivas. La materia, además, en virtud de su propia actividad y mediante la acción que sobre ella ejercen todos los demás sistemas que á su alrededor existen, puede determinarse hasta constituir los cuerpos particulares que se producen como informaciones

exteriores de esa misma actividad. Lo que hay de verdaderamente maravilloso en esta doctrina, es que si se comparan las doctrinas de Kant con las que al presente reinan en las ciencias naturales, habréis de ver no hemos dado en lo fundamental un solo paso más allá. Poco camino puede decirse que nos queda que recorrer hasta llegar á los tiempos presentes. Dos filósofos hay, sin embargo, sobre los cuales quisiera llamar vuestra atención, porque siendo uno de ellos, sobre todo, totalmente opuesto al sentido positivo y crítico de Kant, está, sin embargo, completamente de acuerdo con él respecto á todas las afirmaciones que ha dado sobre la materia; reparad que Hegel, á quien me refiero, el idealista absoluto, la inteligencia más poderosa que sin duda alguna han visto los tiempos, afirma también que la materia no es más que actividad, resistencia, fuerza, en suma; que la materia no es ni más ni menos que la manifestación de la vida, en el exterior. Semejante concesión es de altísima importancia, y podría acaso citarse como argumento decisivo en pro de las teorías dinámicas actuales.

La brevedad del tiempo no me permite entrar en el examen de las doctrinas de otros filósofos, y pasando sin transición á los tiempos modernos, sólo diré breves palabras sobre un eminente pensador universalmente respetado, y sólo maltratado desde las tan subjetivas cuanto irresponsablemente vanidosas alturas del poder; me refiero á Spencer, cuyo sentido, por demás circunspecto y maduro, es estimado en lo que vale por todos aquellos á quienes su cultura en ciencias naturales permite conocerle, y la ciega pasión de escuela no impide comprenderle.

Spencer, cuya base de cultura se halla en las doctrinas que las ciencias naturales suministran, sostiene que es la materia una resistencia, una actividad que se manifiesta en tres dimensiones, induciendo este concepto de un análisis bien sencillo de nuestras impresiones. Cuando toco un cuerpo, dice, lo que encuentro es una impresión de resistencia, y esta resistencia, apreciada en tres direcciones normales entre sí, me suministra los elementos con los que constituyo mi idea del cuerpo.

La materia se define, pues, por la resistencia en posiciones coexistentes; estas resistencias, determinadas según diversas direcciones, constituyen la impresión determinada del cuerpo. La resistencia es el elemento primario característico de la materia; la extensión es un elemento subordinado á aquél.

La idea de materia no tiene más contenido real para Spencer que las nociones de fuerzas que adquirimos mediante el sentido. La experiencia de fuerza es el elemento de que se compone la idea de materia.

Si recapitulamos ahora los datos que desde el comienzo de la edad moderna nos suministra la filosofía, veremos que con Locke y Berkeley empieza la afirmación de la existencia de la materia como un elemento activo de la Naturaleza, sirviendo para caracterizarla, no sólo el espacio, sino la actividad interna de este espacio mismo. Continuemos más adelante y encontraremos la concepción de Leibnitz, que pretende hacer un sistema para explicar la Naturaleza, fundado pura y exclusivamente en la consideración de puntos inextensos, afirmando, sin embargo, la misma actividad de la materia cuando le da la impenetrabilidad; sentido que bien claramente se había manifestado en Descartes, quien procurando mantener la pura concepción geométrica del espacio como el elemento principal de la idea de materia, viene, sin embargo, á concluir que ésta debe ser eminentemente resistente y activa, en cuanto que mantiene, á pesar de los agentes exteriores, la solidaridad y conjunto de todas sus partes. Idéntica afirmación encontramos en todos los filósofos posteriores, es decir, que si vais recorriendo los elementos que la edad moderna suministra, encontraréis que casi todos los filósofos cuya huella conserva la historia del pensamiento humano, han profesado, más ó menos conscientemente, el dinamismo, y que ha sido esta doctrina como la nota predominante en todos los sistemas que, desde el renacimiento acá, han pretendido constituir doctrina sobre la ciencia de la Naturaleza, dinamismo fundado en estos dos elementos: extensión y actividad.

Llegamos al momento actual. Nada hay más difícil ni

más complejo que señalar cuál es el carácter, cuál el significado de una época y cuál la enseñanza que un momento histórico contiene y dentro de sí encierra, si nos encontramos viviendo dentro de él. Nutridos como estamos con las doctrinas que hoy se forman; sin más fundamentos que el que ellas poseen; sin otro género de precedentes para elevarnos que la intuición completamente ideal de lo que mañana habrán de ser las cosas; sin más horizonte visible que el que nuestra cultura descubre, no tenemos principios determinados para someter nuestra ciencia actual á una crítica tan fundada como el asunto pide.

Obligados estamos, sin embargo, á criticar nuestras doctrinas actuales, siquiera nuestro pensamiento no descubra el porvenir más que entre sombras y oscuridades. Después del cúmulo de experimentos que desde comienzos de este siglo se han ejecutado en las ciencias naturales; después de las afirmaciones completamente contradictorias á que conducen estos experimentos, expuestos en una masa casi incalculable de monografías, que llegan á constituir centenares de miles de Memorias al cabo de cada año en todos los órdenes de conocimientos en que más ó menos directamente se envuelve siempre algo que á la materia y á la Naturaleza se refiere; en medio de tanto hecho, acaso no rigurosamente observado ni rectamente interpretado, encontramos, sin embargo, dos direcciones completamente opuestas, que vienen á repetir las que antes se habían producido en la historia, á saber: atomismo y dinamismo. El dinamismo presente tiene otro sentido en cierto modo más perfecto, más orgánico que el dinamismo antiguo, así como el atomismo que al presente impera en nuestras ciencias naturales es un atomismo más exclusivo, más riguroso y más consecuente todavía con sus primitivos puntos de vista. Desde el momento en que todas las doctrinas de los filósofos que brevemente he expuesto habían venido ya á dar la clave de una constitución dinámica de la Naturaleza, parece que esta era la que debía haberse conservado; pero desgraciadamente no fué así. La teoría copuscular de Newton de una parte, y las afirmaciones de Dálton y de otros en química, hicieron sentar que

los cuerpos estaban formados por átomos, cuyos átomos, dotados de una completa virtualidad, eran los que producían todos los fenómenos que en el mundo exterior se presentan. De otra parte, la doctrina dinámica era sostenida por los partidarios de Fresnel, que, estudiando los fenómenos luminosos, había encontrado que sólo cabía constituir una ciencia natural sistemática mediante la interpretación de los fenómenos, bajo una concepción dinámica de los mismos como producto de fuerzas latentes en el interior de la Naturaleza, fuerzas que, de comunicarse de cuerpo á cuerpo y de materia á materia, habían de ser las que por su composición y conjunto dieran lugar á los fenómenos exteriores.

¿Cómo se ha formado el atomismo presente? El atomismo presente no tiene su raíz, como generalmente suele creerse en las doctrinas físicas, sino que más bien halla su base en las doctrinas químicas.

El atomismo actual parte de este hecho fundamental: los cuerpos, según la química enseña, tienen la propiedad de combinarse unos con otros en relaciones fijas y determinadas. Estos cuerpos, que entre sí se combinan, como digo, lo hacen en proporciones que pueden expresarse en función de su peso, y estos pesos relativos de los cuerpos que se sustituyen unos á otros en las combinaciones, constituyen los equivalentes químicos, ó en otros términos, las cantidades relativas que reemplazan á una unidad que tomamos como tipo de comparación. Hasta aquí no hay razón alguna para tomar tal ó cual dirección de pensamiento preferentemente á otra. Una relación de peso, una relación de actividad con respecto á otros cuerpos, no dice que estos cuerpos estén de por sí constituídos por la agrupación de átomos, ni que los elementos que constituyen los cuerpos sean insecables é indivisibles; lo que quiere decir es que la fuerza química del uno se halla en una relación determinada con la del otro: hasta aquí llega el hecho completamente empírico; pero aparece Dalton, para quien no sólo basta á determinar la composición y magnitud molecular de un compuesto las cantidades ponderales de los elementos que le forman, sino que es indispensable la comparación de estas cantidades ponderales bajo la unidad de vo-

lumen; y aquí es donde se implanta el fundamento del atomismo químico.

¿Qué resulta de esto? Que si dos cuerpos se combinan entre sí en determinada relación de peso, pero al mismo tiempo, sus volúmenes en el estado gaseoso son, por ejemplo, iguales; si admitimos como evidente, según á ello nos obligan los hechos, una ley del célebre físico Gay-Lussac, según la que todos los gases tienen el mismo número de moléculas en igual volumen, concluiremos, con Dalton, que estos dos cuerpos susceptibles de combinarse poseen el mismo número de partículas, de moléculas y de átomos; y como quiera que esta relación entre un volumen y el otro, estas relaciones de fuerza y de volumen simultáneamente, son de todo punto insecables hasta el extremo de que un volumen se combinará siempre con otro igual y nunca con una fracción de aquél, deberemos decir que un volumen será un número determinado, un múltiplo del volumen de los átomos de aquel cuerpo, así como el otro lo será también; luego podremos decir que el número de elementos materiales que constituyen el volumen es igual para los dos cuerpos; siendo, por tanto, evidente que el volumen es un múltiplo del átomo. Los átomos, pues, de los cuerpos poseen diferente energía química en la unidad de peso y diverso peso comparados á la unidad de energía química; pero es evidente que estas relaciones numéricas son fijas y constantes para nuestra experiencia.

De aquí, pues, ha concluído Dalton, y con él la mayoría de los químicos, que puesto que las relaciones ponderales químicas son inalterables y representan masas y volúmenes que no pueden dividirse en cuanto unidades químicas, de aquí ha concluído, digo, que los cuerpos se hallaban constituidos por masas indivisibles infinitamente pequeñas, á las cuales, á imitación de Epicuro, han caracterizado después los naturalistas como esféricas, elásticas, con centros de atracción y un sinnúmero de propiedades que la experiencia no confirma ni la razón autoriza. Examinemos la idea del átomo tal como hoy la química la presenta.

El fundamento de la hipótesis atómica es empírico; examinémosle de cerca y veamos cuál es su significado real;

todo cuerpo posee una cantidad de fuerza química determinada con relación á otro, y esta fuerza se expresa por un número abstracto que recibe el nombre de equivalente. Pues bien; si ahora tomamos este cuerpo y le reducimos á vapor, por los medios que la ciencia suministra, es indudable que lo que habremos hecho habrá sido distender su masa para colocarla en el estado físico en que todos los cuerpos son comparables entre sí, á saber: el estado gaseoso: habremos añadido á la consideración de la masa ponderable del cuerpo que se combina con otro, la noción del volumen ocupado por esta masa en estado gaseoso. Las relaciones dinámicas que antes existían permanecerán inalterables; si estas relaciones se expresaban por números constantes antes, por números constantes se expresarán ahora. ¿Quiere esto decir, por ventura, que los cuerpos estén formados de esferillas archimicroscópicas indivisibles que constituyen por sus agrupaciones las moléculas, las partículas y los cuerpos? Más aun: y prescindiendo ahora de todos los fenómenos de disociación, de las anomalías en las densidades de vapor, de la imposibilidad de estudiar gases que se aproximen al estado de gas ideal que la física considera, todos los datos experimentales necesarios para llegar á constituir la hipótesis atómica se fundan sólo en medidas de acciones dinámicas, de fuerzas, en una palabra. La masa de un cuerpo se determina por la intensidad con que la fuerza atractiva del planeta obra sobre él; el volumen gaseoso sólo está definido por la temperatura que posee y por la presión que ejerce sobre las paredes de la vasija que le contiene; ninguno, pues, de estos elementos de carácter enteramente dinámico autoriza á considerar los cuerpos formados de partes indivisibles. Lo que sí autoriza y hasta obliga á pensar es que las relaciones dinámico-químicas de cuerpo á cuerpo son indivisibles, invariables y constantes; que estas relaciones dinámicas son inalterables aun cuando acaso no tan sencillas como la ciencia actual admite; pero esta invariabilidad no permite concluir nada en favor de la constitución atomística de los cuerpos, sino antes bien, pudiera servir para negarla, á la manera que la invariabilidad del número de vibraciones que cons-

tituyen la nota *do* de la escala con relación al número de las que constituyen la nota *mi*, no quiere decir que las vibraciones elementales de que cada una está compuesta sean indivisibles, según de consuno afirman el análisis matemático y el estudio experimental de las ondas sonoras.

Queda, pues, sentado por lo que os he dicho, que la doctrina atómica, tal como hoy las ciencias naturales la admiten, está mucho más fundada en consideraciones dinámicas que no en hechos que autoricen la concepción corpuscular.

Veamos ahora, siendo este el fundamento de la doctrina atómica presente, cual es el de la doctrina dinámica. Las bases experimentales de esta teoría descansan en los trabajos que sobre la teoría de la luz publicó el eminente físico Agustín Fresnel, y presenta grandes analogías con la doctrina de las mónadas fundada por Leibnitz. La doctrina de Fresnel supone que el mundo se halla constituido por dos especies de materias: una tenuísima, infinitamente elástica, libre, desligada, por decirlo así, de los cuerpos sensibles, y otra coherente en mayor ó menor grado, tangible, que constituye los cuerpos; la una, el éter, casi el alma del mundo; la otra es el cuerpo, los cuerpos sensibles, en una palabra.

La Naturaleza está llena de estas dos especies de materias; una, materia informada, que nosotros tocamos y vemos, la de los cuerpos, la cual no podría ser percibida por nosotros, ni existir, ni relacionarse entre sí, si no existiera la materia libre que circula á través de los espacios, que pasa de uno á otro cuerpo y que forma como el sistema nervioso de la Naturaleza: el éter, ya antes citado.

Este éter es completamente elástico, está constituido por átomos completamente imperceptibles y pequeñísimos, que se sustraen á la acción de los más poderosos medios de observación, separados por poros. Estos átomos son los que circulan, se mueven y hacen vivir á todos los cuerpos, siendo los que dan lugar á las modificaciones que éstos mismos experimentan. Pues bien; si analizáis cuál es el contenido de esta doctrina, observaréis que existe dentro de ella una contradicción de todo punto flagrante. La materia en primer lugar, se dice, es continua; y es continua porque

no son explicables las acciones á distancia. Si las acciones se transmiten, como hoy lo prueba la mecánica, en el puro contacto, ¿cómo se comprende que puedan producirse estas acciones de puro contacto, si entre las moléculas que forman el éter existen poros? Y si existen esos poros y las acciones se transmiten de átomo á átomo, ¿en qué consiste entonces que ese vacío transmite la actividad sin que haya elemento ninguno que la transmita? De dos cosas, una: ó los elementos que constituyen el éter están en contacto completamente constante, y, dentro de los poros del éter debe existir otra materia más fina y sutil que sirva para poner en relación los elementos del éter mismo, ó de no ser así se admiten las acciones á distancia. Y como quiera que la consideración atómica nos llevaría á admitir la existencia de átomos subdivididos hasta el infinito, llegaríamos en último resultado, en el límite, como dicen los matemáticos, á encontrar que la materia es continua; no siendo, sin embargo, esta continuidad un obstáculo para el movimiento; porque según ya lo habían presentido Aristóteles y Descartes, y recientemente lo ha probado Kirchoff por medio del cálculo, puede existir la materia de todo punto continua, sin que tal continuidad sea un obstáculo para el movimiento.

Dejando aquí este género de consideraciones, que podrían llevarnos demasiado lejos, vamos á recapitular lo hasta aquí dicho.

Por lo que habéis visto, todas las doctrinas que acerca de la materia existen se reducen á dos: una que considera á la materia compuesta de partes inactivas, inmóviles, cuya actividad viene de fuera (que es la doctrina atómica), y otra, según la que la materia está formada por elementos activos, dotados de una fuerza propia que les es característica, de una fuerza que los hace distintos entre sí y susceptibles de presentar tales ó cuales propiedades (doctrina dinámica). Estas dos teorías abarcan todas las hipótesis que se han inventado para explicar la materia y sus fenómenos. Pero notad de paso que en tanto que Anaximandro, Anaxágoras, Epicuro, Demócrito y Leucipo en la antigüedad, y Dalton y los químicos modernos, convencionalmente acaso, siguen

la teoría atómica; la teoría dinámica comienza en Thales, es mantenida después, más ó menos decididamente, por Condillac, Holback, Wolff, Leibnitz, Kant, Hegel, y modernamente por Spencer entre los filósofos, y por los Huyghens, Fresnel, Mayer, Joule, Rankine, Clausius y tantos otros entre los físicos y experimentalistas.

¿Cuál de estas dos doctrinas reúne más visos de probabilidad? ¿Cuál debe ser la preferida? En suma, ¿queréis saber cuál es mi pensamiento acerca de la constitución de la materia? Vais á saberlo.

La materia no es, en suma, por lo que los datos del sentido nos suministran y por lo que hasta ahora parece que el pensamiento humano ha podido recoger, ni más ni menos que esto: «la actividad de la naturaleza, en cuanto que esta actividad está permanente y determinada en un punto.» Voy á presentaros un ejemplo. ¿Habéis visto pasar por una lente los rayos de luz del sol? ¿Habéis visto que cuando esa lente es convexa recoge esos mismos rayos, los concentra en un punto (que es el foco) en cuyo centro aparece una imagen microscópica del sol? Pues bien; en ese foco (que es por decirlo así un anillo por donde pasa toda la actividad del astro del día reuniéndose, circunscribiéndose y determinándose) existe una reproducción del objeto; allí está una imagen, y si interponéis una pantalla opaca encontraréis dicha imagen. Suponed que en vez de una lente que recoja sólo los rayos luminosos, poseyeráis una lente que pudiera recoger todas las actividades, todas las fuerzas de la Naturaleza y concentrarlas en un punto, y encontraríais: que aquel foco sería como el punto de unión de dos infinitos; de una parte el infinito por informar y de otra parte el infinito que vuelve de lo ya informado á la Naturaleza, y esta sería la fórmula que explicaría lo que es la materia. En una palabra, vosotros sabéis que mi cuerpo, por ejemplo, que parece lo más permanente y constante que tengo en mí, es sin embargo lo más variable. La fisiología lo dice. Todo mi cuerpo se renueva al cabo de dos meses, toda mi materia se va y se pierde. Lo que yo hago no es más que mantener dentro de mí, unidas por los lazos de la individualidad, todas y cada una de

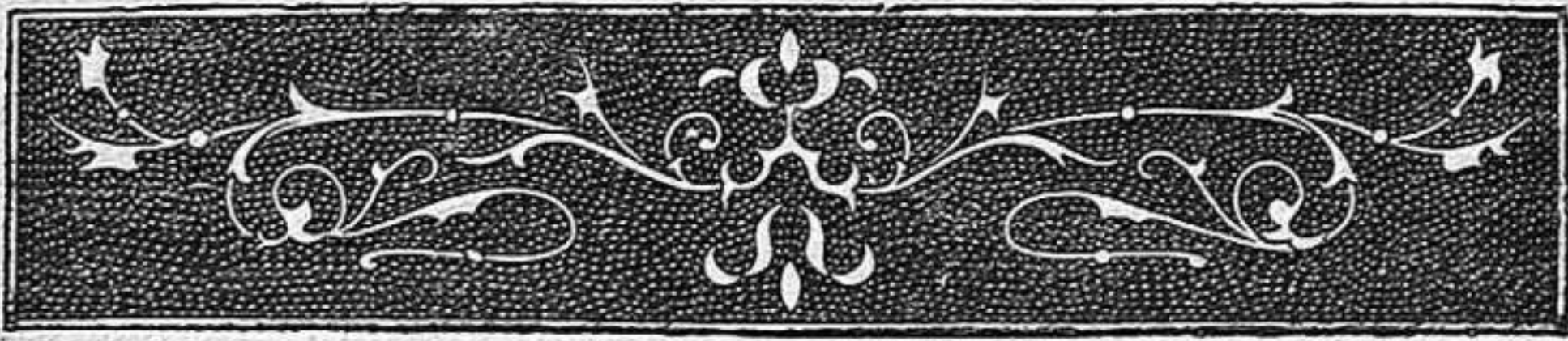
las partes que desde el exterior vienen á mantenerse en sí un punto, durante el cual lo que yo hago es recoger esas actividades y mandarlas al exterior; pero dentro de mí, ni la materia ni la fuerza reposan un momento. La materia que dentro de mí recojo, por ejemplo, para constituir músculos, pasa á la sangre, y de ésta se convierte en excreción. El carbono que yo tomo como alimento es el ácido carbónico que expelo por el pulmón. En mí la materia no reposa, como tampoco reposa la fuerza. De donde, por consiguiente, es mi pensamiento, que no es la materia para nosotros más que como la manifestación completamente determinada, tangible y orgánicamente simultánea de las fuerzas de la Naturaleza. Allí donde las fuerzas de la Naturaleza se combinan y se organizan mediante las necesidades de ella misma; allí donde se dan conjuntamente resistencia, calor, luz, electricidad, magnetismo, allí decimos que hay un cuerpo; y esa noción generalizada, aplicada con más ó menos exactitud, es el contenido de nuestra idea de la materia, por decirlo así permanente manifestación de la actividad natural que se determina en cada cuerpo según las leyes que los sistemas naturales imponen. ¿Qué es lo que hay en los cuerpos que sea asequible al sentido? Exclusivamente fuerza. ¿Qué es lo que hace que estos cuerpos sean? La actividad. La actividad es propiedad de la Naturaleza: la fuerza es esta misma propiedad con relación á nosotros.

Así pensada la materia, halláis que lo que hasta ahora ha podido considerarse como pasividad pura, lo que ha parecido muerto y petrificado recibiendo su actividad de fuera, obstáculo grande sin duda ninguna para constituir una doctrina sistemática de la Naturaleza, aparece como impregnado de la vida de aquélla.

Con la doctrina contraria se cae en una antinomia imposible de resolver: la materia completamente pasiva de un lado y la fuerza completamente activa de otro; doctrina que en tal grado repugna á la razón, que el eminente Hirn, partidario de ella, admite la existencia de un medio entre la materia y la fuerza que venga á ponerlas en comunicación; con la doctrina dinámica; este género de obstáculos está completamente sal-

vado. La materia no es, pues, más que «la fuerza de la Naturaleza orgánicamente manifestada en todas y cada una de sus determinaciones mediante la influencia de las causas exteriores, que así constituyen, por ejemplo, un sol en el firmamento para mantener el equilibrio general del sistema solar, como constituyen una planta, una montaña, ó un sér allí donde las condiciones de la vida natural lo exigen.» En suma, bajo este sentido veis que acaso hay medio de que lo que hasta ahora ha sido llamado vil materia sea considerado más adelante, como debe serlo, como lo más permanente de la Naturaleza, lo más vivo que la constituye, el medio de relacionarse con nosotros mediante la actividad que le es innata.





NECESIDAD DE LA RELIGIÓN



El movimiento siempre progresivo de los adelantos intelectuales se obra por acciones y reacciones: parece que esta falta de exactitud en avanzar establece la razón de la contrariedad, para que todo paso resulte discutido en la lucha de las ideas.

España ofrece un vivo ejemplo si se observa un retroceso en su estado de increencia, á donde ha sido conducida por sus antecedentes: su fanatismo sostenido por los poderes despóticos, su falta de libertad en todo tiempo sobre filosofía religiosa, la han convertido en materialista. No nos hagamos ilusiones, su verdadero estado es éste: su inmensa mayoría no conoce de religión más que el doctrinarismo impuesto por una escuela dominante que procuró ocultarle la verdad; de aquí fué consecuente que al descubrimiento de algunos errores huyó la fe y sólo quedó la hipocresía; porque aun restan intereses que conservar á la sombra de ciertas influencias; aun el Estado sin conciencia mantiene su obligación de llamarse devoto para transigir una diferencia de intereses materiales; pero fuera de estas manifestaciones oficiales, externas, especulativas, falsas, la inmensa mayoría ha dudado del principio religioso, ha perdido la fe, no cree; y lo poco que cree es tan contrariado, que vacila en su

interior á cada momento y demuestra en sus actos el ateísmo, si no lo demuestra también con sus palabras en los momentos de expansión y confianza.

Si tiene conciencia religiosa ó no, lo dicen sus costumbres. El que cree verdaderamente en las leyes del Hacedor, en su eterna justicia, es inclinado á la virtud; y pruebas de virtud son hoy tan raras, que fuera del fanatismo se encuentran escasísimas. El legislador comprueba su ateísmo votando tranquilo la pena de muerte para su semejante, desconociendo el fundamento religioso en que pretende apoyar sus aparentes creencias, el Evangelio, y despreciando apático los medios de sustituir esa costumbre bárbara. El funcionario público encargado de velar por el cumplimiento de la razón legal ofrece un cuadro de parcialidades é injusticias que sería prolijo describir, estando en la conciencia de todo el mundo: el funcionario, pues, es ateo; si le ofende este nombre, que se registre y se convencerá de que no es fe lo que tan fácilmente se cambia por miserables intereses que se evaporan. El ciudadano que lleva en sus labios la fraternidad y apenas la conoce su corazón, como no sea dentro de sus pasiones dominantes, si cree conocer á Dios, debe persuadirse de este error; no lo conoce cuando lo sacrifica todo á su egoísmo, cuando le es indiferente la defensa de la verdad, cuando pasa tranquilo sobre sus crímenes públicos ó privados, y transige y sanciona una lepra de vicios respetados por la hipocresía, si es que no contribuye él mismo á satisfacer esa *moda* actual que tiene su raíz en la prostitución descarada de todas las clases y estados, y su desarrollo en la serie de ambiciones que anulan la equidad en el cumplimiento de todos los deberes de la sociedad.

Pero hemos dicho que se encuentra la virtud escasa fuera del fanatismo, y no se crea por esto que aceptamos la condición de su ignorancia. El fanatismo está significado por una exaltación ideal y ciega de la cual no participa la razón, y esta forma religiosa es siempre transitoria, como no apoyada por las facultades intelectuales. El fanatismo tampoco es perfecto en sus acciones, porque si es capaz del sacrificio en una determinada senda impuesta á su ideal, carece de ini-

ciativa y de progreso, como que carece de inteligencia y de libertad. El fanatismo así puede ser conducido á su contradicción, como tantas veces vemos en la historia.

¿Merece este gran accidente social la atención de nuestras observaciones?

Muévenos principalmente á afrontar la rudeza de esta lucha contra las ideas que se baten desesperadas en su último baluarte, y contra las ideas que entran á cimentar las costumbres futuras, un sentimiento de amor á la realidad que nos despierta á cada paso la falsa idea de la *moral universal*; palabra vana que cunde emitida por científicas inteligencias y puesta en boga, no sabemos si por fórmula, entre las ilustraciones avanzadas, que por la necesidad de decir algo en lo moral han inventado este nombre, cuando su objeto y sus investigaciones son puramente materiales. La verdad es que un fanatismo de negación hacia todas las afirmaciones religiosas ha sustituido hoy al fanatismo heredado en nuestra raza desde las exageraciones teocráticas que empezaron en el siglo V hasta el desarrollo de las escuelas racionalistas, donde cada vez es más acentuada la propensión al materialismo, que después de derribar los ídolos, ha ido más allá queriendo sustraerse hasta de la causa creadora, como de todo lo que sea abstracto.

La *moral universal*, que pretende erigirse en supremo juez de las acciones humanas, no ostenta razón histórica, pues niega y huye de la revelación, tomando esta frase por escándalo científico, ni aceptando algo que pueda resultar fuera de la ley ordinaria. La tradición está asimismo excluida de sus fundamentos; porque ésta, si se descarta de aquélla, queda reducida á una serie de costumbres naturales y de pensamientos instintivos, tan poco dignos de elevar al honor de aquel nombre, como son poco envidiables los cuadros sociales que nos ofrecen todavía las razas y los pueblos análogos á las civilizaciones primitivas. Luego la *moral universal*, en cuanto se le quiere dar este nombre á una ley normal de buenas costumbres adquirida á expensas de una civilización religiosa, representa en verdad una hija ingrata y loca que reniega de su madre y huye de ella negando su origen, pero

llevándose sus mejores galas y sus gloriosos títulos para ornar con ellos su calidad, inaceptable de otra suerte.

¿Qué bases supone ostentar en su código no escrito todavía? ¿Qué novedad, qué otra cosa más de ese gran principio de relación fraternal y humanitario, inspirado á Moisés en el Decálogo y explicado por Jesucristo, puede ofrecernos para que reconozcamos en ella una ley original y propia? ¿Ha podido tampoco añadir una letra á ese pensamiento de ley social irresistible á toda razón donde penetra una sola vez, en veinticinco siglos que lleva entregado á la humanidad para que le sirva de nivel en todas sus armonías? La moral universal, que no se declara hija de la revelación, guarda una íntima analogía con el materialismo, que niega su propia existencia, no reconociendo la causa de la creación que admira.

Ambos conceptos científicos pueden caminar por la senda del progreso, é ir en alas prestadas á su ingratitud; pero llevan por pena de su condición falsa el destino de Lot, y no pueden volver atrás la vista, porque si miran sus puntos de partida, quedan petrificados ante la ley que la declara plagio y ante el principio evidente que sólo puede ser incomprensible por su grandeza.

Un filósofo contemporáneo, nada reaccionario por cierto, pues se llamaba José Mazzini, se lamentó en su última obra literaria de que el estudio del pasado absorbía casi todas las inteligencias de este siglo, pareciéndole que la conciencia de lo porvenir se había extinguido entre los hombres; y decía á propósito del escepticismo adquirido por Renán en sus gustos á la contemplación estéril y en su tendencia á aislar al hombre que piensa del hombre del pueblo, del vulgo, con el espíritu de indiferencia religiosa que tan poco se parece á la tolerancia, que las cuestiones á que se había dedicado aquél con una serenidad impasible habían costado y costarían á la humanidad lágrimas de sangre, y que el pensador no tiene derecho á convertirlas en objeto de gimnasia intelectual, á permanecer indiferente á su solución práctica, ó á faltar por gustos de estética al deber más sagrado que al hombre incumbe, al deber de propaganda, al apostolado de lo que considera verdad.

Porque decía Renán: «Todas las cosas existen porque deben existir; el hecho sólo de su existencia es su razón de ser. Toda revolución, todo fenómeno es á la vez causa y efecto. El bien no existe en sí, ó al menos es inútil é imposible descubrir *si existe ó no*; pero el hombre lo crea, y habiendo hecho de él la tradición un elemento histórico considerable, es *útil* preservar el símbolo y el nombre.»

Estas consecuencias del materialismo encierran la inteligencia en un movimiento circular en donde el progreso es imposible, «porque el hombre no ve en el mundo más que una serie de fenómenos producidos por la fuerza de la materia y *encadenada por un lazo fatal...*» Aquí se pierde la tradición materialista, porque no está dispuesta á buscar de buena fe el extremo de ese *lazo*. Siempre hemos creído que las notables figuras del materialismo son actores en el gran teatro de la especulación; porque hemos visto el efecto obtenido por esas obras de novedad lanzadas á guisa de bombas en los pueblos inquietos ó cansados del escolasticismo, en cuanto al éxito, material también, de algunos millones de reales que produjo la más célebre de ellas en algunos días.

Nosotros no necesitamos decir, como aquel sincero y honrado patriota, como aquel profundo filósofo citado antes, «que quien no ejerce el apostolado de la verdad en palabras y ejemplos, niega la unidad de Dios y de la humanidad; y quien desespera de la inteligencia del pueblo falta á la historia, en la cual vemos que siempre el ignorante acoge con la lógica del corazón las nuevas verdades religiosas.»

No encontramos ninguna verdad nueva en la religión que tenga menós edad de diez y nueve siglos, pues todas las que se descubren vivían ocultas en el eterno libro revelado, pero que no ha podido ser conocido del público hasta hace poco, porque estaba prohibida su lectura sin interpretación de doctores desde el Concilio de Letrán, en el siglo V, con lo cual se desautorizaba la verdad de Dios. De suerte que otra clase de materialistas habían dado el ejemplo imponiéndose á imprimir su veto sobre la ciencia revelada, pues éstos, por el interés material de someter sus adictos en las luchas y partidos que existen donde existan los hombres, se habían

hecho árbitros de la conciencia, arrogándose la legislación divina y postergando así el Nuevo Testamento, que es esa obra tan perfecta que los siglos no pueden aumentar ni corregir, única que se despega de todas las humanas por el sello inmutable que la eterniza para todos los hombres y ocasiones, de la cual dijeron bien los Puritanos: «Si en este libro no está Dios, no está en ninguna parte.»

No necesitamos tampoco discurrir con la lógica del corazón, ni aconsejar esto al ignorante. Sí le aconsejaremos que se instruya y que busque la luz del Evangelio, donde encontrará toda la ciencia social que sea capaz de concebir. Que con la posesión de su ciencia no podrá ser nunca sorprendido por novedades transeuntes.

Tan gastados y repetidos están los argumentos que definden la posible acción sobrenatural de la redención, que aunque desconozcamos su mayor parte, habríamos de reproducirlos, si intentáramos en este lugar una tarea tan extensa. Sólo diremos hoy que no existe un hombre absoluto: podrá alguno dudar ó negar sin autoridad de omnisciencia un hecho extraordinario que reviste caracteres tan solemnes, razón tan sublime y causa tan justa; pero este mismo incrédulo entregará alguna vez su fe á algún prodigio de mezquinas consecuencias; encontrará la excepción como ley de la regla, el fenómeno como ley de la naturaleza, y siempre lo prodigioso en la serie infinita é inconcebible de esa creación eterna, no comprendida por el hombre más que en algunos de sus accidentes, que le ha presentado al mundo, primero como el centro universal, después girando alrededor del sol, luego como satélite de ese sol, que es astro de otro superior centro luminoso; tal vez más tarde comprenda que esa serie superior es infinita en el movimiento sucesivo de los cuerpos que cruzan el espacio con órbitas eternas, y que las leyes universales no son más que resultantes de otras, y éstas han de perderse sin el nombre de principios, porque el principio es uno, que llamamos Dios.

¿Podremos creer con sencillez que el que se atreve á negar más ó menos directamente la razón creadora, no la comprende en el fondo de su conciencia, si ha vislumbrado siquie-

ra la obra, que no nace ni mantiene sus transformaciones sin una voluntad absoluta?

Del mismo modo diremos que es preciso proponerse á negar para no creer en el prodigio, cuando la obra respira en todas sus fases un poder prodigioso.

¡Desgraciados materialistas que convertís el mundo en anfiteatro de feroz estímulo, quitándole la esperanza de la gloria y dejándole el abismo abierto á sus pasiones! No presumáis de esa moral que no existe para vosotros más que en los códigos penales, y de una abnegacion sin otro fundamento que el cálculo. Preguntad por la fe de gloria á todas las expresiones espontáneas é instintivas del sér animado, que responden á la ley de su misión ciega. Preguntadlo al amor, que no se confunde con las atracciones; al amor, que abre los cielos del heroísmo y no reconoce su fuente en la vida, ni su satisfacción más que en el impalpable sentimiento y en sus aspiraciones al infinito. Y ya sea en el triunfo, ya en las aflicciones que devora, mientras más ó menos anhele la justicia, tanto más reconocerá su esperanza, como complemento de los fines indispensables á la armónica y admirable creación. En las mismas obras del hombre, diseminadas como al acaso, hallará una confección providencial, que aparecen luego como previstas; en el arte contemplará palpable la verdadera inspiración anticipada, y en la discreta caridad no veréis que funda la recíproca conveniencia, sino que á ella obedece por un impulso de sus ideas cuando se elevan en busca de otros bienes incomprensibles que le brindan recompensa. No os confundáis en un detalle de la creación; contemplad su armonía, de la cual forma parte hasta el secreto movimiento de un reprimido impulso, y decidme si quedarán perdidas en la nada las grandezas del entendimiento y los sacrificios de la virtud, que hacen del hombre un sér inmortal para la conciencia de sus semejantes. Queréis destruir á Dios con vuestras negaciones, porque no conocéis la caridad: cuando Dios no se nos ofreciera tan patente, menester era inventarlo para la felicidad del género humano.

Pero la revelación reviste otro carácter principal para el concepto científico en la humanidad: afortunadamente la his-

toria no puede enmendarse ni escribirse de nuevo; podrá perderse el tiempo si se osa escribir contra ella, como si se escribe á ciegas; pero jamás se podrá negar, porque es imposible destruirla.

La revelación, pues, no puede ser negada, como no sea arbitrariamente, fuera del orden y de los términos aceptables en toda controversia. Mas de otra suerte, dan testimonio de ella los altos conceptos que la distinguen entre todas las ideas más ó menos inspiradas en la elevación de los pensamientos. Los más aproximados al ideal de la unidad divina que descubren el Zohar de la India y los presentimientos de Platón, son gérmenes de luz anulados por la densa oscuridad que les rodeaba, ni llegaron á ser afirmaciones, porque no puede existir otra autoridad que los declare, como no sean los términos precisos de la revelación con el *Yo soy* del Sinaí, repetido más tarde con la palabra y con la obra en los lugares de Judea. Y sin embargo de la facilidad en pronunciar la frase, este *Yo soy* no ha podido emitirse antes ni después, porque el Hacedor, que ha creado al sér racional libre en todos los atributos de la voluntad, parece un secreto del albedrío que nunca ha permitido el ultraje de ser suplantado.

Aquel extraordinario fundador de la verdad desconocida que pronunció el *Yo soy*, á quien los filósofos no logran desnaturalizar con los recursos de tantas cavilaciones, es el que recibe después universal reconocimiento, como vino á rendirlo Rousseau al final de tantos análisis que quedaran sepultados en el olvido; pero resplandecerá siempre el epílogo que le consagró con estas palabras:

«Verdaderamente, si Sócrates murió como un sabio, este Hombre vivió y murió como un Dios.»

Si el sér había de recorrer el progreso moral, la religión era indispensable; y ésta no significa un concepto ó una idea dudosa ó aproximada, sino un conocimiento perfecto; porque religión, que procede de la voz griega que expresa *religar*, es la relación íntima que no puede establecerse por el simple deseo ó por el concepto equivocado que no afirma una aspiración y no impone un deber, ambos indudables. La religión, por tanto, en su acepción verdadera, no ha podido existir sin

los fundamentos revelados. Las que se dan este nombre y carecen de estas condiciones, llámense propiamente escuelas filosóficas.

Las constantes definiciones del hombre de todos los tiempos marcan sus obras con el sello de la fragilidad y la ambición. En sus manos había de corromperse el fruto, si bien la semilla reproduciría el árbol, eterno por su esencia, de esa fe que logra desprender al alma de los lazos materiales, en la lucha de afectos que en nuestro dualismo tiende, cada uno de los dos elementos, al fin atractivo de sus respectivas naturalezas, material y espiritual.

Parece un destino en las variadas evoluciones del progreso el temporal eclipse de las verdades religiosas, indispensables al concierto social y desdeñadas por la condición humana. Parece que en los extravíos de las primeras discordias morales debía perturbarse la unidad, tan pronto como el hombre torció su misión cambiando su papel de modesto artífice por la halagüeña preeminencia de legislador, á él no encomendada.

Y los discípulos de las catacumbas vieron luego sin extrañeza convertida en ley de fuerza la voluntaria ley del amor; y las moradas túnicas cambiadas por las púrpuras recamadas de oro, los báculos por cetros, las dulces cabañas por imponentes alcázares marmóreos!

¿Qué quedó, pues, del divino libro embalsamado por los perfumes de la humildad é iluminado por la claridad de la conciencia pura?

¿En cuál de sus páginas existe la virtud sin el sacrificio, el dominio, el interés, la caridad vendida, ó el aliciente que convirtió en oficio el sencillo conocimiento de las obras justas?

Asombra tanta ceguedad en los catacúmenos que aceptaron por buena la torcida ley; pero como no podemos retroceder el tiempo, siempre nos queda la historia clamando desde entonces la consiguiente reacción de aquel progreso, la diversidad de sectas, el completo extravío de la nave, sin que tengamos que reproducir apasionados tantos errores y crueldades, porque éstos se encuentran en todas las instituciones

y épocas del hombre. ¡Siempre los hombres! ¡Siempre nosotros!

Fomentadas así las discordias y desatadas un día por la revolución las férreas ligaduras con que violentando la ley se había impuesto la tiranía religiosa á la libertad del hombre, ¿qué hemos de extrañar de las exageraciones racionalistas, del desahogo de las irrupciones especulativas, reconcentradas durante siglos bajo la pena de la hoguera si descubrían el laborioso mecanismo ó si sorprendían en la tierra el movimiento de rotación? Todo es correspondiente: una exageración negativa es el producto de una afirmación exagerada.

Mas por esto, cuando la libertad establece la autonomía de la conciencia, y ese mismo racionalismo nos ha enseñado á buscar la razón en el certamen de las realidades, ¿será bien que los pueblos vivan con la espalda vuelta á todo pensamiento espiritual, cuando nos reconocemos todos seres espirituales que habitamos brevemente en una forma material y observamos su irremisible destrucción?

¿Podemos prescindir de la relación en que ha de cumplirse tarde ó temprano nuestro progreso moral? ¿Tendrá éste su justa carrera dentro del orden enmascarado que nos infesta, donde el honor cambia su causa por la soberbia, y la virtud es aceptable con tal que sea aparente? No, no; pena será de la sociedad, que así se entrega al egoísmo de su materia y olvida su eficacia moral, el fruto que en sí logra y la herencia que prepara á sus hijos, á quienes no podrá sustraer del envenenamiento social, como que ha contaminado sus aguas y todos tienen que beber en ellas.

No satisfechas aun las inteligencias entusiastas en la sed de libertad, de tiempos pasados por la fuerza, les ha quedado el vicio de demandar lo que ellas mismas anulan: resiéntese nuestra sociedad, no ya de falta de libertad, que si no es completa, no es escasa: se resiente más que nunca de la falta de justicia, porque el mayor número de aquélla acaba de pasar del proletariado, del convento, de la aristocracia, á formar una gran clase media, en la cual actúan con las mismas aspiraciones sociales, desde el artesano que es mártir del trabajo, sin alcanzarle su producto en un día de su

vida para satisfacer con un regalo el amor de sus hijos, hasta el poderoso banquero ó propietario, cuyas fortunas, representadas por céntimos, son otras tantas lágrimas vertidas por el pobre cada día, á cuyo lado vive sancionando una diferencia tan cruel. Es más; el hombre en la nueva sociedad donde existe, si es pobre como su mayoría, llega hasta á envidiar algunas veces la suerte de las bestias, que encuentran fácilmente ocupación á cambio de su subsistencia.

Ya no se conquista la nobleza por el valor, el respeto por la virtud, ni por el talento la posición; hay otra cualidad primerísima llamada *astucia*, fundadora de la política, y un elemento ciego llamado *dinero*, que domina por completo la sociedad y es árbitro de todos los poderes, de las leyes y de los hombres. Sólo el dinero, sea cualquiera quien lo posea.

Y reconocida la virtud del dinero, naturalmente, como los medios de adquirirlo en alguna importancia están fuera del trabajo, se lanza el hombre y la mujer á su conquista, sacrificando cuantos escrúpulos resista el pudor y cuantos reparos oponga el sentimiento. La conciencia, entretanto, sólo es una luz amortiguada que con facilidad se vence, porque sólo significa una duda cuando la religión no existe.

¿Qué elemento puede llenar este vacío moral en un pueblo colocado en masa al borde de un abismo donde ruedan constantemente los unos, mientras que sus hermanos impasibles continúan luchando en el derrumbadero agarrados á las talegas?

Para esto no ha venido el hombre á la vida. Esta situación social, que en verdad no exageramos, es sin duda un estado transitorio, originado por la ausencia de la religión, indispensable para su grado de adelanto, pero cuyo desenlace ha de ser funesto en la serie natural de los accidentes sociales.

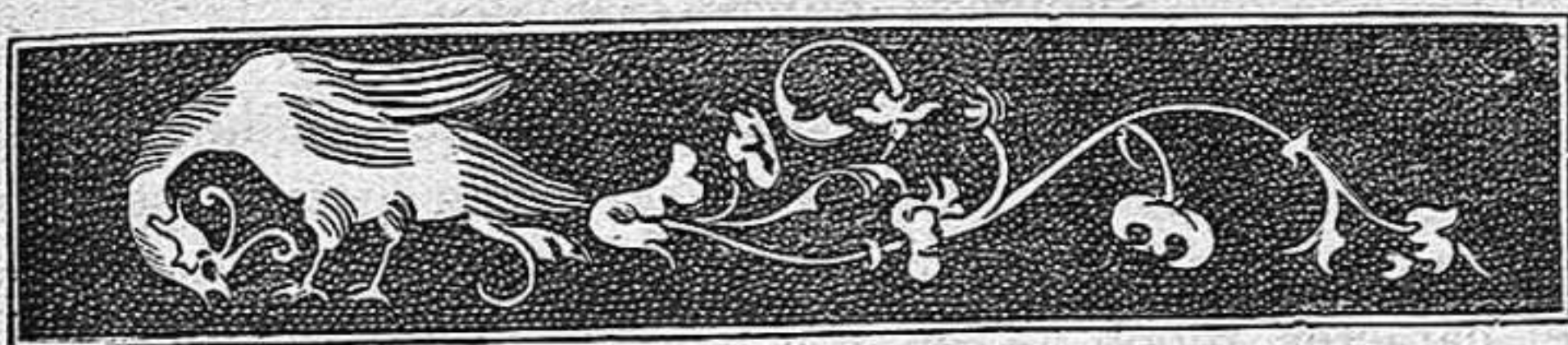
La clase ilustrada, ó sea la que tiene la misión de instruir por medio de la prensa, se queja de la falta de libertad, pero nunca de la falta de religión, cuya palabra hasta se ha hecho sospechosa de despotismo; y sin embargo, la falta de justicia no puede corregirse con el terror hacia el que la falsea, en todas las condiciones sociales: únicamente puede implan-

tarse la justicia en la responsabilidad de la conciencia religiosa.

No repitamos las causas de esta decadencia moral, que lo mismo se observa en el teatro, donde no hay producción que no habitúe un repugnante cuadro de costumbres; que en las reuniones, donde se acepta la honorable relajación á pretexto de la reserva; que en el libro, que como hable de religión no se vende; que en la publicación crítica, que ha descendido al ultraje de la caricatura y no sabemos á dónde irá á parar por ese camino; es lo cierto que la instrucción en las ciencias especulativas hace imposibles las tiranías; pero que las familias sin instrucción religiosa, sin verdadera conciencia de la religión social contenida en el Nuevo Testamento, forman sólo pueblos tiranizados recíprocamente y convierten su misión sobre la tierra en la que traen á la misma los irracionales.

Por último, no somos partidarios de la enseñanza clerical, ni de ningún género de influencias contrarias á la verdad; sea cualquiera el que enseñe, será bueno para nuestra opinión, con tal que se tenga presente al único Maestro, que dándose este nombre, declaró á la vez que Padre sólo es Dios. Esta alusión se convierte en suave réplica dirigida á mi amigo el Sr. D. Nicolás Díaz Pérez, con motivo de haber leído sus discursos de la instrucción pública, en que defiende la enseñanza laica. No puede negarse la conveniencia de toda descentralización y toda despreocupación: lo único que debo advertirle es una observación deducida de su misma obra: la nación más instruída, según sus datos, y donde está en mayor proporción la instrucción pública, es los Estados Unidos, y siguen por su orden Alemania, Suiza, Dinamarca, Prusia, Holanda, Suecia, Francia, Inglaterra, Austria, España, Italia, Grecia, Turquía, Portugal y Rusia. Pues en ese mismo orden resulta mi estadística muy aproximada á que las más instruídas son las que tienen mayor adelanto moral en cada uno de esos siete primeros pueblos, no solamente por su instrucción, sino por su educación religiosa, única base moral del individuo.

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.



EL FUERO UNIVERSITARIO

TRADICIÓN SEVILLANA.

I.



FINES del siglo XV, es decir, en el glorioso y fecundo reinado de D.^a Isabel I de Castilla, las Universidades obtuvieron el fuero ó privilegio especial de conocer de las faltas y delitos por los estudiantes cometidos, fuero ó privilegio del cual gozaron por más de tres siglos, y casi hasta nuestros días, puesto que no dejó de ser ni de existir en nuestras leyes hasta 1837.

Los amantes de la unidad de legislación, los que, partidarios de la unificación de Códigos, saben, quizás por experiencia propia, lo intrincado y laberíntico que es para el estudio y aplicación del derecho esa diversidad, ó por mejor decir, esa disparidad de leyes y disposiciones que en nuestra Patria existe, no se mostrarán seguramente muy conformes con el fuero universitario, á pesar de lo cual, es indudable que su concesión, dada la época y sus necesidades, fué un gran bien y un progreso y un adelanto indiscutibles.

Nada hay eterno en este mundo: varían las circunstancias, transfórmense las costumbres y cambian las necesidades de los pueblos; y las leyes cambian, se transforman y

modifican también, por consecuencia, porque la expresión del legislador, para ser sabia, y por sabia justa, y por justa respetada, necesita estar en perfecta armonía y relación con el carácter, modo de ser, costumbres, creencias, usos y necesidades del pueblo ó pueblos para el cual ó para los cuales es escrita.

Los mayorazgos, verbigracia, el hoy absurdo é inconcebible Tribunal del Santo Oficio, obra, como el fuero universitario, de D.^a Isabel la Católica, tienen, como instituciones, su explicación y justificación en la historia, cuyo estudio patentiza y prueba que, tanto los mayorazgos, como la Inquisición, como el fuero escolar, fueron hijos de necesidades y obedecieron á circunstancias que, si afortunadamente no existen hoy, no por eso han dejado de existir en otras sociedades y en otros tiempos.

Ni poseo los conocimientos necesarios, ni es mi ánimo hacer una profunda y razonada disertación crítico-filosófica sobre la historia, orígenes y vicisitudes de nuestro derecho, á pesar de lo cual creo que si legislar es atender á las necesidades de los pueblos y de las épocas, los legisladores que instituyeron y fomentaron los mayorazgos, obraron sabiamente, puesto que con ellos procuraron y facilitaron la Reconquista; para lograr la cual había necesidad de grandes terratenientes, es decir, de ricos y poderosos señores de pen-dón y caldera, que esforzados por sí, fuertes por sus numerosos vasallos, y ganosos de adquirir nuevos dominios, arrancaran á los hijos de Agar los campos, villas y ciudades de que éstos se habían apoderado después de la desastrosa jornada del Guadalete.

Como la de los mayorazgos, la hoy odiada institución del Santo Oficio obedeció también en su origen á una necesidad indiscutible; y al hablar así, y al escribir la palabra necesidad, no entiendo por tal la aspiración religiosa de la heroica Reina que por su férvido amor al catolicismo mereció de la Santa Sede el honroso dictado de Católica.

D. Fernando V de Aragón y D.^a Isabel I de Castilla, en efecto, no atendieron únicamente á su entusiasmo religioso cuando establecieron la Inquisición en los Reinos de la úl-

tima; atendieron además y principalmente á una necesidad política, puesto que, procurando la unidad religiosa, procuraron la nacional y la paz y sosiego de sus Reinos, los cuales, en la disparidad de creencias, tenían una causa constante de perturbaciones y trastornos.

Tal vez la noble protectora de Colón se equivocó; tal vez, tanto la expulsión de los judíos como la creación del Santo Oficio, fueron dos diferentes efectos de una sola causa: quizás, y sin quizás, ambas medidas de su por lo demás gloriosísimo reinado obedecieron más al temor que á la justicia; pero de todos modos, y en mi humilde opinión por lo menos, es indudable que los que hoy juzgan de ambas, y con encono las execran, hablan, á no dudar, con más apasionamiento que buen juicio.

Hoy no es ayer; y los que de lo que pasó juzgan hoy, deben tener muy en cuenta que las circunstancias especiales de aquella remota época pueden justificar y justifican, en efecto, en el siglo XV actos y disposiciones que en el XIX serían absurdos é incalificables.

Justifiquen ó no las circunstancias la expulsión de los judíos, fueran ó no fueran éstos un constante peligro para los Reinos de Aragón y de Castilla, que, á pesar de albergarlos en sus poblaciones y consentirlos en sus ciudades, les miraron siempre y siempre fueron mirados por ellos con odio y rencor profundos, tengo para mí que únicamente á razones de temor obedeció la expulsión del pueblo hebreo, expulsión, por lo demás, que pudo muy bien ser necesaria, dados, no solamente el número y riquezas de los judíos, sino también el que la morisma, vencida, sí, pero no domada, podía haberse coligado con ellos, y coligados moros é israelitas en odio á su enemigo común el castellano, podían haber causado la ruina y destrucción de una nacionalidad recientemente lograda y aun no constituída.

Para solidificar y establecer esta nacionalidad apetecida, deseosa de obviar los inconvenientes que á este grande y glorioso pensamiento oponía el antagonismo de dos religiones que por espacio de siete siglos habían sin tregua y sin piedad combatido entre sí un día y otro, D.^a Isabel la Cató-

lica expulsó de sus dominios al pueblo hebreo, é instituyó la Inquisición; y si destruyó para no ser destruída, si tal vez fué injusta por necesidad, y si por atender á la paz del momento conculcó derechos y cegó algunas fuentes de riqueza para el porvenir, no cabe duda, en cambio, de que el mejor deseo guió y animó sus actos, y de que de ningún modo y bajo ningún concepto pueden ser en su daño ni en contra suya aducidos los errores, crímenes y abusos de los que después de ella hicieron del aspa de San Andrés un símbolo de tiranía, y de la piadosa doctrina del Mártir del Calvario, un calvario afrentoso y un despiadado martirio.

No soy, ni con mucho, partidario de las viejas instituciones; enemigo, por respeto al sacrosanto derecho de propiedad, de toda vinculación, soy igualmente enemigo, y enemigo encarnizado, de todo lo que sea cohibir y violentar la libertad de conciencia; pero aludiendo á la época, y dado el aforismo que asegura que la de su conservación es la suprema ley de las naciones, ó sea el célebre *Salus populi suprema lex est*, de los romanos, creo que á la salud y mayor bien de los pueblos atendieron los legisladores, tanto al instituir los mayorazgos como al fundar el Santo Oficio; siendo, por consecuencia, ambas instituciones sabias en su fundación, como sabio fué también, y sobre sabio justo, que las Universidades, y vuelvo á mi asunto primitivo, tuvieran, como tuvieron, el privilegio de conocer y de juzgar los delitos de los estudiantes, los cuales, odiados por las poblaciones que los albergaban, hubieran sido víctimas de ese odio sin el fuero, que no por gracia, sino en justicia, de D.^a Isabel la Católica alcanzaron.

Toda colectividad que tiene existencia propia, y por tanto fines, medios y necesidades propias especiales, necesita estar regida por leyes propias y especiales también; y por equidad y en justicia, atendiendo al especial modo de ser de los pueblos y de las Universidades, amparando y defendiendo á los estudiantes contra las iras y odios de las clases populares, D.^a Isabel la primera otorgó el fuero universitario, privilegio que si hoy puede aparecer odioso y es completamente inútil, fué útil y bueno en otros tiempos, indicando además un progreso y un adelanto indiscutibles, á pesar de lo cual,

tal vez la heroica Reina de Castilla no le hubiera otorgado si sus consejeros, y entre ellos Antonio Pílon en primer término, no la hubieran impulsado á ello tenazmente.

¿Por qué esta tenaz insistencia de los regios consejeros?

De los escarmentados nacen los avisados, dice el refrán, y el bueno de Antonio Pílon especialmente, al aconsejar por sí y al hacer que sus otros compañeros aconsejaran á doña Isabel la concesión á las Universidades del derecho de juzgar á los estudiantes, obraba por propia experiencia y escarmentado en sí mismo; pudiendo asegurar yo que, ó miente la tradición, ó sin Pílon, es decir, sin las circunstancias especiales por que éste atravesó siendo estudiante, el fuero universitario, ó no hubiera existido jamás, ó por lo menos no hubiera sido concesión de la ilustre vencedora de Granada.

Las pequeñas causas pueden y aun suelen producir grandes efectos, y por una causa relativamente pequeña, por una infausta casualidad á un estudiante acontecida, el fuero universitario tomó asiento y existencia en nuestras leyes.

¿Qué pequeña causa fué ésta? ¿Por qué Antonio Pílon se interesó tanto y tanto trabajó en favor del privilegio de los escolares?

Escuchen mis lectores á la tradición que habla.

II.

Un pie tras otro, caminando en el que nuestro buen pueblo ha dado en llamar coche de San Francisco, porque en él, ó sea de este modo, viajaban los seráficos padres que pedían por Dios, so pretexto de dar también por Dios, un joven como de diez y siete años de edad dejaba á sus espaldas la pequeña villa de Niebla, alejándose de ella con el pensamiento lleno de recuerdos y el corazón de esperanzas.

Cargadas sus espaldas con un no muy abundante hato, poseyendo además en su escarcela algunos maravedís de oro, nuestro joven marchaba camino adelante con decidido y precipitado paso, figurándose á un mismo tiempo ver á sus padres que llorosos le despedían al dejar su casa, y viéndose

ya y en lo futuro hecho un doctor *in utroque*, capaz de regir *volventibus annis* la misma Universidad sevillana, á la cual, para estudiar la ciencia del derecho y ávido de saber, se dirigía.

Nuestro joven, con efecto, era un aprendiz de legislador, y lleno, como he dicho, de generosos pensamientos y de risueñas esperanzas caminaba hacia Sevilla, en cuya Universidad, émulo de Gayo y Modestino, quería estudiar la ciencia del *sum cuique*.

Animado por tan laudables deseos y propósitos, el novel estudiante anduvo algunas horas, hasta que las exigencias de su estómago, por una parte, y la muestra de una venta, por otra, vinieron á llamar su atención y á detener su marcha.

—Cobremos fuerzas—se dijo interiormente, y sin cortedad, sin ese temor natural y común á todos los jóvenes que nunca han abandonado su casa ni salido del seno de sus familias, nuestro aprendiz de Licurgo entróse resueltamente en el ventorro, pidiendo que comer al posadero.

No bien la uña de vaca con salsa de perejil que pidiera le había sido servida, cuando á través de los vapores que el guiso despedía, nuestro joven reparó en otro de casi su misma edad que, sentado enfrente de él, devoraba más bien que comía un pedazo de pan y un poco queso, no sin dirigir alguna que otra ávida mirada al relativamente suculento manjar de su compañero de enfrente.

Viéndole comer con tan excelente apetito, el estudiante de Niebla, comparando el negro y duro pedazo de pan que devoraba el, como él, joven caminante con la suculenta ración que frente de él humeaba, se avergonzó de su propio lujo ante la miseria ajena, y lleno de compasión y de generosidad, acercóse al desvalido saludándole cordialmente.

—Buenos días, camarada—le dijo.—¿Parece que os dirigís hacia Sevilla?

Un signo afirmativo de cabeza fué la única contestación á esta pregunta.

—Yo también—repuso sin desanimarse por esta muda contestación—voy á Sevilla, en cuya Universidad pienso estudiar el derecho.

El joven que con tan buenas ganas devoraba su no muy abundante ración de pan y queso levantó la cabeza al oír esto, y después de haber mirado al que así le hablaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y dijo más por urbanidad que por deseo:

—Á estudiar voy yo también.

—Entonces somos camaradas ya, y si queréis, haremos el viaje juntos y seremos desde hoy amigos, á cuyo efecto y para empezar nuestra amistad, voy á traer mi uña de vaca á vuestra mesa.

Y diciendo y haciendo, sin atender á las excusas que tartamudeaba el otro joven, el de Niebla verificó al punto la traslación, instalándose en la mesa de su nuevo camarada.

Sentados en la misma mesa ya, mano á mano y frente á frente nuestros dos futuros doctores, despacharon en pocos momentos la ración, y cuando hubieron satisfecho su apetito y dado fin de la pitanza, principió la conversación y comenzaron las preguntas.

—Yo me llamo José y soy hijo de Claudio Ramírez, mercader en la plaza de Niebla—dijo el anfitrión, procurando de este modo con la suya atraerse la confianza de su compañero.

—Yo Antonio—contestó éste,—y mi padre no es mercader como el vuestro.

—¿Y qué?—repuso Pepe.—¿Sólo los mercaderes son hombres de bien y buenos cristianos viejos?

Á pesar de lo cariñoso del acento de esta pregunta, Antonio permaneció silencioso, razón por la cual Ramírez, conociendo que quizás fuera indiscreto el insistir sobre ella, varió de conversación, exclamando de repente:

—¿Conocéis acaso los usos y costumbres de la Universidad?

—He oído hablar de ellos.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó con alegría Pepe.—Y puesto que sabéis más que yo y habéis oído hablar de esos usos, decidme qué es la bienvenida y qué diablos son el mantazo y el maculillo.

Hecha esta pregunta, Pepe miró á su interlocutor, cuya fisonomía tornóse de pronto lívida y cuyo cuerpo temblaba víctima de una violenta agitación nerviosa.

—¿Qué tenéis?—le preguntó Pepe con tierna solicitud y con verdadero interés al verle en aquel estado.

—Nada, no es nada, marchemos—repuso por toda contestación Antonio, levantándose con presteza y cogiendo su pequeño hato, que colocó en su espalda con un movimiento nervioso.

—¡Pobre chico! Debe tener un gran pesar—exclamó compasivamente Pepe, y después de llamar al posadero y de pagar el gasto, siguió á su compañero, que le esperaba fuera ya de la venta.

Mudos y silenciosos, sin dirigirse apenas la palabra, nuestros jóvenes caminaron todo el día y hasta que les sorprendió la noche, determinando entonces dejar para la mañana siguiente lo que de su camino les faltaba.

Tomada esta determinación, Pepe y Antonio buscaron un albergue donde pasar la noche, y como en aquel tiempo aun más que hoy abundaban en los caminos las ventas y posadas, nuestros jóvenes encontraron muy pronto lo que buscaban, y después de cenar con un gran apetito se recogieron á descansar, volviendo á la mañana siguiente y al despuntar de la aurora á emprender su interrumpida caminata.

Cerca de Sevilla ya, y después de haber Antonio recibido repetidas é indudables pruebas de la bondad y nobleza de su compañero,

—Escucha—le dijo con expansión,—voy á ser franco contigo y á referirte mi historia, suplicándote me dispenses si hasta ahora no he respondido á tu solicitud ni contestado á tus preguntas. Soy, he sido siempre desgraciado, y la desgracia repliega y encoge el espíritu, el cual sólo se dilata y esparce en la prosperidad y la fortuna. Las flores que abren sus perfumadas corolas á la luz del sol, las cierran á las sombras de la noche, y el corazón de los hombres es como las flores de los campos. La felicidad es luz, la desgracia sombra, y los caracteres y hasta los sentimientos humanos penden casi siempre de las impresiones que reciben y de las circunstancias que les cercan y modifican. Por esta razón, sin duda, yo, que he sido siempre desgraciado, soy receloso y taciturno; pero desde ayer, que la Providencia te colocó en mi

camino para mi consuelo y alivio, desde ayer, que me colmas de atenciones, que generosamente partes conmigo tu comida, y que eres para mí un protector y un amigo, mis recelos huyen y mi corazón se dilata, siendo ya, por tanto, tiempo de que mi amor propio ceda su puesto y calle ante la amistad, y de que mi desconfianza habitual huya y desaparezca.

Yo, Pepe, no tengo, no he tenido nunca padres conocidos. El capellán del castillo de Miravete me encontró una mañana recién nacido y abandonado á la puerta del castillo, sin que á pesar de los esfuerzos que ha hecho y hace aún el buen sacerdote, haya podido ni antes ni ahora averiguar cosa alguna acerca de mí ni de mis padres. Recogido como te he dicho por el santo capellán, por él fuí criado y educado, y yo, que había sido impiamente abandonado por los míos, encontré en él un padre cariñoso, merced á cuyos desvelos, y cuando aun no contaba doce años, conocía ya el latín lo suficiente para ayudarle en la celebración de los divinos oficios.

Á pesar de la generosa protección de mi bondadoso y santo bienhechor, desde muy niño fuí el juguete, tanto de los señores como de los criados del castillo, los cuales, á causa sin duda de mi nacimiento, me miraban con desprecio y me llamaban *El Nadie*, porque nadie se había confesado autor de una existencia á la execración y al ludibrio condenada.

Hijo de la desgracia tal vez, tal vez del crimen, todos cuantos habitaban el castillo, menos mi noble protector, hicieron de mí un objeto de escarnio y befa, y no contentos con injuriarme, de las injurias pasaron á los malos tratamientos, inventando todos los días en mi daño burlas y tormentos nuevos. Unas veces, sujetando una manta por sus cuatro puntas los servidores del castillo para burlarse, me tendían en ella y me arrojaban por los aires, recogíendome al caer con la manta misma; otras me colgaban de un árbol ó de una reja, atándome por debajo de los brazos y dejándome así horas enteras; otras, sujetándome entre cuatro por las manos y los pies, golpeaban conmigo las paredes, dándome lo que se llama *macubillo*; otras... pero no te haré relación de todos los tormentos que conmigo han empleado, y

que desde niño he padecido; porque han sido tantos, tantos, que aun me estremezco y aterro al recordarlos.

Para librarme de ellos, para sustraerme á la crueldad y tiranía de los dueños y servidores del castillo de Miravete, mi protector, el bondadoso sacerdote al cual debo cuanto soy, me envía á la Universidad de Sevilla, después de haberme enseñado cuanto él sabe.

Ya sabes toda mi historia: víctima de todos, y de todos hazmereir y befa, dejo mi hogar, donde he sido siempre cruel é injustamente tratado, pero donde queda mi santo y bendito protector, que es todo cuanto más amo, porque él, siempre bondadoso para mí, ha sido á un tiempo mismo mi padre y mi protector, mi amigo y mi maestro. Y al decir esto, los ojos de Antonio se preñaron de lágrimas ante el recuerdo querido del benéfico sacerdote que le amparara y protegiera.

—¡Pobre Antonio!—exclamó Pepe, visiblemente conmovido.

—Ahora—continuó diciendo Antonio después de una corta pausa,—creo excusado decirte por qué ayer me demudé y estremecí cuando me preguntaste lo que eran el *mantazo* y el *maculillo*: sé por desgracia demasiado lo que ambas cosas son, y como tantas veces he sido manteado, y como tantas también han golpeado las paredes con mi cuerpo, tiemblo y me estremezco al pensar que me esperan nuevamente los mismos suplicios y las mismas injurias y crueldades.

—Pero eso que tú dices—exclamó Pepe—puede evitarse pagando no sé cuánto.

—Lo sé; pero yo no puedo pagar.

—Yo sí, y como puedo pagar, pagaré por tí aunque tenga que dar todo cuanto tengo.

—¿Y tú?

—Yo—contestó el de Niebla con resolución—aguantaré el maculillo; porque soy robusto y fuerte, porque no he padecido eso que tú dices, y porque ¡qué diablos! no me matarán, seguramente.

—Acepto—exclamó Antonio;—pero no olvides lo que te digo: con este sacrificio, con esta generosa acción acabas de adquirir un derecho eterno sobre mi vida, y yo te juro darla

por tí si es preciso; porque, créelo, aunque tengo miedo al maculillo, no soy sin embargo cobarde. Desde hoy—continuó—somos hermanos.

—Hermanos, sí—dijo con efusión Pepe; y ambos jóvenes se confundieron en un largo y fraternal abrazo, penetrando poco después en la noble ciudad de Hércules y San Fernando.

III.

Un mes antes de que Pepe y Antonio llegaran á ella, Sevilla entera se había preocupado y conmovido con el relato que de boca en boca corrió de un crimen horrible y espantoso.

En una casita situada en los arrabales de la ciudad y junto á la entonces terrible fortaleza de Triana, amado de sus convecinos y de las autoridades todas, bien quisto y respetado, vivía un anciano que, judío de nacimiento, había, aun niño, abjurado sus erróneas creencias y casado, ya hombre, con una bellísima hija de Sevilla, de la cual tuvo dos hijos, ó por mejor decir, un hijo y una hija.

Muerta su esposa, Moisés Leví, como de niño se llamaba, ó Fernando del Rincón, como al ser bautizado le pusieron, se había retirado del comercio con algo qué, y dichoso en su mediocridad y contento con su suerte, dejaba correr sus cansados días ajeno á todo pesar, y únicamente cuidadoso de su hija Estrella, foco de luz y de calor para el anciano y objeto amado de su adoración y su ternura.

Estrella, con efecto, era digna de esta adoración y esta ternura, y nunca padre alguno pudo con más razón estar satisfecho y orgulloso de una hija.

Bella al par que buena, su belleza moral sobrepujaba á la física, que era grande, por lo menos según la pública voz y fama de sus contemporáneos, fama y voz públicas que de boca en boca y por la tradición han llegado hasta mí rodando de siglo en siglo.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! ha dicho y con razón

un poeta, y Estrella, que como he dicho ya era hermosísima, fué infeliz por hermosa y desgraciada por culpa de sus encantos, si para todos amables, para ella perjudiciales y funestos.

Un cuadrillero de la Santa Hermandad, uno de aquellos soldados que la Reina Isabel opuso como dique salvador á la licencia y á la criminalidad que se desbordaban, prendóse en mal hora de Estrella, y desde aquel día los disgustos y los quebrantos comenzaron para la linda hija del honrado Fernando del Rincón y aun para éste propio, puesto que, desdeñado por Estrella, el cuadrillero no desistió sin embargo de su empeño, pretendiendo conseguir por la fuerza y las amenazas lo que no había alcanzado ni conseguido por las súplicas.

La tiranía no es más que un abuso de poder y una transgresión de derecho, y la Santa Hermandad, que comenzó por ser una institución puramente popular, fué reorganizada en 1476 por la junta de diputados de las diferentes ciudades del Reino, reunidos en Dueñas; pero reorganizada en pro de los Reyes y en favor de la Corona, siendo sus individuos, cuya misión era sumamente difícil, y sobre difícil expuesta, investidos de grandes facultades y prerrogativas y dotados de grandes medios de acción, de los cuales preciso es confesar que abusaron muy en breve y en provecho propio, llegando á ser, no ya cuadrilleros, sino ladrones en cuadrilla, como en el *Quijote* son llamados.

Juan el Rojo no fué de los que menos abusaron, y desdeñado por Estrella, cautelosa, artera y cruelmente atrajo una y otra vez sobre el anciano padre de la joven, y aun sobre ésta misma, la atención del Santo Oficio, el cual existía ya en Sevilla en esta época, y desde el mes de septiembre de 1480, si bien no comenzó á funcionar hasta enero del 81, porque la entonces nueva institución fué tan mal recibida por los andaluces, que no solamente no la apoyaron, sino que le opusieron todo género de dificultades, pudiendo decirse que la Inquisición al principio no logró establecerse en Andalucía más que en las villas y ciudades que á la Corona pertenecían.

Á pesar de esta oposición, el terrible tribunal, por cuya creación tanto trabajaron Alonso de Ojeda, prior del convento de San Pablo, y Diego de Merlo, asistente de Sevilla, existía y funcionaba ya en la época de mi narración, y no solamente existía y funcionaba, sino que comenzaba á oprimir tiránico á las poblaciones, bastando, no diré una prueba, sino una simple presunción, para que un ciudadano fuera, no solamente acusado, sino castigado por él como judío.

He dicho que bastaba una simple presunción para que un hombre fuera perseguido y castigado, y como las presunciones que ante la Inquisición bastaban para justificar y aun para probar el cargo de judaísmo eran tan curiosas y dignas de mención, referiré algunas de ellas.

Bastaba como prueba de judaísmo el que cualquier hombre ó mujer llevara mejores vestidos ó camisa más limpia el sábado judaico que los demás días de la semana; bastaba que no hubiera dejado lumbre en su hogar la noche anterior al sábado; bastaba haberse sentado á la mesa con judíos ó comido carne de animales por ellos degollados; bastaba haber lavado algún cadáver con agua caliente ó vuelto al morir la cara á la pared; bastando, finalmente, el haber puesto nombres hebreos á los hijos, disposición esta última, sobre todas, extraordinariamente cruel y estúpidamente brutal, puesto que una ley de Enrique II prohibía á los judíos bajo penas severísimas el dar nombres cristianos á sus hijos.

Consignados los datos anteriores, no por mostrar una erudición que no poseo, sino por pintar la época fielmente, mis lectores comprenderán desde luego con cuánta facilidad Juan el Rojo pudo cobrar con pérfidas delaciones los desdenes de Estrella, cuyo padre, de niño, había, como hijo de padres judíos, seguido la religión de Moisés.

Fácilmente, pues, Juan el Rojo, trocados en odio el antiguo amor y en rencor é ira el primitivo amoroso sentimiento, había hecho del anciano mercader y de su bella hija dos objetos de la persecución inquisitorial, y no digo dos víctimas del Santo Oficio, porque á pesar de las múltiples delaciones de Juan, á pesar de lo bárbaro de las disposiciones legales de aquel tiempo y á pesar también, y por último, del

severo rigor, ó por mejor decir, de la fanática crueldad de los jueces, ni Fernando del Rincón ni Estrella habían podido ser condenados, porque ambos eran modelos de virtud y perfectos ejemplos de caridad y devoción cristiana.

No saciado ni satisfecho con estas persecuciones el terrible odio del feroz cuadrillero, su voraz deseo de poseer á Estrella ó de matarla le hizo concebir y ejecutar un crimen horrible y espantoso.

Una noche, cuando las sombras envolvían á Sevilla, y como Ovidio dice, *homines canes que silebant*, Juan el Rojo había penetrado en la tranquila casita de Triana, y después de haber asesinado al anciano Fernando, que con un vigor inconcebible á sus años defendía á su hija Estrella, había arrebatado á ésta entre sus brazos.

¿Qué había sido de Estrella desde entonces?

La justicia no pudo averiguarlo; el celo de la justicia no siempre es grande ni eficaz, y extraviada en aquella ocasión por Juan el Rojo, nada averiguó ni supo, contentándose, pues, con enterrar al muerto, de cuyos bienes se apoderó incontinenti, y con incoar un voluminoso proceso, del cual se ocuparon, más que los jueces en sus estrados, los vecinos en sus hablillas, si bien éstas, como el proceso, cayeron poco á poco en el olvido, bastando quince días para que ni jueces, ni vecinos, ni nadie volviera á ocuparse de tal cosa.

He dicho que nadie volvió á ocuparse de tal cosa, y he dicho mal sin dūda, porque el infeliz anciano asesinado tenía un hijo y un vengador; Estrella tenía un hermano que la amaba con pasión, y Juan el Rojo, que no había contado con tal hombre, puesto que ignoraba su existencia, tenía un enemigo formidable.

El drama, por tanto, de la pequeña casita de Triana no estaba concluído ni terminado, ó por mejor decir, y precisando más, aquel terrible y sangriento drama era no más que el prólogo de otro, en cuya acción y más adelante encontraremos mezclados á nuestros dos jóvenes estudiantes, ó sea á José Ramírez y Antonio Pilón, uniéndose, por ende, el crimen de Juan el Rojo con la concesión del fuero universitario.

En la naturaleza muy pocas veces una sola causa determina y produce por sí sola un hecho dado, y á la concesión objeto de este artículo concurrieron varias causas y diferentes móviles y agentes.

Prosigo, pues, mi relato, dejo este cabo suelto y vuelvo á mis estudiantes.

IV.

Antiguamente, y aun en tiempos muy modernos, en las poblaciones que había Universidad había siempre gresca, pues paisanos y estudiantes se miraban unos á otros como enemigos naturales, no dejando por tanto escapar la menor ocasión de hacerse daño, ni de mortificarse y maltratarse mutuamente.

Los estudiantes, sobre todo, turbulentos como jóvenes, inventaban un día y otro todo género de diabluras para molestar á los paisanos, los cuales, si bien en detalle se vengaban cruel y horriblemente, eran en cambio impotentes contra el conjunto, ó sea contra la turba multa, la cual, alegre, malandante y brava, estaba siempre dispuesta á la pendencia y pronta á defenderse con denuedo.

Oprimidos, pues, al par que opresores, víctimas y verdugos entre sí y á un tiempo mismo, paisanos y estudiantes se odiaban intensa y mutuamente, y cuando nuestros dos amigos José Ramírez y Antonio Pilón se presentaron en la Universidad, que fué á la caída de una tarde, los estudiantes se divertían, como de costumbre, en molestar á cuantos paisanos transitaban por las calles circunvecinas.

Una voz, ó por mejor decir, un grito, saído de una de ellas y que inmediatamente fué repetido por cien bocas, puso término á las molestias de los transeuntes y á la diversión de los escolares, los cuales, al oír que dos futuros compañeros se mezclaban por primera vez con ellos, lo dejaron todo para atender preferentemente á un asunto que tan de cerca les interesaba.

—¡Dos recién llegados! ¡Dos recién llegados!—gritaron

aquí y allí y por todas partes los estudiantes repitiendo el grito primitivo, y en un instante se reconcentraron y reunieron solícitos ante la puerta de la Universidad, celebrando inmediatamente consejo sobre qué género de burlas y tormentos aplicarían, á guisa de festejos y en señal de bienvenida, á los dos recién llegados.

—Tal vez paguen—se atrevió á decir uno de los que en el grupo se encontraban.

—¡No, no!—gritó la masa general á coro.—No hay redención pecuniaria; manteemos á los recién venidos.

—Eso es contra costumbre, *tiranicum et contra legem es*—repuso un bachillerote bizco.

—¡Manteo! ¡Manteo!—exclamó la turba multa contestando al bachiller defensor de la redención pecuniaria.

—¡Cuernos del diablo! Á ver si nos entendemos—dijo á toda voz el preopinante, descargando al par un tremendo puñetazo sobre la ferrada puerta de la Universidad é imponiendo silencio á los que alborotaban.—*Non ego, non vos*, el Rey de los estudiantes es quien sobre esto ha de fallar y decidir, y puesto que *non es meum nec vestrum judicare*, sea él quien decida entre nosotros.

—¡Sí, sí, que decida!—gritaron varias voces.

—Decidirá; pero *¿ubi est?* ¿Dónde está Diego Zancudo?

—¡Zancudo! ¡Zancudo! *¿Ubi Zancudus est? ¿Ubi est Rex escolasticorum?*—gritó la muchedumbre.

—*Hinc sum*; aquí estoy yo—dijo majestuosamente un estudiante alto, tosco, fornido y formidable, con más traza de perdonavidas que de sabio.—Aquí está el Rey que buscáis. *¿Illum quem queritis?*

Un grito general de aclamación acogió las palabras de Zancudo, que bien merecía su apellido, si apellido era, por lo largo é inconmensurable de sus zancas.

—Gracias, mis fieles súbditos, gracias por estas aclamaciones, y escuchadme. Ha llegado á mis oídos que unos forasteros se han entrado en nuestros dominios y mezclado con nosotros; vengan, pues, ante nuestro tribunal, y que se reúnan todos los miembros de nuestro consejo. *Adveniant ad nos, ut illos judiquemus.*

Dada esta orden, varios estudiantes se precipitaron sobre Pepe y Antonio, los cuales, empujados por la turba, fueron conducidos entre espantosos gritos á presencia del Rey de aquellos locos.

—¡Silencio!—gritó con voz de trueno Zancudo, no bien comparecieron ante él los dos recién llegados.—*Silite omnes*—añadió; y apaciguada la algazara y establecido el silencio, comenzó á continuación un discurso, mitad latino, mitad castellano y truhanesco y apicarado en ambas mitades, poniendo en él de relieve la dicha que los dos recién venidos debían sentir al ser admitidos en la Universidad y las prerrogativas y ventajas á esta admisión inherentes. *At tamen*—dijo terminando su peroración.—Como no es justo, ni lícito, ni posible obtener todas estas ventajas, prerrogativas y privilegios sin que los aspirantes hayan contraído méritos bastantes, los dos recién venidos, en virtud de un estatuto del respetable cuerpo universitario, es decir, de un estatuto de nosotros los señores estudiantes de todas clases y facultades, pagarán la suma de tres ducados en señal de bienvenida *et admissionis causa*, á cuyo efecto nuestro tesorero Pedro Conejo extenderá el consabido récipe.

El llamado Pedro Conejo se acercó con gravedad á Antonio, el cual dejó caer en la escarcela que le presentaba los tres ducados de la admisión.

—¡*Audite! ¡audite!*—gritó el tesorero haciendo sonar las monedas.

—¡*Bene! ¡bene!*—gritó aplaudiendo la turba, que á continuación entonó la siguiente copla:

*Celebremus igitur
Adventum eorum;
Sitis es mala,
Vinus es bonus.*

Terminada la copla anterior,

—¿Tu nombre? ¿*Ut apellas?*—pregunto Zancudo á Antonio.

—Antonio Pílon—respondió éste con voz débil.

—*Igitur Antonius Pilonus, nos, Rex escolasticorum, accepimus te inter nos et te dicimus frater atque escolasticus confitemur.*

Pedro Conejo en tanto alargaba su escarcela á Ramírez, que le contemplaba riendo.

—¿Qué quieres que haga?—preguntó después de un rato.

—Pagar—contestó Conejo;—dar tres ducados, ni más ni menos que el otro.

—Estoy por el menos y no doy nada—repuso Ramírez con brío.

—¡A mantearle, á mantearle!—gritaron á coro los estudiantes, creciendo de tal suerte el alboroto, que Zancudo se vió obligado á llamar al orden á sus súbditos.

—¡Rayos y truenos! ¡Silencio, silencio digo!—exclamó casi con ira Zancudo, y para hacerse oír mejor, y como Rey que para infundir más respeto sube y se coloca en el trono, el Rey de los estudiantes se colocó de un salto sobre los hombros de aquel bachillerote bizco defensor de la redención pecuniaria.

—*Silite omnes*—dijo desde allí, y montado en los hombros del bachillerote,—Tesorero—añadió,—excitad al recién venido una, dos y hasta tres veces á que pague la bienvenida.

—No pago, es inútil—repuso resueltamente Pepe.

—¡A mantearle!—aulló furiosa ya la muchedumbre.

—*Fiat voluntas vestra*—dijo majestuosamente Zancudo, y señalando con su imperativo ademán á los estudiantes la víctima futura de sus iras, descendió de los hombros del bachillerote bizco.

—Aun es tiempo, Pepe—decía en tanto Antonio á su generoso amigo;—deja que ocupe mi puesto, porque por mí vas á padecer y á sufrir.

—No, Antonio, no; quiero sufrir el mantazo, porque yo no sé qué es esto.

—Aquí hay una manta—dijo de pronto un estudiante, arrojando una llena de jirones en medio de la multitud entusiasmada.

—*Euge*, pues,—gritó Zancudo,—y que sea ejecutado lo dispuesto.

Dichas apenas las anteriores palabras, Ramírez se vió envuelto en aquella fementida manta, y ya los estudiantes se

disponían á mantearle, cuando Antonio, sacando un puñal que llevaba oculto, cortó en pedazos la tela, y cogiendo de la mano á Pepe y blandiendo decidido su arma, rompió las apretadas filas de los estudiantes, los cuales, sorprendidos por aquel inesperado ataque, no opusieron resistencia.

Roto el corro opresor, nuestros dos jóvenes fugitivos hicieron un buen uso de sus piernas, y cuando los estudiantes quisieron darles caza, ambos habían desaparecido, sin que nadie supiera por dónde, siendo por tanto imposible su persecución, que dificultaban además las sombras de la noche, la cual á la sazón había cerrado lóbrega y oscura.

Á pesar de que nadie los perseguía, «Corre, Pepe, corre,» decía éste á Antonio, y corriendo ambos ciegos y desalentados y atravesando una tras otra calle sin rumbo ni dirección fija, y envueltos ya en las sombras de la noche, nuestros dos amigos vinieron á dar y estrellarse contra una patrulla de cuadrilleros de la Santa Hermandad, que en dirección contraria á ellos pasaba en aquel momento.

—Prended á esos—dijo el jefe de aquella gente, al ver la más bien precipitada fuga que carrera de Pepe y Antonio;—prendedles, que algo malo habrán hecho cuando de tal modo huyen á estas horas.

Obedientes los cuadrilleros á su jefe, se precipitaron al punto sobre los jóvenes, y tras una si bien corta enérgica resistencia de éstos, se oyó un grito terrible, ó por mejor decir, un doloroso y lastimero ¡ay! de muerte y de agonía, y uno de los cuadrilleros rodó exánime por tierra.

—¡Ira de Dios! Estos miserables han matado á Juan el Rojo. Prendedlos, prendedlos—dijo el jefe, viendo caer al cuadrillero, en tanto que furiosos los soldados prendían y maniataban á nuestros dos amigos.

—¿Cuál de los dos—preguntó á éstos el jefe—es el que ha matado á Juan el Rojo?

—Ni uno ni otro—le contestó tranquilamente Pepe.

—Tú, tú has sido, engendro de Satanás—repuso el militar, sacudiendo al propio tiempo á su interlocutor una soberbia bofetada;—has sido tú; pero anda, que pronto colgarás de la horca y habrá un pícaro menos.

—No he sido yo, yo á nadie he matado, y no me ahorcarán, por tanto—repuso insistiendo Pepe.

—¡Bah! No es á mí, sino á los jueces, á quien debes decir eso, y allá te las compondrás con ellos. En tanto, bueno es que sepas lo que te espera y que pronto te las arreglarás con el verdugo; porque tú, y no otro, eres el matador de Juan el Rojo.

—No ha sido él—dijo adelantándose resueltamente Antonio,—he sido yo; yo he sido el que ha matado á ese hombre.

—Conducid á los dos entonces—exclamó airado el jefe de la patrulla,—y que no se hablen ni se digan nada en el camino. Ea, en marcha—añadió, y los cuadrilleros, á la orden de su jefe, se pusieron inmediatamente en marcha conduciendo presos á Pepe y á Antonio, á los cuales maltrataron duramente y tanto de obra como de palabra durante la caminata.

V.

Presos Antonio Pílon y José Ramírez, no bien la noticia de su prisión llegó á la Universidad, cuando se reunieron el rector y los doctores, conviniendo todos y *nemine discrepante* en que era preciso reclamar á los delincuentes, los cuales, en atención á que cada uno de ellos disfrutaba de una beca, debían ser juzgados por el tribunal eclesiástico.

Tomado este acuerdo por el claustro, la Universidad reclamó á nuestros dos jóvenes; pero la reclamación universitaria fué denegada en cuanto á la persona de Antonio Pílon, autor, según propia confesión, del asesinato cometido, y concedida en cuanto á Ramírez, contra el cual nada resultaba en autos.

Puesto por tanto en libertad al cabo de unos días nuestro amigo Pepe, su regreso á la Universidad fué un verdadero triunfo, siendo perfectamente recibido por los estudiantes, los cuales no vieron en él á aquel recién llegado que se había sustraído á sus iras y sus burlas, sino al animoso estudiante que había luchado con los cuadrilleros.

Por esta razón, y atendiendo únicamente á los méritos y servicios con tal acto contraídos, Ramírez, al volver á la Universidad, fué universalmente aclamado, vitoreado y enaltecido, y hasta el mismo Zancudo, ó sea el mismo tremendo y mal encarado Rey de los estudiantes, se dignó darle la mano en señal de amistad y de cariño.

Mientras esto sucedía en la Universidad, Antonio Pilón, tan inocente, pero más desgraciado que su animoso compañero, era juzgado y sentenciado por los jueces ordinarios, los cuales, por instinto y aun sin sospecharlo quizá, miraban á los estudiantes como enemigos propios, y no sin causa por cierto, puesto que frecuentemente eran sus víctimas, y siempre y á todas horas objeto preferente de las burlas y ataques escolares.

Á pesar de la influencia de este odio instintivo contra los estudiantes, á pesar de que los jueces eran como he dicho ya enemigos natos de los escolares, en los cuales veían un peligro para sí y aun para sus mujeres é hijas, y de los cuales no podían esperar más que daño y ojeriza, la sentencia y condena de Antonio Pilón no podía ser tenida por apasionada é injusta, puesto que la terminante y espontánea declaración de éste no daba lugar á dudas.

—Yo soy el que ha matado á ese hombre—había una y otra vez dicho Antonio en sus declaraciones, y por confesión propia se había declarado autor de un crimen que, sin embargo, no había de ningún modo cometido.

¿Por qué Antonio había hecho esto? ¿Por qué, siendo inocente, se había declarado culpable y comprometido su vida?

Como mis lectores recordarán, Antonio, al segundo día de conocerle y al recibir de él los tres ducados para libertarse de las burlas estudiantiles, había jurado al generoso hijo del tendero de Niebla, su bondadoso compañero de camino, una amistad de hermano, y por salvar á su amigo y protector, sacrificando la suya propia en cambio de la vida de Ramírez, se había declarado único autor de la muerte de Juan el Rojo, el cual, en opinión de Antonio, había sido asesinado por Pepe.

¿Por quién, si no, podía haber sido asesinado Juan el Rojo? Antonio, pues, que creía á Ramírez autor del delito come-

tido, sacrificaba su vida á su amistad, y condenado por los jueces, hubiera generosamente sucumbido, á pesar de su inocencia, si una casualidad afortunada no hubiera venido á libertarle.

Hemos visto caer espirante á Juan el Rojo; hemos visto á los cuadrilleros apoderarse de nuestros dos amigos, y por más que hemos dicho ya que ambos eran inocentes, no hemos explicado este enigma ni dicho quién era el verdadero reo; siendo, por tanto, tiempo de declarar la verdad y de manifestar lo sucedido.

Cuando, en la profunda y sombría oscuridad de la noche, nuestros amigos Pílon y Ramírez pretendían escapar de las garras de los cuadrilleros; cuando éstos á su vez procuraban aprisionarlos y nuestros jóvenes luchaban y se resistían animosos, un bulto informe, ó precisando más, un hombre de ridícula presencia y ruin aspecto se había acercado á Juan el Rojo, y después de murmurar en su oído con solemne y airada expresión las palabras *por mi hermana deshonrada, por mi padre por tí alevemente asesinado*, le había asestado dos tremendas y terribles puñaladas, de las cuales y en el acto había caído muerto el cuadrillero.

No habían sido, pues, Pepe ni Antonio los matadores de Juan el Rojo; su alevoso aunque tal vez justiciero matador había sido el hijo de Fernando del Rincón, el hermano de la bellísima é infortunada Estrella, que habiendo, porque hay un Dios de justicia, descubierto los infames crímenes del cuadrillero, y deseando vengar con sangre la muerte de su padre y la deshonra de su hermana, había aprovechado la oscuridad de la noche y la oportunidad del momento para cobrar sus grandes y horribles deudas.

Á pesar de que esto que acabo de decir era la verdad de lo sucedido, y á pesar, por tanto, de su inocencia, Antonio, convicto y confeso de tal crimen, había sido juzgado y sentenciado como autor de él, y la sentencia pronunciada debía ser cumplida, siendo llegado ya el día y hora de su cumplimiento.

Pálido y trémulo nuestro joven, pero firme en su resolución, sin embargo, caminaba, en el día para su ejecución se-

ñalado, hacia el patíbulo, en el cual le esperaba ya el verdugo, cuando al llegar frente al antiguo convento de San Francisco, hoy casa consistorial de Sevilla, un anciano y venerable religioso franciscano y un infeliz y raquítico jorobado interrumpieron, presentándose frente á él, la marcha del fúnebre cortejo.

—Deteneos—dijo con majestuoso é imperativo acento el franciscano;—sólo la justicia de Dios es infalible, y la justicia divina, enmendando y corrigiendo á la humana, viene á salvar al inocente y á entregar al culpable.

Tal dijo el fraile, y la fúnebre comitiva se detuvo instantánea é intuitivamente, y los que el espectáculo miraban enmudecieron atónitos y admirados, mientras el venerable hijo de San Francisco, por lo bajo y con sublime é inspirado acento, decía á su acompañante:

—Animo, hijo mío, ánimo; muere si es preciso por la verdad; pero no hagas tu crimen doble consintiendo que perezca un inocente. Dios todo lo ve, Dios todo lo sabe, y él, que ve tu arrepentimiento y que ve tu sacrificio, recompensará tu acción y perdonará tu crimen; porque crimen fué y crimen de sangre el haber matado aquel hombre, sobre cuya vida, á pesar de que él había matado á tu padre y deshonorado á tu hermana, no tenías tú derecho alguno, convirtiéndote por tanto en asesino al sentenciarle por tí mismo y al arrancarle la vida por tu mano. Confiesa, pues, hijo mío, tu crimen, y Dios, siempre misericordioso, salvará tu vida en este mundo ó te dará en el otro una vida mejor y más perfecta.

—Así sea—repuso con profunda convicción el jorobado;—y para que Dios me perdone, quiero confesarlo todo. Oíd, oíd todos—añadió dirigiéndose en alta voz tanto al reo como á la escolta y á la muchedumbre.—Yo fuí, yo fuí, y no ese joven, el fiero matador de Juan el Rojo.

Un murmullo sordo, uno de esos murmullos de indefinible expresión que preceden siempre á las supremas manifestaciones de la voluntad de las masas, circuló rápido y fugaz entre la muchedumbre, en tanto que el franciscano exhortaba al reo á proseguir la confesión interrumpida.

—Fuí yo—dijo continuando su declaración el jorobado—

quien asesinó á Juan el Rojo, y le asesiné porque aquel miserable había á su vez asesinado alevosamente á mi anciano padre Fernando del Rincón y deshonorado á mi hermana Estrella, á la cual tenía presa además, cosas todas que yo he llegado á descubrir al encontrar á mi hermana, y que, acalorando mi ánimo, me han impulsado á cobrar la muerte de mi padre y de mi honra, vertiendo por mí mismo la infame sangre de aquel que me había deshonorado. Maté con ira—añadió no sin cierto acento de odio el jorobado,—maté alevosamente y á traición, no por miedo, sino para mayor seguridad de matar; y si bien hoy ya me arrepiento de mi crimen, no por eso creo menos justa mi venganza ni menos miserable ni villano al infame autor de mis desdichas. Yo, pues—añadió cambiando de tono,—he sido el autor del crimen cometido, y como he sido yo, y como este santo religioso, con el cual me he confesado há poco, me ha amenazado con la justicia de Dios si por huir de la humana dejo perecer á un inocente, vengo á salvarle y á morir, entregándome yo propio á la justicia.

Explícita y terminante la declaración del jorobado, la ejecución del reputado reo quedó por consecuencia suspendida, y tanto el falso como el verdadero matador de Juan el Rojo fueron conducidos presos á presencia de los jueces, los cuales se enteraron del suceso por los gritos de la multitud, que entusiasmada, crédula y llena de fe y de compasión, aclamaba que aquél era un milagro y que la justicia humana no podía ni debía condenar á aquel que, si bien había matado, lo había hecho en venganza y en justicia, probando después con su confesión un ánimo esforzado y generoso.

El pueblo, tanto el del nuestro como el de todos los países, es, ha sido y será siempre noble, grande y generoso en todas sus manifestaciones espontáneas.

VI.

No bien sucedido lo que de relatar acabo, algunos estudiantes que habían presenciado la conmovedora é interesante escena anteriormente reseñada, corrieron á la Universidad, dando allí, y con los más vivos y animados colores, cuenta exacta de todo lo ocurrido y de la inocencia é inculpabilidad de Antonio.

Interesados, y con razón, en cosa que tan de cerca les tocaba, continuaron los estudiantes pidiendo á voces la libertad de su compañero, y habiendo sobrevenido el rector, le enteraron detalladamente del asunto, instándole á que en defensa de los suyos reclamara por segunda vez y con la mayor energía la entrega y libertad de Pilón, el cual, según el decir de los amotinados, había sido procesado por un tribunal de todo punto incompetente y sentenciado sin pruebas bastantes, y sólo en odio y daño de la clase escolar á que pertenecía.

Accedió el rector á lo que se le pedía, arrojó su influencia y valimiento en la balanza de la justicia, y Antonio Pilón fué declarado inocente y puesto *ipso facto* en libertad, siendo conducido en hombros y entre las más frenéticas aclamaciones á la Universidad, donde encontró á Ramírez, que, llenos los ojos de lágrimas, se arrojó á su cuello abrazándole con frenético entusiasmo.

—¿Conque eres inocente? ¿Conque estás en libertad? ¡Oh! Dios ha oído mis súplicas y escuchado mis oraciones—decía Pepe medio llorando, medio riendo, y abrazando una y otra vez á su cariñoso compañero.—Pero dime, Antonio, dí, ¿por qué no siéndolo te declaraste culpable? ¿Por qué no les dijiste la verdad? ¿Querías morir acaso?

—No—contestó Antonio;—pero quería salvarte, y creyendo que eras tú el que había matado al cuadrillero, me confesé autor del delito, dando mi vida por salvar la tuya.

—¡Qué bueno eres, Antonio!—exclamó Pepe henchido de admiración.

—Bueno, no: tú me libraste de que me mantearan, y yo, que había jurado dar mi vida por tí, creí llegado el momento y quise pagar mi deuda.

—¡Bendito seas!—dijo Pepe, besando con avidez y veneración las manos de su amigo.

—¡Bendito seas, sí!—dijeron cuantos estudiantes oyeron el diálogo anterior, abriendo respetuosamente paso á los dos jóvenes, que de la Universidad se retiraban.

—¡Oh!—decía Pepe por el camino.—Mucho has debido sufrir, pero ahora seremos felices y dichosos.

—No, Pepe, no; yo no seré feliz ni me tendré por dichoso mientras no obtenga para las Universidades el derecho de juzgarse por sí mismas; pues por propia experiencia sé lo peligroso que es para los estudiantes el ser juzgados por los paisanos.

—Tienes razón en esto como en todo, y yo tampoco seré dichoso hasta que á mi vez consiga abolir ese maldito derecho de bienvenida que se arrogan los estudiantes, y que ha sido la causa primordial de todos nuestros sustos y temores. Á trabajar, pues, á trabajar hasta que consigamos cada uno nuestro objeto; pero ¿lo conseguiremos, sin embargo?

—Querer es poder—contestó Antonio;—quiere y podrás, ayúdate y te ayudaré, dice Dios en las Sagradas Escrituras.

VII.

Han pasado algunos años desde que tuvieron lugar las escenas anteriormente descritas.

El hermano de la hermosa y desgraciada Estrella, levemente penado por la muerte del infame Juan el Rojo, cuyos crímenes probó suficientemente ante los jueces, es, en el momento que volvemos á encontrarle, bedel de la Universidad sevillana, por cuyo patio, lleno todo de estudiantes, pasea tranquilo y placentero un joven rector, oyendo leer á los bedeles una orden, en virtud de la cual quedan abolidos en adelante los antiguos abusos y terminante y severamente prohibidas las burlas y vejaciones de la bienvenida *et admi-*

sionis causa, que contra toda ley y razón venían siendo toleradas y permitidas por costumbre.

Aquel joven rector era nuestro antiguo amigo José Ramírez, hijo del mercader de Niebla.

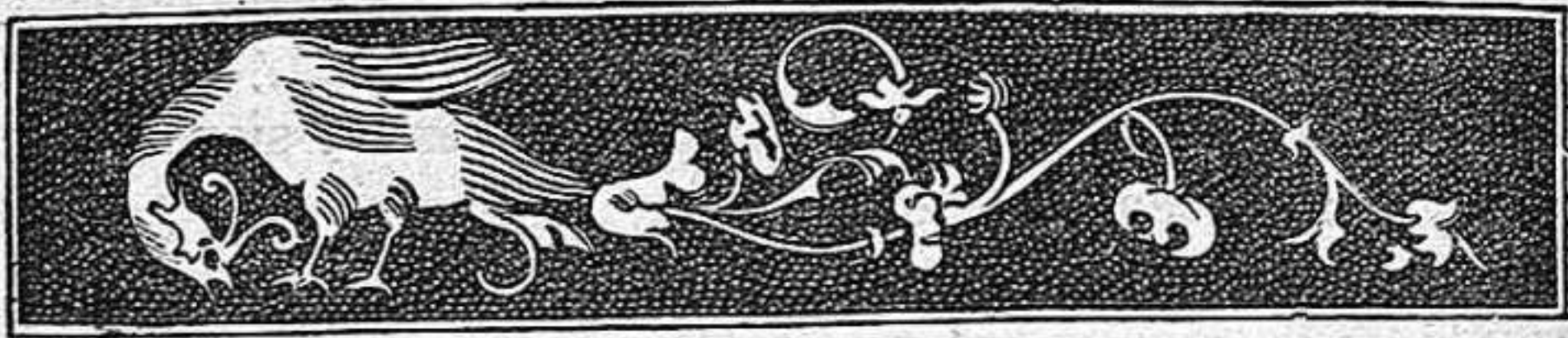
De repente, y no bien acabada la lectura de la orden anterior, un comisionado regio aparece, y al par que una cariñosa carta de Antonio Pilón, maestro en derecho y consejero de D.^a Isabel la Católica, entrega á Ramírez una ordenanza real concediendo á las Universidades el suspirado derecho de juzgarse por sí propias.

Nuestros amigos José Ramírez y Antonio Pilón habían, pues, cumplido sus promesas y realizado sus aspiraciones respectivas.

Esta es la tradición sevillana, y ésta la historieta que explica el origen é historia del fuero universitario.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.





LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 ⁽¹⁾

EN los últimos días de Octubre hube de volver á Nápoles, con objeto de entregar personalmente á S. M. siciliana una carta autógrafa de la Reina D.^a Isabel y las insignias de la Gran cruz de San Fernando, que por una gracia singular habíale concedido nuestro Gobierno; era aquélla la vez primera que se otorgaba esta condecoracion fuera de España. Aproveché tambien aquellos dias para conferenciar con Su Santidad sobre la época de su regreso á Roma y sobre la retirada de nuestras tropas. Manifestóme explícitamente el gran sentimiento que le causaba esta resolucion del Gobierno español, indicándome el deseo de que yo interpusiera mi personal influencia cerca del Duque de Valencia, para que por lo menos permaneciéramos en Italia hasta que realizara su regreso á Roma, en cuyo caso veria con el mayor agrado que los soldados españoles le escoltaran desde la frontera de Nápoles hasta su capital.

Díjome tambien que desde luego habia ordenado ya á su pro-secretario de Estado, que sin pérdida de tiempo entrara

con Madrid en tratos para allegar los medios de que oficiales y soldados españoles fuesen á sus Estados, después de retirada la división, con objeto de organizar las tropas pontificias, que ascendian entonces á 13.000 hombres, desorganizados y casi disueltos. En ellos tenia, segun afirmó repetidas veces, escasísima confianza, sobre todo en su oficialidad, imbuida toda en el espíritu republicano, añadiendo que estaba resuelto á disolverla. De todo le ofrecí dar minuciosa cuenta á mi Gobierno, indicándole, no obstante, la dificultad de que las tropas españolas le acompañaran á traves de su territorio, caso de que su regreso se retrasara mucho, porque esperaba de un momento á otro las órdenes de embarque. Sobre su vuelta á Roma, díjome que los franceses la deseaban y que para ello apremiaban sus diplomáticos, tomando en Roma las autoridades militares medidas que tendian á tranquilizarle, como el desarme general de los republicanos, algunos de cuyos cuerpos permanecian organizados todavía, y la expulsion de los más caracterizados revolucionarios; pero que esto no obstante, nada resolveria aún, en primer lugar, por atender á las indicaciones de Martinez de la Rosa y de Esterhazy, los cuales le aconsejaban que esperase hasta que la paz se hiciera más completamente en los espíritus, y en segundo, porque debia detenerse hasta que terminasen las negociaciones de su Gobierno con la casa de Rothschild para contratar un empréstito indispensable, si habia de atender en los momentos de su llegada á las necesidades públicas del Estado, y retirar el papel moneda puesto en circulacion por la república.

Tambien detenia á Su Santidad en Portici la insistencia con que el general Rostolan solicitaba su relevo. Rostolan habíase colocado desde el primer dia en una actitud muy favorable al Pontificado, y se temia en Portici que su sucesor no viniera animado de iguales sentimientos. Admitió al cabo el Gabinete francés la dimision de aquel jefe, reemplazándole á fines de Octubre con el general Baraguay d'Hilliers, el cual publicó, al tomar posesion del mando, un severísimo edicto, por el que se imponia pena de la vida á todo individuo que llevara sobre sí armas prohibidas. En su virtud, fueron pasa-

dos por las armas algunos revolucionarios á las puertas de Roma; castigo justo, pues hasta entonces seguíanse cometiendo impunemente asesinatos y crímenes de que eran víctimas preferidos los soldados franceses. De la ciudad en tanto salían continuas comisiones, representantes del municipio, del clero, de la industria, de la nobleza y de todas las clases sociales, para solicitar del Papa su pronto regreso. El 5 de Noviembre pudo ya anunciarlo ante el Consistorio oficialmente, y como el empréstito estaba ya próximo á realizarse, los ánimos en Roma se calmaban, y el nuevo general francés demostraba tanto ó mayor celo que Rostolan por congratularse la confianza de la corte pontificia, se convino en fijar uno de los primeros dias del año entrante para que se verificara aquel importantísimo acontecimiento, con el que debía quedar terminado el período revolucionario en Roma.

Entretanto, desde Velletri, ocupábame yo en hacer con toda presteza los preparativos de marcha. En carta de 6 de Noviembre anunciábame el Ministro de la Guerra que el Gobierno habia fijado el 15 del siguiente mes de Diciembre para el embarque, no expidiendo la real orden desde aquel dia, para dar lugar á que recibiera el embajador la nota del ministro de Estado y éste se lo comunicara oficialmente al Gobierno pontificio. Por el correo del 13 salió, no obstante, de Madrid aquella orden, dando por terminada nuestra intervención militar en Italia, y desde aquel momento todos mis cuidados dirigiéronse á que las tropas volvieran con la mayor seguridad y comodidad posibles.

Convine con Bustillos en elegir la rada de Terracina para verificar los embarques, como la más á propósito y cercana. Deberian éstos efectuarse sucesivamente y á medida que los vapores estuvieran disponibles, sin esperarse unos á otros, arribando todos á Barcelona. Ejecutáronse en los diques algunas obras que hicieran más fácil la operacion para la artillería y el ganado, y desde luego, en cada correo, comenzaron á salir aquellos enfermos y convalecientes cuyo transporte no pudiera ofrecer peligro.

Tuvo lugar el primer embarque el 22 de aquel mes en los vapores *Pizarro*, *Vulcano*, *Colon* y *Marigalante*, á bordo de los

cuales realizaron felizmente la travesía á Barcelona, el general Lersundi con 17 jefes, los batallones de Baza, Granaderos y la artillería rodada, formando aquella primera expedición un total aproximado de 2.000 hombres. De regreso los buques á mediados de Enero, embarcáronse otros 2.000 de los batallones de la Reina Gobernadora, las Navas y Ciudad-Rodrigo, con el brigadier marqués de Casasola y los comandantes generales de artillería é ingenieros. Por orden general del 27 dispuse que se organizaran las tropas restantes, formando una brigada á las órdenes del coronel D. José Santiago. Todavía tenía esperanzas de poder acompañar con aquellas fuerzas á Su Santidad desde el reino de Nápoles, y así, escribía al ministro de la Guerra en 27 de Enero: «Me
» propongo escoltar personalmente al Santo Padre, desde que
» pise el territorio de sus Estados hasta el primer canton de
» Guizano, ocupado por tropas de la república francesa, y en
» Velletri se reconcentrarán los dos cortos batallones de San
» Marcial, la caballería y artillería con el de cazadores de Chi-
» clana. De esta suerte, la representacion del ejército español
» será más lucida en Velletri, á donde, segun me ha comuni-
» cado, vendrá el general en jefe del ejército francés y muchos
» otros personajes, con objeto de presentar sus respetos á Su
» Santidad.» Mas no pudieron realizarse estos proyectos, porque el regreso del Papa sufrió nuevos aplazamientos, por virtud de las lentitudes diplomáticas y de las dificultades con que luchaba para constituirse su Gobierno de una manera estable, y así trascurrió todo el mes de Febrero, durante el cual, hube de padecer una corta y peligrosa enfermedad, que dióme, sin embargo, tiempo para despedirme en Portici de Su Santidad, en Nápoles de la córte siciliana y en Roma de la Comisión gubernativa de Estado y de las autoridades francesas. Por todas partes recibí los mayores agasajos y demostraciones de simpatía y de respeto: comisiones de todas las ciudades que habíamos ocupado vinieron á Velletri y Terracina con objeto de despedir oficialmente á las últimas tropas, entregándome certificados que demuestran la perfecta conducta que por todas partes observaron nuestros soldados, y preciados y muy honoríficos títulos que conservo, declarándome ciuda-

dano é hijo adoptivo de aquellas poblaciones. En Roma visitóme en corporacion el municipio, entregándome tambien patente de ciudadanía romana para mí y mis descendientes, y tanto el Gobierno como aquella sociedad insigne, colmáronme de obsequios y atenciones.

Un tercer embarque había tenido lugar en Terracina á mediados de Febrero, no quedando ya en Italia más que dos compañías, con bandera y música, del batallon de Chiclana. Con ellas y mi estado mayor pasé los últimos dias de mi estancia en Roma, desde cuyo punto, á primeros de Marzo, me trasladé á Civita-Vecchia, siendo acompañado por las autoridades pontificias y los príncipes de Torlonia hasta á bordo del *Colon*, que, mandado por el malogrado é insigne marino D. José Manuel Pareja y conduciendo las últimas tropas españolas que pisaban la Italia, hizo hasta Barcelona una feliz y rapidísima travesía. No abandoné, sin embargo, el territorio de la Iglesia, sin ordenar, en uso de mis atribuciones, á D. Antonio R. Zarco del Valle, hijo del general del mismo nombre y que en calidad de auditor general del ejército habia sustituido meses antes á D. Serafin Estévez Calderon, que publicara una amnistía, dejando en libertad á todos los que por causas políticas permanecian todavía sujetos á nuestros procedimientos militares, y levantando algunas multas impuestas á los pueblos, excepcion hecha de la de Zagarolo, cuyo valor íntegro fué entregado á los ancianos padres del desgraciado granadero Jerónimo Diaz, vilmente asesinado en la noche del 31 de Agosto.

He llegado al término del largo trabajo que me habia impuesto, relatando minuciosamente todas las particularidades de nuestra intervencion en Italia, y trayendo al apoyo de mis asertos el testimonio de documentos irrecusables que arrojan toda luz sobre aquel interesante período de nuestra historia contemporánea, el último en que verdaderamente fuimos escuchados en los consejos de Europa, mezclando nuestro nombre, nuestra diplomacia y nuestras armas, á la solucion de

trascendentales problemas: he procurado reseñar, inspirándome constantemente en sentimientos de imparcialidad y de justicia, el verdadero carácter de aquella revolución que conmovió hasta en sus fundamentos á los viejos Estados de la península itálica, derribando tronos, transformando fronteras, poniendo en evidente riesgo á dinastías seculares, consiguiendo arrojar del solio pontificio al Jefe de la Iglesia católica, declarando la caducidad de sus poderes, y haciendo presa, en fin, de los furros de la guerra una vasta extensión del territorio europeo; he determinado con la mayor exactitud posible las tendencias políticas é intereses particulares de las potencias que en aquellos acontecimientos tomaron parte, escudriñando los móviles secretos que las impulsaban, y los principales hechos que realizaron, ora con las armas, ora en sus complicadas y oscuras negociaciones: he explicado, desde la primera página, las razones que movieron al Gobierno de la Reina de España D.^a Isabel II á tomar una participación activa en aquellos negocios, haciendo uso de su iniciativa diplomática primero, y completando despues estas gestiones con el envío de un cuerpo de ejército y de algunos buques que secundaran activamente sus decisiones; y he relatado, en fin, acaso con sobrada prolijidad, todos los hechos realizados por aquel brillante cuerpo de tropas, que me cupo la altísima honra de mandar. Réstame sólo hacer algunas consideraciones generales que determinen sintéticamente la situación de la Italia en 1848 y 1849; para que resulte más en relieve la significación verdadera y el alcance, en aquellas graves circunstancias, de la política española.

Nada en verdad más complejo ni más confuso que lo que entonces se conocía con el nombre de «cuestión italiana,» nada más difícil de dilucidar que aquella aglomeración de intereses nacionales, religiosos, morales y políticos que luchaban entre sí, sin tregua y sin que de sus convulsiones resultara otra cosa que perturbación profunda para los espíritus, y revoluciones, guerra y anarquía para los Estados. Pero en el seno de aquella sociedad tan conmovida, despuntaban, no obstante, dos grandes y ardientes sentimientos: el odio al yugo extranjero, y la esperanza de un porvenir mejor, por la

constitucion de una nacionalidad única y poderosa. Excepcion hecha de aquellas dos ideas, de aquellos dos grandes objetivos, nada podia definirse en Italia distintamente: lugar habia para recorrer allí la escala de todas las quejas, de todos los deseos, de todas las esperanzas y hasta de los más quiméricos ensueños. Los unos reclamaban la inmediata destruccion del Papado, otros su reforma, éstos la república, aquéllos la monarquía, otros la confederacion; todas las escuelas políticas tenian sus representantes y sostenedores, todas las doctrinas encontraban eco en alguna parte de la opinion; las utopias más abstractas, las teorías más absurdas, los delirios más irrealizables obtenian aceptacion y eran objeto de apasionada y furiosa controversia. Y mientras tanto el Austria extendia su férreo yugo por el Milanesado, la Lombardía y el Véneto, ejerciendo en aquellas regiones una presion inmediata y directa y ensanchando el círculo de su influencia moral por toda la Italia, como necesidad primera de su propia defensa; ni se interesaba por el desarrollo y prosperidad de la Península, ni por el establecimiento de gobiernos fuertes é instituciones vigorosas que la amparasen, porque todo progreso, todo engrandecimiento de Italia, era para el Austria materia de inseguridad y de peligro. ¡Terrible y desgraciada situacion la de aquel pueblo! Impotente para recabar su independendencia por medio de un sacudimiento general, revelábase, no obstante, cada dia fraguando conspiraciones frecuentes y revoluciones parciales ineficaces, contra las cuales defendíanse los gobiernos de los pequeños Estados apelando al enemigo comun, es decir, apoyándose en la política imperial que intervenia entonces, con el objeto de confirmar su dominacion á pretexto de mantener el orden. De esta suerte constituíase un círculo vicioso en el que, enardecidos los sentimientos por efecto de la presion moral y material del Austria, estallaban revoluciones, que favorecian maravillosamente los intereses de aquella dominacion. Sólo el Piamonte seguia con perseverancia su admirable obra, y su previsora política, preparando á distancia la unidad, é inscribiendo en su bandera el lema nacional de independendencia que no pudieron borrar el desastre de Novara ni la muer-

te de Cárlos Alberto. Derrotada aquella valerosa nacion por entonces, y sujeta á los tratados, érala preciso seguir una política de términos medios aparentes, y esto daba á sus gestiones un carácter indefinido y sospechoso para todos los que no acertaban á descorrer el velo de sus verdaderos intentos. Añádase á esto los intereses europeos franceses en rivalidad con los intereses europeos austriacos, señalándose ya los campos de la Italia como palestra de su futura contienda; la impotencia de los Ducados; las inclinaciones autoritarias de Nápoles, que ponian en peligrosa efervescencia á sus provincias, y la cuestion, en fin, cada vez más candente del Papado, cuyos derechos temporales eran puestos en tela de discusion y de juicio, despojados ya de aquel antiguo carácter religioso que tanto heria en otro tiempo el sentimiento de los pueblos, y se tendrá una aproximada idea de la situacion moral y material de Italia, á mediados del presente siglo.

Porque, fuerza es confesarlo: la soberanía temporal del Papa era ya por entonces en los mismos Estados Pontificios, y para los Gabinetes europeos, materia de grave meditacion, de no escasas incertidumbres y de conflictos permanentes que amenazaban la paz y el equilibrio de las naciones planteada ya como cuestion exclusivamente política. Minados por la revolucion los seculares cimientos de aquel Gobierno, hacíase necesaria la intervencion extranjera. Algunos creian, sin embargo, que hubiera sido posible calmar tales agitaciones con que el Papa modificara la forma de su gobierno, concediendo á sus pueblos instituciones cada vez más liberales y progresivas, pero los hechos atestiguaban lo contrario, y basta recordar los comienzos de aquel pontificado para comprobarlo. «Tendremos amnistía y reformas, habia dicho Pio IX en los primeros dias de su exaltacion, y todo irá bien;» pero cuando el ilustre Rossi caia bajo el puñal á las puertas del primer Parlamento que se reunia en los Estados romanos, ni una voz protestó en aquella Asamblea, ni una mano se tendió para sostener al gobierno constitucional que se derrumbaba ante sus propias concesiones. No era fácil, por lo tanto, que la Santa Sede creyera ver un remedio muy eficaz en la renovacion de tales hechos, mucho más,

debiendo contar con dos factores ya comprobados: con la debilidad de las costumbres políticas del pueblo y con el poder corruptor y creciente de la revolución. Por lo demás, y aun prescindiendo de aquella tan trágica tentativa, conviene averiguar hasta qué punto y en qué medida eran compatibles las reformas políticas con el carácter especial y único del papado, en el que residían á la vez una autoridad religiosa universal, y una autoridad temporal limitada. No era sólo el Papa jefe de un reducido Estado; era el jefe de un gran culto, el representante de la conciencia religiosa de todos los pueblos católicos, y sólo á título de esto, trataba de igual á igual con las primeras potencias, cual si hubiera tenido 200.000 hombres sobre las armas y poderosas escuadras en sus puertos. Suponiendo, pues, en Roma un régimen representativo, un Estado en que prevaleciera el voto de los más, ¿podrían someterse las relaciones de las potencias católicas á las fluctuaciones locales de aquella opinión? ¿Podrían depender las naciones de esas Asambleas deliberantes que imponen sus ministros, sus tendencias y su política al Jefe del Estado? ¿Podría aquel Soberano constitucional denunciar una ruptura diplomática ó declarar la guerra á un país con el que, como Pontífice, mantuviera cada día relaciones de naturaleza religiosa?

Y surgía entonces la cuestión que ha mantenido y mantiene todavía en desasosiego y en expectación á Europa. Puesto que era imposible conciliar tan diferentes atributos, prerrogativas y derechos; puesto que eran incompatibles las facultades espirituales de la Santa Sede con el ejercicio de su autoridad política, ¿por qué no acudir á un arbitrio tan radical como sencillo, á la supresión del poder temporal? Aun los pensadores más afectos al Papado no rechazaban en principio esta solución en aquellos años de terribles vicisitudes para la Italia; pero originábanse entonces iguales dificultades que las que hoy preocupan al mundo católico respecto de la suerte del Jefe de la Iglesia. Privada de la posición temporal que ocupaba en Roma, ¿á dónde iría aquella autoridad desheredada y errante? Ni la Francia hubiera permitido su establecimiento en Austria, ni Austria á su vez

hubiera dejado de oponer su veto caso de que fuera á residir en alguna ciudad francesa, y si, como lo imaginaban y lo proponian algunos, hubiérase establecido en Mallorca ó en Jerusalem, en el caso primero colocábase tambien bajo la tutela de España, y en el segundo residiria en territorio otomano. En todas partes pisaria un suelo extranjero, en ninguna podria ser independiente. Y á más, ¿de qué modo atenderia el papado en cualquiera de estas condiciones, á su propio sostenimiento? Si los pueblos católicos le designaban un tributo, encontraríase el Pontífice soberano á merced de una mayoría política en los países constitucionales, ó del Jefe de un Gobierno, que podria denegar la contribucion tan pronto como surgiera la primera dificultad entre la Iglesia y el Estado. Por estas y otras razones, resultaba que aquel remedio no remediaba nada, excepcion hecha de que podría facilitar, simplificándole, el arreglo de la cuestion italiana, y de que satisfaria las aspiraciones revolucionarias, despojando á la autoridad religiosa de lo que aseguraba su independencia. Mas en 1849, tal opinion estaba todavía muy lejos de prevalecer: los pueblos católicos, por el contrario, deseaban que el Papa fuera independiente, y para serlo, era indispensable que su independencia se apoyara en una soberanía temporal establecida en Roma, en virtud de seculares tradiciones y de reconocidos derechos. Muchos años despues, y en circunstancias no menos críticas (1), propusieron los plenipotenciarios piamonteses que se constituyeran las Legaciones bajo una forma casi independiente, con su administracion propia y su ejército nacional; pero ni siquiera entonces pudo ser esto admitido por la Europa católica, y todas las potencias negáronse resueltamente á admitir medida alguna que amenazara directa ni indirectamente la soberanía pontificia, que consideraban indispensable para la independencia y seguridad de sus relaciones con el papado.

Colocadas estas cuestiones bajo tales puntos de vista, fácilmente se comprenderán los motivos y necesidades á que

(1) Congreso diplomático de París de 1856.

obedeció el Gobierno de España en 1849 para intervenir directamente en los asuntos de Roma tan luego como allí estallaron los primeros síntomas de la revolución, enviando tropas que protegieran al Pontífice, con cuyo Gobierno nos ligaban lazos religiosos inquebrantables. Nuestra gestión diplomática y nuestra acción militar no tuvieron otra significación ni otro objeto, y el deber en que para ello estábamos, dada nuestra significación en Europa, la índole de nuestra Monarquía y de nuestro Gobierno, la historia de nuestro pueblo y sus tradiciones, era, y no podía menos de ser, ineludible. Así lo han reconocido todos los tratadistas, tanto españoles como extranjeros, incluso D. Juan Valera, que en su continuación á la *Historia general de España* de D. Modesto Lafuente, afirma esto mismo, á pesar de sus opiniones contrarias y del tono sobradamente irónico y desdeñoso con que describe toda la gestión política del antiguo partido moderado.

Por lo demás, ni los escasos 9.000 españoles podían haber resuelto en Roma tantas y tan complicadas cuestiones, ni España iba á ventilar en Italia ningun asunto que directamente se relacionara con sus intereses materiales y nacionales. Por esto tuvo quizá razón D. Antonio de Benavides al calificar con su habitual aticismo, en el Congreso de Diputados, de *sentimental* la política del Gobierno. No fuimos á reivindicar ningun derecho, á lavar ninguna afrenta, ni á proteger ningun interés español; mas haciéndose intérprete el Jefe del Estado y sus consejeros responsables del espíritu general del país, en cuanto á sus sentimientos religiosos, y teniendo en cuenta la naturaleza de las relaciones de esta índole que con la Santa Sede manteníamos, cumplimos aquella obligación moral cual debimos, pues tales deberes se imponen á veces á los Gobiernos con igual irresistible vehemencia que los que tienen su fundamento y se derivan de las más apremiantes necesidades públicas. Díganlo si no las guerras que por motivos de religión han ensangrentado tantas veces el suelo de la patria.

Sin duda podría acusarse al Gobierno presidido en 1849 por el duque de Valencia de no haber hecho que nuestra

representacion militar en Italia fuera más lucida y digna de los recuerdos y gloria que allí, en otro tiempo, recogimos, enviando en vez de 10, 20 ó 25.000 soldados. Aconsejábanlo, á más de aquellas razones, la prevision y la prudencia. Expuesta como estuvo Europa varias veces á una conflagracion general, cuyo obligado teatro no podia ser otro que los Estados italianos, y complicados nosotros en los sucesos por el hecho solo de mantener en operaciones un cuerpo de tropas, no necesito encarecer el peligro por que hubiera pasado tan reducido contingente, ó el poco airoso desempeño á que hubiérase visto obligado, reclamando el auxilio ó apoyo de otra nacion por necesidad de las circunstancias de guerra y por tener que habérselas con ejércitos dos ó tres veces más considerables. Los gastos del mayor número de tropas no hubieran sido muy superiores; las expedicionarias vivieron con el mismo haber que disfrutaban en la Península, y por otra parte, quedaban en España, terminada que fué la campaña de Cataluña, suficiente número de cuerpos organizados para haber enviado 10.000 hombres más sin dejar desatendidas las necesidades de la Península.

Ni oportuna ni justificada fué tampoco la ocasion y la fecha elegida para disponer la retirada de la expedicion. El mismo Pidal confiesa en el despacho anteriormente transcrito, que no fueron las necesidades económicas del Gobierno las que le obligaron á tomar aquella inesperada medida. En vano procura aquel eminente diplomático, haciendo gala de los grandes recursos de su ingenio, excusar al Gobierno español de lo que no tenia ni podia tener excusa. Comprometidos ante Europa, con el deber ya ineludible de contribuir al restablecimiento del Pontífice, no debimos abandonar nuestro puesto de honor hasta despues de restaurado y establecido más sólidamente en su Silla de Roma. Nada ocurría ni ocurrió en España que hiciera urgente nuestro regreso, al menos con tan gran premura, y tan solo los bruscos y geniales cambios en los proyectos y miras de Narvaéz, cambios que eran en él harto frecuentes, podrian en realidad explicarlo.

España abandonó pronto la política seguida en 1849, guar-

dando ante los grandes acontecimientos que despues se desarrollaron en Italia una actitud pasiva. Perdimos con ello la ocasion, cuando no el derecho, de intervenir en los asuntos europeos, consumiendo nuestra actividad, nuestras fuerzas y nuestra siempre generosa iniciativa, en estériles y miserables luchas interiores. Mas; por otra parte, empeñada como estaba ya nuestra política en pro de una causa decadente, en defensa de una institucion moribunda, quizá de haberla seguido hubieran resultado consecuencias funestas para la patria; quizá por oponernos al invencible desarrollo de una gran evolucion histórica, hubiéramos sido arrollados por su corriente, porque detrás del Papado, á espaldas de sus intereses mundanos, levantábase la causa de la Italia, y la causa de la Italia, segun una célebre frase del conde de Cavour, debia ser fallada en pró por el tribunal de la opinion pública.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.





LA JUVENTUD DORADA (1)



ENDO en una carroza con un chambelán, acercóse á ella un fraile, Jacobo Clemente, que llevaba un memorial en una mano: al asomarse el Rey para tomarlo, asestóle una puñalada en el pecho. Detenido el asesino, declaró que no tenía con él ningún resentimiento personal; ¡pero era ejecutor de un acto de justicia divina!

¡Lo que puede el fanatismo religioso! Es un extravío, un olvido de las santas máximas del Evangelio.

La raza de los Valois estaba destinada á extinguirse: de otro modo no se explica que ninguno de los tres hermanos tuviera sucesión.

El heredero de la corona era el Bearnés, hijo de Roberto de Borbón, y por su casamiento con Margarita de Navarra, Rey de este país.

Enrique IV, que reunía todos los requisitos, condiciones y cualidades para ser aceptado sin vacilar, encontróse con una gran resistencia porque no profesaba la religión católica; era reformista, disidente, hugonote.

Se encendió la guerra; fuéle la suerte propicia; iba de triunfo en triunfo; donde más se detuvo fué en el sitio de París; la única condición que ponía para entregarse la ciudad, en

(1). Véase la pág. 442 del tomo XXXIX.

último extremo, era que se convirtiese; se resistió; pero al fin un día, cansado de esperar, exclamó:

—¡París, bien vale una misa!

Eran Enrique IV y Margarita una pareja igual, dignos uno del otro; ella, educada como entonces se usaba, varonilmente, montaba como una amazona el caballo más brioso; en las cacerías nunca se rendía; en los saraos hacía los honores como quien era; bailaba con una gracia singular; vestíase con esmero y elegancia. Su cutis era blanquísimo, y ella, para lucirlo y cautivar á su marido, que adoraba, usaba los colchones forrados en seda negra.

No le valió, porque él prefería á Gabriela d'Estrées: ésta era rubia y ella pelinegra... En amor, la ley del contraste hace estragos.

Ella por su parte se consolaba fácilmente: entre sus múltiples caprichos citaré uno.

Gastón, uno de los pajes de Palacio, era, además de muy joven, rubio, con ojos azules, gallardo, esbelto, gran jinete y muy robusto.

La Reina lo llevaba siempre consigo en los viajes, expediciones y cacerías; en una de éstas, hallándose solos, ella se cayó del potro que montaba; quiso levantarse y no pudo, y entonces él la cogió entre sus brazos, y así fueron en el mismo caballo hasta el castillo, donde no había casi nadie; la servidumbre, aprovechando la ausencia de sus señores, fuéronse de huelga. El caso es que el paje Gastón tuvo que subir la del brazo á su habitación; de allí fué á ver si estaba la doncella de confianza de Su Majestad, y tampoco estaba.

¿Qué hacer?

Descalzarla, desnudarla y ponerla en la cama...

Fué el que más le duró.

Enrique IV, preocupado con sus empresas guerreras y las medidas, reformas financieras, administrativas y políticas que Sully, su Ministro universal, adoptaba ó sometía á su aprobación, ignoraba ó le eran completamente indiferentes las infidelidades de su esposa, porque durante su larga unión no tuvieron jamás el menor disgusto. ¿En qué consistía esta tolerancia?

En que él le daba el ejemplo en su propia casa, cortejando á sus damas y doncellas de honor; era tan franco, que cuando se desvelaba—dormía poco—se vestía para dar un paseo por las crujías del palacio de Pau, y, si se le antojaba, metíase en el cuarto de una de ellas sin previo anuncio, seguro de que no sería rechazado.

Lo mismo hacían los gentiles-hombres, los pajes y los guardias, aunque con mucho recato.

Era una cosa corriente, admitida, natural.

XXI.

Reinando Carlos I, vivía en Sevilla un caballero tan guapo como bravo y elegante y rico; delante de su palacio veíase un humilde edificio cuadrado. Era uno de esos pequeños santuarios situados en el campo sobre un camino ó sobre un río navegable que se llaman ermitas; su puerta, de herradura y de un estilo fuertemente acentuado, revelaba el origen árabe de la capilla.

Sobre esa puerta había una ventana ó ajimez árabe, y sobre el frontispicio una espadaña ó arquito del cual pendía un esquilón. A través de los verdosos y modestos vidrios que cerraban el ajimez colocado sobre la puerta de la ermita, se veía el resplandor de una luz.

Una noche D. Miguel de Mañara, así se llamaba el caballero, se paseaba por su cuarto, inquieto, nervioso, impaciente. Se oyeron al fin pasos más allá de la puerta.

Abriéronse los tapices y entró un hombre.

Su traje, su ancho talabarte de piel cruda de toro, con ancha hebilla bruñida, con dobles tirantes, de los que pendía una ancha y larga espada con fuerte empuñadura de reja, y al costado izquierdo—atravesado en el talabarte—un largo puñal con pomo de acero y guardamano bruñido.

Trascendía á soldado.

Trascendía además á rufián.

Trascendía á pícaro.

—Mucho has tardado, Velasquillo—dijo D. Miguel.

—¡Ah! Pero traigo una llave que ha costado muy cara.

—¡Importa poco! ¿Está todo preparado?

—Sí, señor.

—¿Y la barca?

—En ella aguardan los remeros.

Zarparon. ¿A dónde iban?

Pronto lo veremos.

Hay en la catedral una capilla, la del centro de la ábside, á espaldas de la capilla de San Fernando: en ella—sobre un altar—en una urna, se conserva—como preciosa reliquia—el cuerpo incorrupto del Santo Rey conquistador de Sevilla.

Esa noche—al sonar en el reloj de la Giralda las doce—una bella criatura estaba absorta leyendo un santo libro—la Biblia;—levantó la blonda cabeza, blanca y pálida, y la luz de la lámpara de mano—que la alumbraba—brilló en las lágrimas que llenaban sus ojos; cerró el libro poco después, púsose una toquilla, tomó la lámpara, se inclinó para poder pasar por la puerta, y lenta, silenciosa, sin producir ruido al andar, como una sombra blanca, aérea, gentil, se dirigió á la entrada de las rampas por las cuales se descende de la Giralda.

Por esta rampa descendió la joven, y al llegar al nivel de las cornisas, se metió por una puertecilla, más bien una especie de pasadizo estrecho y bajo que la obligaba á marchar encorvada.

A poco pudo erguirse.

Había franqueado el pasadizo, y se encontraba, después de haber descendido algunos escalones, adelantando por la galería de los Reyes. Luego la joven penetró por otra especie de agujero—abierto en el muro,—descendió por un caracol estrechísimo, y al cabo—por otra abertura semejante—salió á una de las capillas de la catedral.

Frente á la puertecilla por donde había salido había un altar, sobre el altar un retablo gótico antiquísimo.

En el fondo de un profundo nicho, ricamente ornamentado, abierto en el centro del retablo, aparecía, umbriosamente iluminado por la turbia luz de los faroles, un *Eccehomo* gótico, renegrado, terrible, una escultura en que la mano de

un artista creyente había impreso el dolor divino, la agonía, la indignación de Jesús por los pecados de los hombres.

Otro farol, que había entre los dos que ardían, estaba apagado.

La joven, al lanzar una mirada al retablo, se estremeció; retrocedió un paso como si hubiera visto una cosa espantosa, vaciló y tuvo necesidad de apoyar su mano en un confesonario inmediato para no caer; pero quedó mirando con espanto el retablo.

Luego hizo un esfuerzo, se irguió, se pasó la mano por la frente sudorosa, permaneció inmóvil por algunos instantes, y al fin se adelantó rápidamente hacia el altar, abrió el farol apagado y lo examinó. Tenía aceite y mecha en la candileja.

El espantó que se pintaba en los ojos de la joven y la palidez de su semblante crecieron.

Sacó la candileja del farol y encendió la mecha en la lámpara.

—¡Ah!—exclamó con anhelante alegría;—ha sido la casualidad... ¡arde!

Y puso de nuevo la candileja en el farol.

Pero apenas estuvo dentro del farol, se apagó.

—¡Oh! ¡Dios mío!...—exclamó la joven;—Santísimo Cristo de las Tres Luces, ¿qué horrible desgracia vá á acontecer esta noche?

Era una tradición muy arraigada en Sevilla que cuando se apagaba una de las tres luces del *Eccehomo*, acontecía una terrible desgracia.

Beatriz, tal era el nombre de la joven, permaneció espantada mirando de hito en hito al *Eccehomo*; parecíale que los ojos de la imagen brillaban, amenazaban, dejaban ver en su sombrío fondo algo siniestro, amenazador.

Beatriz se volvió y vió delante de la verja de la capilla un hombre alto, erguido, cuya frente y cuyos ojos destellaban majestad, iluminados por la luz de la lámpara que Beatriz tenía en la mano.

La joven dió un grito, dejó caer la lámpara al suelo, extendió sus brazos hacia el hombre que la contemplaba, y cayó sin sentido.

En tanto vagaba rápida sobre el Guadalquivir la barca que conducía á Mañara, cuando más descuidados estaban sufrieron un choque tan rudo, que metió la popa en el río, llenóse de agua y se sumergió.

Mañara lanzó una blasfemia, encontróse en el río y nadó.

Veíase á poca distancia un objeto largo que se levantaba poco sobre la superficie del río, y que dejaba ver una luz roja y algunos bultos informes.

Al mismo tiempo se oía una voz nasal, gangosa, que decía:

—¡Aquí, hermanos, aquí! La barca de los hermanos de Nuestra Señora de los Ahogados está más cerca de las riberas.

D. Miguel, que nadaba como un pez, dió dos vigorosas estrepadas, llegó á aquélla, asióse á su borde y saltó dentro.

Al saltar tropezó con un objeto largo que estaba tendido sobre la lancha y que produjo al choque un sonido hueco y lúgubre. Un no sé qué de terrible espantó á Mañara y ahogó en su garganta el apóstrofe que iba á dirigir á los hermanos de Nuestra Señora de los Ahogados, cuya barca era, sin duda, la que, habiendo chocado con la de Mañara, mucho más pequeña, había producido el fracaso.

—¡Ah, la muerte me sale al camino!—exclamó Mañara viendo que el objeto con el cual había tropezado era un ataúd.

Volvamos á la catedral.

Aquel hombre exclamó: ¡Qué mujer! ¡Qué ángel! Debe ser ella, la hermosa campanera de que todos hablan; la mujer misteriosa. ¿Qué hace aquí?

El Emperador, pues él era, entró rápidamente en la capilla con el corazón agitado, con la cabeza encandescida.

Beatriz había causado en él una impresión suprema.

Inclinóse sobre Beatriz, y contempló ansioso su pálido semblante á la opaca é impura luz de los dos faroles que continuaban ardiendo delante del Cristo de las Tres Luces.

De improviso, el Emperador asió á Beatriz por la cintura, levantóla sin grande esfuerzo, la cargó sobre sí, y la sacó de la capilla.

La nave estaba oscura y sombría. Apenas se determina-

ban los altos pilares, gracias al débil resplandor de la luna que transparentaba las vidrieras más altas.

D. Carlos se detuvo y permaneció indeciso algunos momentos en el centro de la nave.

Luego, como si hubiera parecido profano el objeto que le ocupaba, avanzó buscando la puerta por donde había entrado en la catedral. Al fin, aquel grupo incitador desapareció bajo un arco, oyóse rechinar una puerta al abrirse; poco después se repitió aquel rechinamiento al cerrarse la puerta del Perdón.

El Emperador, con su preciosa carga, se hallaba en medio de las flores y junto á la fuente del patio de los Naranjos.

¿Qué hacía entretanto D. Miguel Mañara? Más adelante lo diré.

Carlos V era tan gran político como guerrero, pero en él el Monarca no excluía al hombre.

Para él era tan tenaz empeño el vencer á su enemigo natural Francisco I como dominar el desdén de una mujer ó rendir personalmente á estocadas á un brazo, á quien encontraba por acaso, y con él se contrapunteaba, yendo encubierto durante la oscura noche á correr una aventura amorosa, acompañado, cuando más, de un confidente, al que obligaba á estar fuera de combate, á no ser que fuesen dos ó más los adversarios.

En España, como en Alemania, han quedado una multitud de tradiciones caballerescas, de que es el héroe el Emperador. Tal era Carlos V hombre y Rey; como hombre y como Rey, apasionado, impetuoso, caballeresco, aventurero.

Gran político, hacía abstracción de la conveniencia cuando se sentía provocado, y lanzaba sus generales y sus ejércitos á una guerra infecunda.

Su época estaba tocando, de una parte en la Edad Nueva, de otra en la Edad Media.

Era una frontera histórica, era una roca colocada entre las olas de dos mares; era fin, en política y en sentimiento, y en una escala infinitamente mayor, lo que fueron respecto al arte de Brabante Miguel Ángel y Rafael de Urbino.

Un hombre que daba una mano á una época que moría y otra á una época que empezaba.

Carlos V era la grandiosa personificación coronada de ese magnífico esplendente mito, hijo del pueblo español, al que dió nombre Tirso de Molina: D. Juan Tenorio.

Su argumento está basado en la vida de Mañara.

En tanto la lancha donde iban D. Miguel de Mañara y los negros fantasmas que la tripulaban seguía el curso del río. Uno de ellos—el que parecía jefe de la banda—estaba de pie con un farol rojô en la mano; todos callaban, pero él no cerraba el pico; su voz, siempre nasal, siempre vibrante y lúgubre, crispaba los nervios de Mañara causándole un pavor frío, insoportable.

—¡Conducís aquí un cadáver!—dijo con voz trémula.

—Sí, hermano, sí; una desdichada que ha muerto en pecado mortal, como habéis podido morir vos.

—Tal vez no ha muerto—dijo uno;—quizá Dios tiene misericordia para ella y no quiere que muera. Por lo mismo vogad, hermanos, á fin de que lleguemos pronto al hospital.

Los remeros seguían vogando vigorosamente.

Un cuarto de hora después, la barca tocó en la ribera y la amarraron á un palo los marineros. Cuatro de ellos tomaron el ataúd y saltaron con él en tierra. Mañara saltó también.

El del farol—que les había precedido—siguió adelante, llegó á la puerta de la Barqueta y llamó.

—¿Quién es?—preguntó una voz soñolienta desde dentro.

—Los hermanos de Nuestra Señora de los Ahogados, que traen un cadáver que han sacado del río.

—Pues esperad á que amanezca—dijo el de adentro,—que no se impacientará el cadáver.

—Abrid, hermano, por caridad,—insistió el del farol con ansiedad, que no estamos seguros de si es cadáver ó no la infeliz que conducimos, y ansiamos llegar con ella al hospital para que la socorran si no ha muerto.

—Eso es otra cosa—dijo el de adentro y con acento con-miserativo.

Y poco después oyéronse crugir cadenas y cerrojos, y la puerta de la Barqueta se abrió.

Entraron el del farol y los cuatro que llevaban á cuestas el ataúd, y trás ellos D. Miguel de Mañara. Inmediatamente cerróse la puerta.

Entraron en una estrecha callejuela hacia la plaza de Bibal-Ragel.

D. Miguel se fué detrás. Iba dando vueltas en su inquieta imaginación á un diabólico pensamiento.

—Me fastidiaba y me fastidio—decía;—he salido de mi casa á correr una aventura, á ganar una apuesta, y estos imbeciles que se ocupan en sacar ahogados del río—perjudicando á los peces—han dado al traste con mi propósito, echando á pique mi góndola, y obligándome á ampararme de su barca; estoy mojado hasta los huesos por culpa de esos diablos y deben pagármelo; yo había apostado que esta noche llevaría á la hostería del Cuervo Blanco á la hermosa, á la misteriosa amparera de la Giralda; esto ya no puede ser, puedo llevarles la mujer que conducen éstos. Sin duda la llevan al hospital del *Omnium Sanctorum*, y cabalmente esa hostería está muy cerca del hospital, en la plaza de la Feria.

Mañara apretó el paso para que no se le perdiesen entre la oscuridad los conductores del ataúd. Poco antes de desembocar en esa plaza había llegado á sus oídos un rumor de voces, de risas, de cantos báquicos, como de muchos hombres reunidos en una orgía. Excitado por la algazara de la orgía, envueltos en la cual le esperaban sus amigos con el cumplimiento de su apuesta, ganó rápidamente en dos saltos terreno; se puso delante del hermano que llevaba el farol alumbrando á los conductores, y le dijo:

—Si tienes espada, échala al aire, y cuenta con que para pasar de aquí has de pasar sobre mi cuerpo; pero si no eres hombre de armas, ni lo son tus compañeros, dejad en el suelo ese ataúd é idos.

—Dejad pasar en paz á la muerte, D. Miguel,—contestó con voz segura, pero siempre gangosa, el del farol.

Después de un largo altercado, cruzáronse las espadas, y D. Miguel pudo con todos: uno—el del farol—quedó mal herido, y los demás huyeron.

Luego buscó entre la sombra el ataúd, encontrólo, pero

herméticamente cerrado; mas como para él no había obstáculo ni dificultad que no venciera, logró abrirle. Al palpar el cadáver conoció por sus ricas ropas que era una gran señora; pero lo que le impresionó fuertemente, al pasar sus manos ansiosas por aquel cuerpo frío é inerte, fueron la suavidad de su tez y la admirable é incitante morbidez de sus formas.

—¡Ah! ¡Si no hubiera muerto!—exclamó Mañara; —¡si la pudiese volver á la vida, si su semblante fuera tan hermoso como sus formas! ¡Oh! ¡Qué mujer! ¡Qué divinidad!

Y fuera de sí, irritado por una voluptuosidad espantosa, inspirada por un deseo miserable, asióle por la cintura, le levantó con una fuerza hercúlea, y cargado con él, dió á correr, como si nada llevara, hacia la hostería del Cuervo Blanco, á la que—en llegando—llamó con el pomo de su puñal.

Cuando entró en el salón-comedor con su horrible carga, había una veintena de hidalgos ricos; uno de ellos cantaba un romance picaresco á duo con una de aquellas bacantes que asistían á la cena, y los demás comensales llevaban el compás con las palmas de las manos y con los cuchillos.

De improviso la mesa tembló, saltaron sobre ella platos, copas, botellas, ramilletes, candelabros, y algunos cayeron, y todos los concurrentes levantáronse pálidos de espanto y lanzando un grito de horror.

Sobre la mesa, en su centro—á lo largo,—había caído un cuerpo humano permaneciendo inerte, y sobre el espanto general, retumbaba la hueca carcajada de loco de D. Miguel de Mañara.

Pero instantáneamente aquella carcajada se cortó y oyóse la voz de Mañara que exclamaba ronca, desesperada:

—¡Estrella!

Al caer sobre la mesa el cuerpo de aquella infeliz, había visto su semblante pálido, hermosísimo.

Nadie habló, todos estaban pálidos, trémulos, desencajados, mirando con la atonía del terror aquel cuerpo inmóvil, sobre el cual se había inclinado sollozando.

Y le besaba, y gemía, y blasfemaba.

De improviso, como por un impulso magnético, todos aquellos hombres, todas aquellas mujeres se separaron bruscamente de la mesa, tomaron los unos sus capas, sus birretes y sus espadas, las otras sus mantos, y todos salieron en tropel del magnífico salón, donde quedaron sólo Mañara con Estrella.

En el momento de haberla reconocido su corazón se había helado.

De improviso, D. Miguel se volvió airado y amenazador; á una de las puertas del salón cercana al lugar donde se encontraba había oído una voz seca, vibrante, fría, que había dicho:

—D. Miguel, la vida y la muerte no son de Dios sólo, son de la ciencia.

—¿Y quién posee la ciencia de animar á un cadáver?

—Yo.

—¿Y quién sois?

—Un médico.

—¿Y quién os ha llamado?

—Nadie.

—¿Y cómo habéis sabido que hacíais falta?

—Lo he adivinado.

—¿Quién sois? No os conozco.

—Nada tiene de extraño que no me conozcáis, porque yo soy la ciencia, el conocimiento de lo oculto, y vos no conocéis más que los instintos de la materia, la bravura de la fiera y la soberbia de la vanidad.

—¡Vive Dios!

—Soy médico, y mi obligación es decir las enfermedades que padecéis.

—¿Vuestro nombre...

—Cualquiera; pero ya que estoy en España, donde tanto abundan los Juanes, llamadme, si os place, el Dr. Juan.

—Ó el diablo.

—Tanto me da ese nombre como otro cualquiera.

—Y bien, Dr. Juan ó Dr. Diablo, cuando habéis venido sin que os llamen y adivinado que hacéis falta, ¿esa desdichada no es un cadáver?

—No; ella alentaré, ella volverá á lanzar de sus ojos por vos el fuego de su amor que os enloqueció durante tres días; ella volverá á ser durante tres días, porque durante ellos la amaréis con toda vuestra alma, y la abandonaréis luego.

—¿Quién sois, que así conocéis los extravíos de mi corazón?

En aquel momento sonaron fuertes golpes á la puerta de la hostería, y el incógnito dijo á D. Miguel:

—Salvaos; la justicia viene á prenderos.

—¡Á mí!

—Á vos.

—¿Y por qué?

—Porque habéis muerto, ó por lo menos habéis puesto á punto de morir, á D. Roque Sietevidas, padre de Estrella.

—¿Yo?

—Sí, vos. El penitente á quien heristeis por robarle el cadáver que conducían otros cuatro de sus hermanos, era don Roque Sietevidas; pero no perdáis el tiempo, salvaos; oíd, la puerta se ha abierto en nombre del Rey; ya sube en tropel por las escaleras. ¡Oíd, ese que ladra es un alguacil!...

—¡Ah! ¡El alcalde Cosme Andalla!—dijo D. Miguel, conociendo al alcalde por el perro.

Pensando en que no había defensa posible, escapó hacia una de las puertas del salón.

Sintióse asido de la mano del médico.

Mañara sentía ser presa de un vértigo.

Cuando volvió en sí, se encontró en un callejón solitario, azotado por el viento que sopla á la madrugada en Sevilla.

Viéndose en el callejón del muro de la Barqueta, su alegría no tuvo límites. «Mis criados—decía—que se quedaron anoche en Sevilla para ayudarme, deben estar al pie de la catedral; estarán allí hasta que amanezca esperándome. ¡Quién sabe si me ha acometido este extraño sueño para que no me distraiga con otra aventura de mi empeño de esta noche, de mi apuesta de honor! Es necesario que yo tenga á Beatriz... ¿Y quién es? Nadie la conoce, nadie más que la gente de la catedral, y sin embargo, todo el mundo habla de ella; yo la conoceré, yo sabré quién es. Ella me amará, yo ostentará su

amor, yo mantendré mi fama de burlador invencible y la aumentaré. ¡Ah! Vamos, me tarda el llegar.»

Y como era necesario andar muy de prisa para llegar desde el muro de la Barqueta á la catedral una hora antes de que amaneciese, D. Miguel fué á escape.

Á punto que daban en el reloj de la Giralda las dos y media, D. Miguel llegó á las gradas, esto es, al pie de la catedral por la parte del patio de los Naranjos.

El farol que alumbraba el frontispicio de la parte exterior se había apagado. Mañara se acercó al muro hasta tocar con él, y continuó rozándole avanzando de una manera completamente silenciosa; la sombra de aquel lugar era densa.

No había avanzado mucho cuando tropezó con un bulto humano, que se estremeció y se hizo atrás vivamente.

—¡Por Satanás! ¿Quién es?—exclamó una voz ronca y amenazadora.—Teneos, ¡vive Dios! ú os mato.

—¡Ah! Eres tú, Galaón, mi buen bravo—exclamó don Miguel.

—¡Ah! Señor—contestó Galaón, tornando en humilde su amenazador acento.—Perdonad, no he podido conoceros, está muy oscuro.

—Acabemos. ¿Habéis podido forzar el postigo de la Torre?

—No, señor.

—Es decir, que una puerta chapeada y barreada de hierro es para vosotros demasiado fuerte.

—No, señor, no; que herramientas traíamos á propósito y bastantes para haber franqueado la puerta en un *sancti amén*; es que antes que vos ha entrado por esa puerta otro señor, y nos ha parecido inútil franquearla hasta avisaros.

—Es decir—contestó con voz trémula D. Miguel—que la hermosa Beatriz tiene amante.

—Es muy posible, señor, porque quien ha entrado es una gran persona.

—¿Le has conocido?

—Le acompañaba alumbrándole con una linterna un servidor, y aunque el señor iba encubierto, ¿quién, que le haya visto, no habrá conocido en lo firme de su andar y lo erguido de la cabeza al Emperador?

—¿Han podido reparar en vosotros?

—No, señor, estaba yo solo á la vuelta, junto al postigo; los otros estaban aquí, como ahora, pegados al muro, habían sonado ya las doce; yo creí que no tardaríais en llegar, me acerqué al postigo para tantearle, cuando oí pasos que sonaban por la parte del Alcázar; retiréme cuanto de prisa pude, me pegué al muro para no ser visto. Poco después aparecieron dos hombres; el uno de ellos traía la linterna; se acercaron al postigo de la Torre, le abrieron y entraron. Yo había conocido al Emperador.

—¿Y están aún allí?

—Se ha quedado de guardia Belmonte, porque yo necesitaba estar aquí para que la gente no se desbándase y hacer lo que fuese necesario si sobrevenía una ronda; pero no deben haber salido, porque yo mandé á Belmonte que me avisase, y no me ha avisado aún.

—¿Conque el Emperador está dentro de la catedral y acompañado de un solo servidor?

—Sí, señor—contestó Galaón.

—¿Y fuera no ha quedado nadie?

—No, señor, porque yo he rondado alrededor de la catedral y no he encontrado alma viviente.

—Bien; quita á Belmonte de junto al postigo de la Torre, y vente con él aquí.

Galaón se separó de su amo, alejóse y muy pronto el ruido de sus pasos se perdió en el silencio.

D. Miguel de Mañara se quedó paseando entre la sombra, al pie del muro, dando vueltas en su calenturienta cabeza á la tremenda aventura en que se iba á meter.

Al cerrar D. Miguel el postigo, por la parte de adentro, oyó pasos, y luego una voz enojada, que decia:

—¡Vive Dios, que sois un buen servidor, Vargas! (1) ¿Y qué ha ocurrido que disculpe el que hayáis salido sin mí? ¡Ea! Abrid pronto y salgamos.

Mañara volvióse en silencio y abrió el postigo.

El Emperador, creyéndole Vargas, salió.

(1) Su escudero.

Mañara cerró por fuera el postigo y le siguió.

—¡Vive Dios que no os conozco! ¿Qué habéis hecho de vuestra linterna, Vargas?

Mañara no contestó, sino que apretó el paso y adelantó al Emperador.

—Parece que huís según andaís, ó más bien según corréis —dijo el Monarca, creyendo que el que iba con él era Vargas.

D. Miguel de Mañara arrojó á sus pies la llave que creyó ser la de la puerta ó postigo por donde hubiese salido del Alcázar, y ya entonces corrió decididamente, perdiéndose por una calleja inmediata.

—¿Qué habrá hecho este Vargas, que así huye de mí hasta el punto de arrojarme la llave para que pueda entrar en el Alcázar sin que él me acompañe?—dijo el Emperador, buscando con el pie hasta que tropezó con la llave, tomándola. —En fin, ello se verá... ¡Y esa Beatriz, esa pobre Beatriz! Es necesario averiguar esto en justicia.

Y se encaminó al Alcázar.

—¡Vive Dios que me ha enamorado esa doncella!—dijo continuando en sus pensamientos;—¡pero dejara yo de ser quien soy si me metiera en estos amores! ¡Qué hermosura y qué alma! ¡Dios mío! ¡Olvidémosla, protejámosla, hagámosle justicia; pero no pongamos por precio á nuestra protección su honra!

Y rebozándose el Emperador en su capa, se metió en la plaza de Armas, y poco después en el Alcázar por el mismo postigo que había salido con Vargas.

Los tipos del galán (así se llamaban entonces los que figuraban en la juventud dorada) y el de la dama, descríbelos muy bien D. Juan de Zavaleta en su libro *El día de fiesta*. Veamos cómo se explica:

«Despierta el galán ese día á las nueve de la mañana, pide ropa limpia y perfumada y se la dan; dícele á un criado que le dé de vestir y que otro vaya á llamar al barbero y zapatero; pónese el jubón bordado de oro; se calza luego unas medias de pelo tan finas, que puestas parecen su piel misma, salvo el color; pregunta si ha venido el barbero ó el zapatero, si no han venido toma el chocolate; cuando llega, saca las

las hormas de los zapatos con gran dificultad, siéntase en una silla el galán, se hinca de rodillas el zapatero, tómale una pierna, mete un calzador en el talón del zapato, encaállale otro en la punta del pie, y luego empieza á guiar el zapato por encima del calzador; si esto no basta, se apela á unas tenazas para estirar la piel y aun el arrastrado se resiste.

Pónese el paciente cansado, pero contento de que los zapatos sean estrechos; da algunas patadas en el suelo con tal fuerza, que es milagro que no se quiebra. Acoceados, dan de sí el cordobán y la suela; siéntase de nuevo el tal señor, coge con la boca las tenazas, dobla hacia fuera el copete del zapato, hinca el oficial junto á él sus rodillas, se apoya en el suelo con la mano izquierda y puesto de bruces sobre el pie, hechos arco los dos dedos de la mano derecha que forman el jeme, va con ellos á llevar por el empeine arriba el cordobán, del cual tira con las tenazas su dueño; vuelve á ponerse en una rodilla, como primero estaba, empuña con la una mano la punta del pie, y con la palma de la otra da sobre su mano tan grandes golpes, como si los diera con una pala de jugar á la pelota.

Ajustada ya la punta del pie, acude al talón; humedece con la lengua los remates de las costuras para que no falseen las secas de los remates; desdobla el zapatero el talón, da una vuelta con el calzador á la mano y empieza á encajar en el pie la segunda mitad del zapato; manda que baje la punta llamando hacia sí el zapato con tal fuerza, que entre su cuerpo y el espaldar de la silla abrumba al que calza. Ordenále después que haga talón y el hombre obedece como un esclavo.

Así sucesivamente obedece al zapatero cuando le manda que dé una patada; saca él mismo el calzador del empeine, y por donde salió mete un palo llamado costa, volviendo y revolviendo de tal manera, que el sacabocados los saca, en efecto, del cordobán para que entren las cintas. Agujerea las orejas, pasa la cinta con una aguja, hace el lazo en forma de rosa; tira del calzador, echándose todo hacia atrás, pone en pie al galán y quédase mirándole.»

No seguiremos al autor de este libro en sus largas consi-

deraciones sobre una costumbre que ahora no se comprende siquiera; hoy todo es fácil, cómodo, y nadie sujetarse podría á semejante suplicio por parecer bonito; únicamente extractaremos el capítulo en que habla del barbero.

«Entra—dice—dando prisa; pide lumbre para los hierros: sentado el galán en una silla, con su peinador y tohalla liada al cuello, á guisa de muzeta, encájale el Fígaro la vacía, y nuestro hombre parece un degollado; mientras le baña la cara con unas manos que huelen á lo que almorzó—nunca es bueno su almuerzo,—el galán contiene la respiración; como si aun no fuera bastante, con sus dedos le echa en la boca algunos chorros de agua.

»Si le corta un poco en una mejilla, pone el dedo de corazón encima y aprieta; como fin de fiesta cuando le repasa, por quitarle los pelos del labio inferior le mete dos, tres veces el dedo en la boca. Pasemos los últimos detalles, y vamos al rizado: arrebatada, como quien se quema, los hierros de la lumbre, mójalos en el agua que quedó en la vacía, los empuña, sacude y examina; luego embiste con los húmedos bigotes con el mismo arrojo que si estuvieran en cuerpo difunto; cuando están tan arrimados al rostro, que más parecen hechos con pincel que aliñados con un hierro, mira si nada falta, y convencido de ello trae el espejo, bésalo, se lo entrega, y mientras el galán se contempla, le va quitando con el peinador los cabellos pegados, dice al paciente que Dios le guarde, recoge el espejo, lía sus trastos, carga con ellos, recibe la paga y vase como quien huye.»

Repetimos lo dicho: no habría ahora sér alguno que se sometiera á ese procedimiento. Queda, sin embargo, todavía en España, en Madrid mismo, en uso por los aguadores, cuyos barberos les introducen en su boca una nuez para hinchar los carrillos.

Zavaleta critica, como no podía menos, esos procedimientos, que además de robar tiempo á necesarias atenciones, son incómodos, nada limpios, así como el uso de la golilla; es lo mismo, dice, que meter la cabeza en un cepo, revelando también que España siempre ha sido la Nación menos atenta y cuidadosa de su bienestar, higiene buena, sana y

bien condimentada alimentación; en fin, cuanto conviene y es preciso para conservar la salud y que nuestra residencia temporal en este planeta sea lo más agradable posible. Hoy todavía, aunque se tiene generalmente noción cabal de todo eso, la indolencia propia de nuestro carácter hace que los grandes progresos en otras cosas realizados no se extiendan á la parte más esencial.

No basta, no, que esas reglas las practiquen, como lo hacen, las primeras capas sociales, convencidas de su gran utilidad, merced á su ilustración y buen gusto, sino que sean del dominio de todos. Ahora, después de esta digresión, diremos lo que hacía el galán luego que estaba afeitado y calzado.

Terminada su laboriosa *toilette*, ceñida la espada y calado el sombrero, encaminábase á una iglesia, entraba en ella, mirándose en su propia sombra, y lo primero en que ponía los ojos era en damas; habla, una vez colocado delante del altar mayor, con la que está más cercana.

Sale una misa, y lo primero que hace es ver si tiene trazas de breve; acábase la misa, se inclina cortesmente ante las damas que están cerca de él; parécele que es ya hora de comer, y observando si le miran, toma con airoso porte el camino de su casa.

Si la *toilette* es tan complicada y penosa, ¿cómo será la de la dama? Zavaleta lo dice en su libro; pero con tan minuciosos detalles, que cansarían la atención del lector, aunque tuviera la paciencia de un santo. En una época como ésta en que se vive, se hace todo con vertiginosa rapidez, en que el vapor, aplicado á la industria y á la locomoción, ha casi suprimido las distancias, va relevando al hombre de muchos trabajos que agotaban sus fuerzas, impropios algunos de criaturas humanas, cuya misión es otra que la de bestias de carga; en una época en que el telégrafo terrestre y submarino pone en comunicación las personas que, aun separadas por la inmensa distancia de uno á otro continente, facilitanlo todo, desde las relaciones particulares hasta las mercantiles é internacionales; en una época que ha alcanzado un grado de civilización tal, que permite creer viene á redi-

mir, y redimirá con el tiempo, el cuerpo del hombre, como el Hijo de Dios redimió su alma, sería gran indiscreción perderlo en eso.

Concretarémonos, pues, á decir que el día de fiesta deseábanlo ellas porque era día de holgar y de ser vistas; así, una vez dada la última mano á su tocado ante el espejo, viéndose muy escotada, arreglado el cabello, satisfecha de su hermosura, poníale su criada finísimo manto, ella se ponía los guantes é íbase á misa. Entra en el templo llamando la atención con sus profundas reverencias; buscando sitio se enfada con los que no le dejan uno muy desahogado, porque cree que el mejor vestido merece el mejor sitio; escucha palabras como si no las oyera, comprendiendo quizás que quien no sabe sufrir algo se expone á sufrir más.

Si se pone de rodillas, es porque se usa, no porque ella respete nada, como muchos cristianos cumplen sólo aparentemente los deberes de tales; el cura sale, oye misa mirando al altar, mas no deja de reparar si la miran, y si algo la dicen, contesta, y si no, alégrase de que la digan. De la iglesia va á casa de sus amigas y les cuenta las perfecciones ó defectos de los galanes que ha visto.

Ésas eran las almas piadosas, las timoratas conciencias; éste el amor á la virtud, éste el santo temor de Dios, la grande, sincera, profunda veneración que inspiraban sus sabias máximas; así se observaba su doctrina y se obedecían sus Mandamientos. Ésa, en fin, era una época que algunos de buena fe y otros por espíritu de escuela, ó no sabiendo lo que entonces sucedía, nos presentan como una sociedad morigerada, casta tanto como devota. Hacíase con cierto disimulo, la hipocresía estaba de moda.

Por la actitud que damas y galanes tenían en la iglesia, colegirse puede cuál sería en el teatro y en el paseo común, diversión á que se entregaban las tardes de los días festivos. Aquél era un semillero de disputas; todos querían entrar sin pagar por darse aire de gente principal; ellas se acomodaban como podían en la cazuela; eran objeto de especial atención de los hombres, atención á que correspondían por su parte; anudábanse allí muchos amorosos lazos.

Vamos ahora al paseo común. En invierno, concurren á él todas las edades de la vida, predominando naturalmente el elemento joven.

Sentadas ellas, como flores que esmaltan el suelo con los vivos colores de sus vestidos y pañuelos, ellos se acercaban, echábanles requiebros muy quedito, pareciendo su susurro al de las abejas; y unas y otros corrían como corren los ríos á perderse en el mar.

El Prado era ya el paseo de verano donde al caer el sol iban carruajes, jinetes y peones; campo de maniobras galantes, cruzábanse miradas amorosas, coléricas, celosas, llenas de esperanza unas, de desdén desesperante otras; en fin, el mismo palenque en que aún se libran batallas de amor.

La pradera donde está la Virgen del Puerto era el sitio donde se citaban los amantes que á la sombra de las frondosas alamedas de día ó en el crepúsculo, en esos momentos en que el sol se pone y se arrullan los pájaros en sus nidos, para estar más seguros.

También las meretrices, las viudas que querían consolarse y las que buscaban alguno que las mantuviese ó atrapar para marido algún incauto ó extranjero, iban á probar fortuna.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO (1)

Asociación literaria de Gerona.—*Certamen de 1881.*—*Imprenta de Vicente Dorca.*—*Gerona.*

En la ciudad de Gerona á 1.º de noviembre del año 1881, á las doce de la mañana, se reunió en el gran salón del Teatro Principal de aquella ciudad la mayor parte de los individuos que componen la Asociación literaria de la misma, con asistencia del Excmo. Sr. Gobernador militar de la Provincia, del M. I. Sr. Gobernador civil de la misma, del señor promotor fiscal del juzgado de primera instancia, del M. I. señor alcalde de aquella capital, comisiones de los cuerpos de guarnición de la plaza, comisión provincial de monumentos, Sociedad Económica gerundense de Amigos del País y de otras varias corporaciones oficiales y representantes de la prensa local.

Una concurrencia numerosa llenaba el espacioso local, decorado con el carácter y lucimiento que la fiesta requería, leyéndose en sitio preferente los nombres del *Ilmo. Sr. D. Pedro Colomer, Obispo de Vich, D. Vicente Piera y D. Javier M.ª Moner*, escritores de la provincia, como último tributo que por sus méritos les

rendía aquella Sociedad, fallecidos desde el anterior certamen.

Ocupada la presidencia por los individuos de la junta directiva y Jurado, abrió la sesión el señor presidente D. Emilio Grahit y Papell, leyendo un extenso y razonado discurso, propio en semejante solemnidad, después del cual el secretario leyó una Memoria explicativa de las circunstancias del certamen y del juicio que merecieron las composiciones laureadas.

Seguidamente fueron abiertos los pliegos que contenían los nombres de los autores de las composiciones premiadas, quienes fueron llamados por su orden por el señor presidente para recoger sus respectivos premios ó accésits, procediéndose á la lectura de las poesías.

El folleto que á la vista tenemos contiene todos los trabajos y composiciones poéticas objeto del certamen.

* *

Instituto de segunda enseñanza de Oviedo.—*Memoria del curso de 1880 á 1881.*—*Imprenta de Vicente Brid.*—*Oviedo.*

El trabajo que á la vista tenemos es la Memoria reglamentaria corres-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

pondiente al curso de 1880 á 1881, publicada por el Instituto de segunda enseñanza de Oviedo. Además de figurar en este estudio todos los datos estadísticos de aquel centro de enseñanza, va acompañado de un resumen general de las observaciones meteorológicas efectuadas sin interrupción desde el año 1851 hasta 1880, acerca de cuyo trabajo, debido al catedrático de Física de dicho Instituto, D. Luis González Prades, es justo llamar la atención de las personas ilustradas por ser el único en su género que se ha hecho en nuestro País.

El art. 47 de las Instrucciones de 15 de agosto de 1877, los reales decretos correspondientes al 16 de septiembre y 15 de marzo de 1872, la circular fechada el 21 del mismo y el art. 96 del reglamento de 22 de mayo de 1859, determinan y fijan con claridad las condiciones que deben tener las *Memorias* anuales publicadas por los Institutos de segunda enseñanza, para hacer público el estado de estos establecimientos en el transcurso del año académico. Teniendo presentes todas estas circunstancias, el Instituto de Oviedo no ha vacilado un momento en dar á conocer todos estos datos, que tanto interesan al progreso y desarrollo de la cultura general de España.

* * *

Ramón Torres.—*Memoria acerca del estudio del Instituto de Segunda Enseñanza de Cuenca, durante el curso de 1880 á 1881 leída el día 1.º de octubre de 1861.*—Imprenta Provincial.—Cuenca.

La base de este género de festejos son los datos; datos que por lo mismo que se escapan fácilmente á la memoria cuando se fían á la viva voz, adquieren mucha más utilidad para consultarse cuando lo reclaman las circunstancias.

Como dice muy acertadamente el Sr. Torres, «hoy en todos los institutos y Universidades del Reino se exponen á la consideración de personas ilustradas y de altos funcionarios los resultados de la aplicación y el talento que representan los jóvenes que han obtenido brillantes notas y

conquistado premios en las asignaturas objeto de su estudio, llevando la satisfacción á sus familias, honrando á sus catedráticos y hasta al establecimiento mismo cuyas aulas visitan: hoy aparece en claro el aumento realizado en los medios materiales de la enseñanza, la escasez ó abundancia de libros y en todo caso aquéllos con que se han enriquecido las bibliotecas, el número de alumnos que concurren á nutrir su inteligencia con las lecciones de sus maestros y el éxito de sus esfuerzos. Y no puede menos de encarecerse la importancia de todas estas cosas dichas precisamente en el momento de abrirse de nuevo las cátedras á la juventud y ante personas interesadas en la propagación y fomento del saber, porque el hacer mención de los laureles conquistados con la inteligencia es estímulo poderoso para que los favorecidos con ellos sigan por el mismo camino, por más que no carezcan de dificultades y lleve consigo sacrificios, á cambio de proporcionarse un porvenir tranquilo, y sobre todo, á cambio de la satisfacción que pueda haberles cuando al preguntarse si han llenado alguna misión útil en la sociedad puedan contestarse afirmativamente.»

El Sr. Torres, catedrático y secretario del Instituto de Cuenca, ha dado cima á este importante trabajo con el mayor celo y solicitud posibles.

* * *

Miguel A. Caro.—*Del uso en sus relaciones con el lenguaje.*—Discurso leído ante la Academia Colombiana en la junta inaugural del 6 de agosto de 1881.—Bogotá.

La reputación justamente adquirida de que goza el escritor colombiano D. Miguel A. Caro nos exime de analizar la importancia de este concienzudo estudio.

El asunto no puede ser de mayor lucimiento para un literato de su erudición, y por lo tanto inútil es decir que por sí mismo se recomienda á los ojos de todos los aficionados á este género de trabajos.

H.



HUMO

POR

J. TOURGUENEFF (1)

V.



El desconocido comenzó diciendo: «Mr. Goubaref, en cuya casa he tenido hoy el gusto de veros, no ha dicho cuál era mi nombre; si me lo permitís, lo haré yo mismo. Me llamo Potoughine, consejero de corte, retirado; he servido en Petersburgo en el Ministerio de Hacienda. Espero que no os sorprenderá... no acostumbro á presentarme de esta suerte á las gentes... pero con vos...»

Al llegar aquí Potoughine se detuvo y dijo al mózo que le trajera una copa de *kirschwasser*. «Para tomar ánimo,» añadió sonriéndose.

Litvinof se fijó con doble cuidado en este personaje, y dijo al punto para sí: «Éste no es como los demás.»

Con efecto, había gran diferencia. Era un hombre ancho

(1) Véase la pág. 84 de este tomo.

de espaldas, con un cuerpo muy largo y las piernas cortas, la cabeza con el pelo muy revuelto, unos ojos muy inteligentes y muy melancólicos, con grandes pestañas, la boca regular, con muy mala dentadura, y una nariz de las que son características en los rusos, y que se llaman generalmente de patata; parecía torpe, salvaje; pero evidentemente no era un hombre común. Iba vestido sin esmero; una larga levita le cubría cual si fuera un saco, y llevaba la corbata torcida. En vez de desagradar á Litvinof la repentina confianza que con él se había tomado, por el contrario, le gustó. Conociáse desde luego que aquel hombre no solía obrar generalmente de aquel modo con los desconocidos. El efecto que produjo en Litvinof fué singular; le inspiró á un tiempo estimación, simpatía y cierta involuntaria compasión.

—¿No os soy molesto?—repitió con voz dulce, si bien un poco ronca y débil, que correspondía perfectamente con su aspecto.

—¡Cómo qué!—repuso Litvinof.—Por lo contrario, lo celebro...

—¿De veras? Pues bien, yo lo mismo. He oído hablar mucho de vos, estoy enterado de vuestros quehaceres y de vuestras intenciones. Las apruebo. No me sorprende que hayáis permanecido hoy en silencio.

—Se me figura que tampoco habéis hablado mucho—repuso Litvinof.

Potoughine suspiró.

—Para eso, otros han hablado de más. Atendía. Y bien—añadió después de un momento de silencio, arqueando las cejas de una manera cómica,—¿qué os ha parecido nuestra confusión de lenguas de la torre de Babel?

—¡Confusión de lenguas! Está admirablemente aplicado. Tuve á cada paso tentación de preguntar á aquellos caballeros por qué se tomaban tan grande trabajo.

Potoughine suspiró de nuevo.

—Lo más notable es que ni ellos mismos lo reparan. En otro tiempo, se les hubiera llamado instrumentos ciegos de una fuerza superior; pero en los tiempos que corren, nos valemos de epítetos más enérgicos. Y notad que no estoy incli-

nado á acusarlos. Más diré, son todos... por lo menos casi todos... personas excelentes. Sé, por ejemplo, de buena tinta, acerca de Mad. Soukhantchikof, cosas que la hacen honor. Ha dado cuanto dinero le quedaba á dos sobrinas suyas pobres. Supongamos que el deseo de hacerse notar éntre en ello para algo; no por esto, hay que confesarlo, es posible dejar de alabar semejante acción en una mujer que no es rica. Nada hay que decir acerca de Mr. Pichtchalkin; con el tiempo los aldeanos de su distrito le ofrecerán de seguro uná copa de plata y acaso una estatua, y por más que les diga que no ha merecido semejante honor, sin duda alguna lo tendrá sobradamente ganado. Vuestro amigo Bambaëf tiene un corazón de oro; verdad es que de igual manera que el poeta Jazikof, de quien dicen que celebraba el vino y la ociosidad, sin por eso apartarse de los libros, ni beber más que agua, su entusiasmo no tiene un objetivo fijo, pero no por eso deja de entusiasmarse. Mr. Verochilof es también un hombre de excelentes condiciones; como todos los de su escuela; trata á la ciencia y á la civilización como si le hubieran nombrado su ayudante de campo; gusta de hacer frases hasta por medio del silencio, pero aun es muy jóven.. Todos estos hombres son perfectos, pero, en resumen, no dan nada de sí; los manjares son de primera calidad, pero no se puede atravesar bocado.

Litvinof escuchaba á Potoughine con grande atención. Su manera de hablar, sin precipitación y con seguridad, revelaba que era un hombre que poseía el arte de la palabra. Gustaba, con efecto, y sabía hablar; pero como un hombre en quien la experiencia ha destruído la vanidad, esperaba por lo mismo, con una calma filosófica, una ocasión á propósito.

—Sí, sí—añadió en un tono que le era particular, triste pero no amargo,—todo lo cual es muy raro. Y ved ahí una cosa en que os ruego que os fijéis. Diez ingleses, por ejemplo, se reúnen, y en el acto comenzarán á hablar del telégrafo submarino, del impuesto, del algodón, de la posibilidad de curtir la piel de los ratones, es decir, de algo práctico; juntad diez alemanes, y en seguida tratarán del Schleswig-

Holstein y de la unidad de Alemania; si fuesen diez franceses, por muchos esfuerzos que hagan, tendréis por necesidad que acabar oyendo disertar sobre «el bello sexo;» pero en juntándose diez rusos, al punto está sobre el tapete la cuestión, habéis podido notar hoy, del valor y del porvenir de Rusia, cuyo origen buscan hasta en los huevos de Leda. Comprimen, chupan, mastican esta desgraciada cuestión, como los niños la goma elástica, y con el mismo resultado. No saben tratar de aquélla sin caer al punto en lo que llaman la podredumbre del Occidente.—¡En todas partes este Occidente—dicen—nos combate y está podrido! Y aun todavía, ¡si realmente le despreciásemos! Pero todo ello se reduce á frases y mentiras. Gritamos siempre contra él, y no podemos vivir sin alcanzar su aprobación... ¡qué digo! la aprobación de los mequetrefes de París.—Conozco un hombre excelente, padre de familia de cierta edad, que llegó á estar desesperado porque hallándose un día en una fonda de aquella ciudad pidió *une portion de bifteck aux pommes de terre*, y á poco un francés de veras dijo á su lado: *¡Garçon! Bifteck pommes*. Á poco más, aquel amigo mío se muere de vergüenza, y por todas partes decía: *¡Bifteck pommes!* ocupándose en enseñar á los demás esta manera de expresarse.

—Decidme, si os place—preguntó Litvinof,—¿á qué atribuíis la indudable influencia de Goubaref sobre todos los que le rodean? ¿Consiste en su talento ó en sus condiciones?

—No, carece de lo uno y de lo otro.

—¿Será por su carácter?

—Tampoco lo tiene, pero posee una gran voluntad, lo cual entre nosotros los eslavos no abunda mucho. Mr. Goubaref se empeñó en ser jefe de partido y lo ha logrado. ¿Qué queréis? El Gobierno nos libró de la gleba, gracias le sean dadas, pero el hábito de la servidumbre está por demás grabado en nosotros para que podamos prontamente despojarnos de él. En todo y por todo necesitamos un amo. La mayor parte del tiempo ese amo es un sér viviente; á veces es una tendencia, como, por ejemplo, en este momento lo es la manía de las ciencias naturales. ¿Por qué?... ¿Qué motivos nos obligan á someternos de esa suerte voluntariamente? Es

un misterio, ó tal es, al parecer, nuestra naturaleza. Lo que importa es que tengamos un amo, y éste nunca falta. Somos verdaderos siervos. Nuestra altivez, de igual suerte que nuestra bajeza, son serviles. Se presenta un nuevo señor, y echamos abajo al antiguo. Ayer era Juan, hoy es Pedro. Al punto se despide de mala manera á Juan y se presta humilde homenaje á Pedro. Recordad todo lo que ha ocurrido de esta especie. Nos vanagloriamos de saber resistir, pero en vez de hacerlo como hombres libres, luchando con la espada, lo hacemos como un lacayo, no sabiendo dar más que puñetazos y sin que peguemos más que mientras el amo lo consiente. Somos también un pueblo blando, nada difícil de guiar. Hé aquí cómo Mr. Goubaref ha llegado á lo alto de la escala. Pegó siempre en el mismo sitio, acabando por agujerearlo. Se ve en él un hombre que ha formado de su persona una gran opinión, que tiene fe en sí mismo, que manda, que es lo esencial; de ahí el que hayan dicho las gentes: Debe tener razón y es preciso hacerle caso. Así se fundaron todas nuestras sectas. El primero que empuña el palo infunde en los demás el convencimiento.

Las mejillas de Potoughine se habían encendido poco á poco, y sus ojos se velaron; sin embargo, por duras que fuesen sus palabras, no eran ofensivas, sino que producían cierta tristeza.

—¿Cómo habéis conocido á Goubaref?—preguntó Litvinof.

—Le conozco hace ya mucho tiempo. Y ved ahí una de nuestras extravagancias. Suponed un escritor que ha pasado la vida declamando en verso y en prosa contra la embriaguez y combatiendo el estanco del aguardiente; una mañana compra dos alambiques y surte un centenar de tabernas. Cualquiera otro hubiera sido motejado por semejante hecho, y á éste nadie le dice nada. Lo mismo le sucede á Goubaref: es esclavófilo, demócrata, socialista, todo lo que se quiera, y sus haciendas estaban y están administradas por un hermano suyo, que es un señor á la antigua usanza. Y la misma Mad. Soukhantchikof, que tanto celebra el que Mad. Beecher-Stowe abofeteara á Tenteléef, casi se arrastra delante de Goubaref, cuyo mérito consiste en hacer que se crea que lee obras

sabias y que en todo quiere hallar gran profundidad.. Hoy habréis podido juzgar si tiene el talento de la palabra. Fortuna es, en medio de todo, que no sepa más que murmurar entre dientes, porque cuando está de buen humor, se dedica á contar pequeñas anécdotas cónicas, hasta tal punto, que por mucha que sea mi paciencia, no lo puedo soportar; ¡y con qué miserables risotadas cuenta todo esto nuestro grande Goubaref!

—¡Como si tuvierais tanta paciencia!—dijo Litvinof.—Creía lo contrario... pero permitidme que os pregunte vuestro nombre de pila.

Potoughine sorbió un poco de *kirschwasser*.

—Me llamo Sozouthe Juanovitch. Me pusieron este precioso nombre en memoria de uno de mis parientes, al cual no debo otra cosa alguna. Soy, si me es permitido decirlo así, de raza sacerdotal. En cuanto á mi paciencia, hacéis mal en dudar de ella; he servido veintidos años á las órdenes de mi tío el actual consejero de Estado Irinarche Potoughine. ¿Demasiado le conocéis?

—No.

—Os felicito por ello. Tengo mucha paciencia. Pero volvamos á nuestro asunto principal, como decía mi respetable amigo el arcipreste Awakoum, aquel á quien quemaron en tiempos del Czar Teodoro. No puedo librarme de la idea de nuestros compatriotas. Todos se lamentan, todos andan con cara larga, y al propio tiempo todos están llenos de esperanza. Contemplad á los esclavófilos, á los cuales se dice afiliado Mr. Goubaref; son gente excelente, y, sin embargo, siempre hallaréis en ellos la misma mezcla de desesperación y de indiferencia, y sólo viven de la palabra «porvenir.» Todo vendrá, pero en realidad nada viene, y por espacio de diez siglos Rusia no ha inventado nada, ni en el terreno de la política, ni en el de las artes, ni en el de la ciencia, ni siquiera en el de la industria. Pero esperad, tened paciencia, todo llegará. ¿Y por qué, pregunto yo, todo llegará? Porque nosotros, los hombres cultos, no somos más que unos andrajos; pero el pueblo... ¡oh! el pueblo es grande. Ved ese *armiak* (1); de

(1) Así se llama una parte muy principal del traje de los aldeanos.

ahí vendrá todo. Los demás ídolos están destruídos: entreguemos nuestra fe al *armiak*. Pero ¿y si no correspondiese á nuestras esperanzas? Corresponderá, estad seguro de ello; leed á Mad. Kokhanofska (1) y levantad los ojos al cielo. Si yo fuese pintor, hé aquí el cuadro que haría: un hombre civilizado en pie delante de un aldeano, y saludándole con gran respeto, le estaría diciendo: «Ilustradme, señor; perezco por falta de conocimientos.» Y hay que tener en cuenta que ambos no discrepan entre sí ni un dedo. Lo que hace falta, pues, es humillarse, y resignándose de veras y no de palabra; convendría apropiarse francamente lo que nuestros hermanos mayores inventaron mejor y antes que nosotros.— No creáis que soy un borracho, por más que el alcohol me suelte la lengua.

—Después de lo que acabáis de decir—añadió sonriéndose Litvinof,—ya no necesito preguntaros á qué partido pertenecéis y cuál es vuestra opinión acerca de Europa.

Potoughine levantó la cabeza.

—La admiro, le tengo grande afecto, y no creo en manera alguna necesario el ocultarlo. Desde hace mucho tiempo... no, desde hace poco, he dejado de temer el expresar mis convicciones; además, tampoco habéis ocultado á Mr. Goubaref vuestro modo de pensar. Gracias á Dios, yo no me asimilo las opiniones de aquellos con quienes hablo. En realidad no conozco nada peor que esa especie de timidez, esa vergonzosa complacencia que hace que un hombre de Estado resulte de acuerdo con el primer estudiante que se presenta, y á quien desprecia en el fondo de su alma. Emplea estos subterfugios por el afán de popularidad; pero en cuanto á nosotros, simples mortales, no necesitamos recurrir á semejantes rodeos. Sí, soy occidental, soy afecto á la Europa, ó, para hablar con más exactitud, soy afecto á la civilización, á esa civilización á quien tanto se denigra en la actualidad entre nosotros; la amo con todo mi corazón, creo en ella, y

(1) Novelista de talento que se ha dedicado á ensalzar los tiempos que pasaron y la *santa* Rusia.

nunca tendré otro amor ni otra fe. Esta palabra ci... vi... li... za... ción es inmaculada, comprensible y sagrada, mientras todas las demás, nacionalidad, gloria, respiran sangre.

—Y á la Rusia, Potoughine, ¿la amáis?

—La amo con pasión... y la odio.

Litvinof se encogió de hombros.

—Vejeces, Potoughine, futesas.

—Pues bien, ésa es la gran desgracia; no os espante eso. ¡Una futesa! Conozco muchas futesas excelentes. «Orden y libertad;» hé ahí una futesa inmortal. ¿Acaso preferiríais la que está en boga entre nosotros: «Jerarquía y desorden?» Y además, ¿acaso todas esas frases que embriagan á tantas cabezas jóvenes, la despreciable burguesía, la soberanía del pueblo, el derecho al trabajo, no son igualmente fútiles? En cuanto al amor inseparable del odio...

—¡Escuela de Byron—exclamó Litvinof,—romanticismo de 1830!

—Os equivocáis: el primero que estableció esta mezcla de contingentes fué Catulo, el poeta romano Catulo, que floreció hace dos mil años. De él lo he tomado, porque conozco un poco el latín, á consecuencia de mi procedencia clerical. Sí, adoro y odio á mi Rusia, mi sorprendente, grande, abominable y querida Patria. Acabo de abandonarla; tenía que refrescarme un poco después de haber estado doce años sentado detrás de una mesa; he abandonado la Rusia, y me encuentro aquí muy agradablemente; pero pronto emprenderé el camino de vuelta; lo siento... La tierra de las huertas es buena... pero en ella no se darían ni fuera posible que prosperasen las moras salvajes.

—Os encontráis aquí muy agradablemente, y yo también—dijo Litvinof.—He venido para estudiar, pero eso no me impide que observe cosas bien tristes...

Al paso que esto decía, señalaba á dos loretas, en torno de las cuales giraban charlando algunos miembros del *Jockey-Club*, y á la sala de juego, que estaba aún llena de gente, á pesar de lo avanzado de la hora.

—¿Qué es lo que os puede hacer creer que yo sea ciego?—replicó con viveza Potoughine.—Sin embargo, perdonadme;

vuestra observación me recuerda las triunfantes declamaciones de nuestros desdichados periodistas, durante la campaña de Crimea, respecto de las faltas de la administración en el ejército inglés, que denunciaba *The Times*. No soy optimista; toda nuestra vida, toda esta comedia con su fin trágico no se me ofrece de color de rosa; pero ¿á qué he de hacer sólo al Occidente responsable de lo que acaso tiene por causa una debilidad original? Esta casa de juego da asco, es cierto; pero ¿nuestros griegos, nuestros fulleros son preferibles? No, querido Gregorio, seamos más humildes y menos severos: un buen discípulo puede notar las faltas de su maestro, pero guarda acerca de ellas un silencio respetuoso, porque estas mismas faltas le son útiles y encierran una enseñanza saludable. Si os empeñáis en criticar la pódredumbre del Occidente, coged al Príncipe Coco que pasa por allí tan de prisa: acaba probablemente de arrojar en un cuarto de hora sobre el tapete verde lo que con trabajo ganarían ciento cincuenta familias; sus nervios están en este instante alterados, y esta mañana le he visto en casa de Marx hojear un folleto de Veuillot... ¡Hé ahí un hombre famoso!

—Permitidme—dijo precipitadamente Litvinof al ver que Potoughine se ponía en pie.—Apenas conozco al Príncipe Coco, y prefiero con mucho vuestra conversación...

—Os lo agradezco mucho—repuso Potoughine inclinándose;—pero hace ya mucho tiempo que hablamos, ó mejor dicho, que yo solo hablo, y quizás vos mismo hayáis notado que acaba uno por tener un poco de rubor de la propia elocuencia, cuando no se le contesta. Además, me parece que basta, siendo la primera vez que conversamos. Hasta la vista. Os lo repito, celebro mucho haberos conocido.

—Pero, esperad, Potoughine; decidme dónde vivís y cuánto tiempo pensáis estar aquí.

Esta pregunta pareció producirle cierto embarazo.

—Aun me estaré una semana en Baden; ya nos encontraremos en casa de Weber ó de Marx... También podré ir á vuestra casa.

—De todos modos, quisiera saber vuestras señas.

—Sí, pero es el caso... que no vivo solo.

—¿Estáis casado?

—¡Qué idea! ¿Cómo es posible que se hable así sin pensar? No... pero tengo conmigo á una muchacha.

—¡Ah!—dijo Litvinof como excusándose.

—No tiene más que seis años—añadió Potoughine.—Es una huérfana... hija de una señora... de una de mis amigas. Mejor será que nos veamos aquí. Adiós.

Se puso el sombrero sobre su rizada cabellera, y se alejó rápidamente en dirección al paseo Lichtenthal.

«¡Personaje particular! iba pensando Litvinof al encaminarse á su fonda; habrá que procurar volver á verle.» Entró en su habitación, y vió una carta sobre la mesa. «Es de Tania,» dijo con alegría; pero la carta venía de la aldea; era de su padre. Litvinof rompió el sello con armas que la cerraba, y se disponía á leerla... cuando le llamó la atención un olor fuerte, muy agradable, que no le era desconocido; se volvió y notó sobre la ventana, en un vaso, un ramo de heliotropos. Litvinof lo contempló, no sin sorpresa, lo tocó, lo olió. Aquello le recordaba vagamente algo, algo muy lejano; pero ¿qué era? No lo podía recordar. Llamó al criado y le preguntó de dónde habían venido aquellas flores. El criado le contestó que las trajo una señora que se negó á dar su nombre, y únicamente dijo que Mr. Litvinof adivinaría de seguro por ellas de quién eran. Gregorio pareció de nuevo acordarse de algo... Interrogó al criado sobre el aspecto de la señora. Era alta, vestía con elegancia y llevaba un velo.

—Debe ser una Condesa rusa—añadió el criado.

—¿Por qué lo suponéis?

—Me ha dado dos florines.

(*Se continuará.*)





CRÓNICA POLÍTICA

(DESDE LA FRONTERA.)

No sucede este año lo que en anteriores ha solido acontecer. La política de corrillo, el chichisveo del salón de conferencias, no han venido á veranear á la frontera. Son muy contados los hombres públicos que desde Madrid han trasladado su residencia á estos consabidos pueblecillos semiespañoles, semifranceses, donde tantas veces han declarado nuestros compatriotas guerra sin cuartel al calor y al Gobierno... y donde frecuentemente han dejado á un tiempo dinero y esperanzas los que se complacieron en traer aquí sus rivalidades de partido, sus ambiciones de mando y sus odios de tresillo y baccarat.

Apenas se tiene noticia de que alguno que otro diputado ó senador de la mayoría vegeta apaciblemente en San Juan de Luz, disfrutando de lo que alguien ha llamado la dulce concupiscencia de la holganza. Ni pensar, ni discutir, ni siquiera votar; ¿puede concebirse más regalada vida?

Quizá el porvenir no es sonriente para la hueste fusionista: van aumentando las asperezas entre los elementos aliados y creciendo las dificultades del poder... Á nadie se oculta que la disidencia latente en el seno de la situación ha de producir

sus naturales resultados cuando las brisas de otoño sacudan el árbol plantado en febrero de 1881... Pero, entretanto, transigir con las circunstancias es la ciencia de los gobernantes... Bien dijo el insigne Duque de Rivas:

El pasado nada es ya;
 el porvenir no llegó;
 le presente... ¿qué sé yo?...
 De entre las manos se va.

El programa del jefe del Gabinete no puede ser más adecuado para alentar filosofías de esta especie. Es el Sr. Sagasta el General *No-importa* de otros tiempos; pero no el que miraba con desdén los obstáculos, porque le sobraban fe y entusiasmo para arrollarlos, cuando no vencerlos; no el que caminaba derecho á la realización de su propósito, sin reparar en los sacrificios que hubiera de imponerle; no el que supo morir en Zaragoza y triunfar en Bailén... El positivismo dominante pertenece á otra escuela. Al director de la fusión no le importa el descontento de sus amigos, ni el mal-estar del País contribuyente, ni nuestra desairada posición en Europa; no le importa que se le acuse de tornadizo como hombre de partido, apóstol de libertades en la oposición, paladín de la dictadura en el Gobierno; no le importa que las cargas públicas agobien á la agricultura, la industria y el comercio, que los intereses nacionales sean desconocidos ó vejados allende nuestras fronteras; no le importan las quejas de la opinión ni los fallos de la historia, mientras cuente con el voto de la mayoría que le defienda y la benevolencia de la Corona que le escude...

Hay un personaje caracterizado á maravilla en una de esas extravagancias cómico-lírico-aurinas con que ilustra sus fastos el teatro por horas y por varas; el cual personaje sintetiza con toda precisión el criterio que hoy impera en las regiones oficiales.—¿Se cae la casa de enfrente?... ¿Y á mí qué?... ¿Se desatan los vientos y ruge el trueno y amenaza el rayo?... Como si reinara la más perfecta calma.

El temperamento político de los actuales Ministros pudie-

ra calificarse de linfático. No sin razón se ha dicho, por lo tanto, que la situación há menester de un eficaz reconstituyente.

*
*
*

Camino de la *gare* de Hendaya, desfilaban no hace muchos días tres de nuestros más fervorosos estadistas (llamémosles así).

—¿Y V. cree que en octubre se planteará la crisis?—preguntaba uno de ellos, enjuto de carnes, metido en barbas, agudo de voz... más acaso que de entendimiento.

—Para mí es indudable que la modificación ministerial se impondrá como necesidad ineludible, así que la política vuelva á Madrid—contestó otro de los interlocutores, más bajo que alto, más gordo que delgado, cara redonda con bigote negro, acento andaluz muy pronunciado.

—Puede ser—repuso el tercero, menos atildado en el vestir que sus colegas, de aire más resuelto, y á juzgar por sus palabras, de convicciones más sólidas.—Tengo para mí que el Ministerio no deja de conocer la proximidad de su fin, tal como al presente se halla constituido. Lleva año y medio de existencia, ha luchado con varia fortuna en el Parlamento, ha impuesto á las clases conservadores soluciones—que ellas rechazan, y ha defraudado, por otra parte, halagüeñas esperanzas de los demócratas, que le vuelven la espalda. Sin el apoyo de aquéllas ni de éstos, es claro que carece de verdadera fuerza para sostenerse mucho tiempo... Vendrá, pues—no lo dudo,—la crisis que VV. los impacientes desean á todo trance.

—Yo ni la deseo ni la combato—objetó el andaluz, á quien parecía dirigirse especialmente el orador.

—Soy franco—añadió éste,—y declaro lealmente que hay hombres importantes en el partido fusionista, injustamente desposeídos de toda representación oficial...

El de las barbas quiso decir algo... que se le atragantó, mientras el del bigote parecía distraído mirando cómo se desvanecía en el aire la apretada columna de humo de una locomotora que maniobraba á corta distancia de los tres.

—Sagasta—continuó el que llevaba la palabra—cometió, al formar el actual Gabinete, un grave error, que yo llamaría pecado, si no creyese que fué perfectamente intencionado de su parte. Prescindió de antiguos amigos suyos, á quienes el juicio público designó desde un principio como obligados intérpretes en el poder de la política sustentada durante los seis últimos años desde los bancos de la oposición. ¿Por qué prescindió de ellos?... Sin darse tal vez cuenta del motivo, los postergó al afán de hacer política personal, política propia, política exclusivamente sagastina, como Cánovas hiciera política esencialmente canovista.

No había entre los viandantes ningún conservador que pudiera oponer el necesario correctivo á esta última apreciación del incisivo crítico.

—¿Qué de obstáculos no le hubiera creado para ese intento—prosiguió—la vigorosa iniciativa ó el enérgico carácter de... de cualquiera de los que forman en primer término entre los constitucionales de abolengo?... Pensó que alejándolos de su lado *le dejarían en paz*, según su paladina frase, y en representación de su partido llamó al Gobierno á soldados de fila, para quienes el entorchado de Ministro más había de ser lazo de gratitud que ocasión de sucesivas exigencias.

—Pero Albareda... pero León y Castillo...

—Á ellos me refiero precisamente. Siempre he puesto en problema la bravura de fieras que se dejan deslumbrar por el brillo de los hierros de la jaula... Ahí los tienen ustedes admirablemente sometidos á la voluntad del domador. Albareda quiso intentar un acto de digna independencia, al dimitir, no hace mucho, cuando la cuestión de la cátedra de Teruel, que le ha cubierto de ridículo, y ni siquiera tuvo valor, ante la resistencia de Sagasta, para exigir que de su dimisión se diera conocimiento á la Corona. El asunto se empasteló en Consejo privado, como si dijéramos *inter amicos*, y S. E. sigue despotricando en Fomento, muy fiero con sus subordinados... pero muy blando, muy blando con su Presidente... Hasta dudo que el cuerno de Ernani, si es que llega á sonar alguna vez, tenga para él la decisiva resonancia de que se ha hablado.

—¿Ha visto V. á León y Castillo?—preguntó con mucho *ceceo* el que antes se había hecho el distraído, y á quien al parecer, no dejaba de interesar la conversación.

—No le he visto—replicó el interpelado.—Sé que vino á Anglet el otro día... y sé por cierto que en esta aduana (había llegado ya á la estación de Hendaya) le ocurrió un percance verdaderamente cómico, tratándose de un Ministro...

Hablaron en voz baja y no fué fácil entender lo que dijeron.

—Es, por lo visto, un librecambista práctico—exclamó el barbudo por comentario.

—Es un *bon vivant*,—agregó el que entre los tres representaba el sentido común en su más lata expresión.—Ha encontrado muy cómodo ser Ministro, cree haber cumplido elaborando esas cuantas leyes para Ultramar que *La Correspondencia* se ha tomado el trabajo de aplaudir... y no hay que pedirle más. Ahora descansa en casa de su suegro. Ni provocará conflictos en el seno del Gabinete, ni Sagasta le concede la menor importancia política.

—Sagasta está dominado por Martínez Campos y Alonso Martínez.

—No diré que no. *Se deja* dominar por ellos, lo cual, sin embargo, puede ser muy distinto. Ha comprendido que el partido constitucional no fué llamado al poder sino bajo la garantía del centro, y ha tenido el tacto suficiente para hacer suyas las soluciones centralistas, evitándose el desairado papel de rechazarlas... para suscribirlas á la postre. Hé ahí el secreto de su actitud, y hé ahí por qué no quiso tropezar en ese camino con hombres de verdadera significación y arraigo en el constitucionalismo, que hubieran convertido en crisis ministerial lo que ahora no pasa de ser una disidencia en la mayoría.

—Que puede costarle cara.

—Por ahí he empezado, reconociendo la gravedad que, en efecto, entraña, pero que hubiera sido mucho más de temer en aquellas otras condiciones.

—¿Y cree V. que Sagasta hizo mal en preparar así su plan de Gobierno?

—Lo creo, porque soy poco amigo de ciertos procedimien-

tos. Quiero la política clara, resuelta, transparente. Esas *ingeniosidades* pueden dilatar los sucesos... pero no los conjuran. Y Sagasta caerá por la lógica de los hechos para dejar paso abierto á los principios que él tenía el deber de plantear. Vendrá un Ministerio formado con elementos de eso que pretende llamarse *izquierda dinástica* desaparecerán Alonso Martínez y Vega Armijo y Pavía... Triunfarán en toda la línea Moret y los suyos... á reserva de que continúe Martínez Campos en el Ministerio de la Guerra ó en la Capitanía General de Madrid ó (porque esto sería poco) al frente de un cuerpo de ejército que, como consecuencia de la emprendida reorganización militar, se forme *ad hoc*...

—Me parece que está V. fantaseando.

—No se hagan VV. ilusiones. Martínez Campos ha prestado un servicio al trono, aliándose á elementos que, sin él, sin su firma ó aval, no hubieran sido elevados al poder y que estarían, por consecuencia, enfrente de las instituciones, á las que hoy otorgan su concurso. Martínez Campos hará con los demócratas fáciles lo que ha hecho con los constitucionales récalcitrantes.

—Pero ¿es que va á convertirse el General en pasaporte de todos los partidos, en sus relaciones con el poder irresponsable?

—Cánovas no necesita ese pasaporte. Y él será, en definitiva, la fórmula que ponga fin á estos ensayos...

—Hasta que vengan VV.,—arguyó sonriendo el del bigote.

El que había sostenido el diálogo sonrió también y contestó:

—Si creyera en la tradición del Cristo de Lezo, cerca de cuya ermita va á llevarnos el tren, al pasar por Rentería, diría á VV. *que aun suda el cura*, cuando los republicanos consultamos nuestro estado.

*
* *

¿Cuál es la tradición á que aludía el expansivo pasajero de Hendaya?...

Cuéntase en esta privilegiada tierra vasca, donde aun tiene prosélitos la hechicería y creyentes el exorcismo, que cuando las criaturas de pocos meses enflaquecen y amarillean, cuando sus ojos se agrandan, sus pómulos se aguzan y su boca se contrae, es todo ello señal evidentísima de que las brujas han hecho presa del infante, víctima de sus artes infernales.

Pero la Providencia, que consiente el mal, da á la vez el remedio, y en casos tales, para averiguar si el niño está, en efecto, *embrujado*, no hay más que acudir á la ermita del Santo Cristo de Lezo, donde el capellán dice una misa con aquel objeto...

Si al decirla *suda*... es indudable el maleficio.

Los republicanos tienen, pues, que conjurarlo, según el referido texto.

Lo cual no ha de ser, ciertamente, del todo llano y expedito.

R.





REVISTA EXTRANJERA



L Egipto tiene la gran desgracia de tener el canal de Suez, y este canal, obra admirable del ingenio humano, es causa de la ruina del país que atraviesa y debiera enriquecer.

Su misma importancia causa sus males. Inglaterra conquista á cañonazos la posesión del istmo, sin que importe que á los cañonazos espere un pueblo. ¿Son Arabi y los egipcios de aquellas razas destinadas por la suerte á sufrir el vergonzoso látigo de la dominación extranjera? Así parece que está escrito, como dice el creyente; y sin embargo, el principal delito de Egipto es el de no ser una nación poderosa por la fuerza de las armas, y su mayor barbarie consiste en no disponer de suficientes elementos de guerra. El alcance de la metralla es hoy la única medida de la civilización y de la barbarie.

Véase, por otra parte, cómo se expresa el bárbaro *dictador* egipcio en una carta que, antes del bombardeo de Alejandría, dirigió al culto primer Ministro de la civilizada Inglaterra:

«Nuestro Profeta, escribió Arabi á Lord Gladstone, nos ha mandado en su Korán que no busquemos la guerra ni la empecemos; pero nos ordena también que, en el caso de que se nos declare la guerra, resistamos y persigamos por todos los

medios posibles y sin piedad al enemigo, si no queremos merecer sus anatemas.

»Por consiguiente, puede Inglaterra estar segura de que el primer cañonazo que tire contra Egipto rasgará todos los tratados y todas las convenciones existentes, suprimirá la intervención europea y nuestra deuda, y nos permitirá destruir los canales, cortar las comunicaciones y utilizar el celo religioso de los mahometanos para hacer predicar la guerra santa en la Siria, en la Arabia y en la India.

»El Egipto es para los musulmanes la llave de la Meca y de Medina, y todos están obligados por su ley religiosa á defender estos lugares santos y los caminos que allí conducen á los fieles. Se han predicado ya á este objeto elocuentes sermones en las mezquitas de Damasco, y se ha ultimado sobre el particular una convención con los jefes religiosos de todos los países, en el mundo musulmán. No puedo menos de repetir que el primer cañonazo disparado contra Egipto por Inglaterra ó sus aliados hará correr mucha sangre en toda la extensión del Asia y del África, siendo Inglaterra la única responsable de lo que ocurra.

»El Gobierno inglés se ha dejado engañar por sus agentes, que han destruído el prestigio de su País en Egipto, y equivocada está Inglaterra si cree poder reconquistar por la fuerza brutal de cañones y bayonetas el terreno perdido.

»Habría, por otra parte, medios más humanos y amistosos para conseguir este resultado. El Egipto quiere todavía y hasta desea entenderse con Inglaterra, entrar en relaciones serias de amistad con ella, proteger sus intereses, asegurarle el camino de la India y ser su aliada; pero para ello es menester que Inglaterra se mantenga en los límites de su jurisdicción.

»Si prefiere, sin embargo, seguir engañada, vanagloriarse de sus fuerzas y amenazarnos con sus flotas y sus tropas de la India, en su mano tiene la elección. Pero le advierto solamente que no debe despreciar, como hasta aquí lo ha hecho, el patriotismo del pueblo egipcio. Los representantes que entre nosotros ha tenido no han sabido enterarle de los cambios profundos que se han verificado en nuestro País

desde que desapareció la tiranía de Ismail. En nuestros modernos tiempos las naciones dan de súbito pasos gigantescos en la senda del progreso.

»Finalmente, segura puede estar la Gran Bretaña de que estamos resueltos á combatir y á morir, si es preciso, como mártires por nuestro País, según nos lo manda nuestro Profeta, ó á vencer y vivir independientes y felices. En uno y otro caso nos espera la dicha, y cuando un pueblo está penetrado de esta convicción, su valor no conoce límites.

»AHMED ARABI.»

¿No es verdad que el dictador se nos presenta en esta carta con un carácter de conciliación, una dignidad y grandeza de alma que le honran? ¿No es cierto que no parece tan bárbaro como suponen?

*
* *

La inmensa mayoría de la prensa europea, eco fiel de la opinión pública, se ha pronunciado contra lo que algunos llaman un acto injustificable de brutalidad internacional perpetrado por Inglaterra en Alejandría.

Se habla mucho del desorden que reina en Egipto, de las matanzas de europeos, del pánico que cunde y de la necesidad de restablecer la calma. Pero no se dice que ese desorden, esas escenas sangrientas y ese pánico tienen una fecha posterior á la manifestación naval de Francia é Inglaterra; que las imposiciones extranjeras hacen siempre que se rebelen los ánimos inspirados en el amor de la patria, y que las escenas de ruina y de sangre inspiran á las masas el innoble sentimiento de la represalia.

Pero en los Estados Unidos es donde más anatematizada ha sido la conducta de Inglaterra y los tiránicos planes del Gabinete Gladstone. Creen los americanos que nunca podrá legitimarse la necesidad de aplicar el Almirante Seymour, en el delta del Nilo, los procedimientos de pirotecnia guerrera, ya empleados anteriormente por Decatur y Lord Exmouth contra los piratas de Argel. Se cree en América que existe realmente en Egipto un partido nacional, deseoso de librar al País de la tiranía política, y sobre todo financiera, de

las potencias de Occidente, sanguijuelas insaciables que agotan toda la savia vivificadora del País que creyeron conquista suya. Las simpatías americanas se han manifestado con motivo de los elogios que los antiguos representantes de los Estados Unidos en Egipto han hecho de aquel País en las columnas de los periódicos, recordando que el actual ejército egipcio se organizó principalmente por oficiales americanos, y proclamando altamente en Wáshington la necesidad de que el canal de Suez se halle libre del dominio exclusivo de Francia é Inglaterra y se coloque bajo la dirección de una comisión verdaderamente internacional, en la cual estén representados los Estados Unidos, España, Italia y las demás potencias mediterráneas de Europa.

El sentimiento patriótico de que tanto alardean los Estados Unidos, les inclina naturalmente en favor de la causa de las naciones que combaten por su autonomía. Así se ha comprendido también instintivamente en el Cairo y en Constantinopla, donde Arabi-Bey y el Sultán han rivalizado en miramientos y atenciones á los representantes del Norte-América. Y mucho han contribuído á excitar violentamente el sentimiento general contra Inglaterra los miles de ciudadanos de origen irlandés que tiene la gran República, y que, inspirándose siempre en el odio inveterado que profesan á la metrópoli inglesa, han sido los primeros en declarar, en la prensa y en imponentes *meetings*, que el bombardeo y el incendio de Alejandría son actos de fuerza indignos de nuestro siglo, actos que quedarán sin resultado civilizador por haberse llevado á cabo sin provocación de Egipto ni motivo serio, y sublevarán contra el egoísmo inglés á todas las naciones que no tengan por corazón una guinea.

*
* *

La conducta de Inglaterra delante de Alejandría, y la idea de que esta potencia pudiera verdaderamente apoderarse de Egipto, y ante todo del canal de Suez, han excitado de nuevo los inveterados odios de Rusia contra la pérfida Albión; y los rusos se inclinan á creer que la nueva política de Mr. Gladstone en Oriente no es más que un movimiento es-

tratégico, encaminado principalmente contra el Imperio moscovita.

Inglaterra, dicen, se halla siempre preocupada con la idea de que, uno y otro día, Rusia puede intentar arrebatarse la India, y bajo la influencia de esta idea, procura siempre crear en todas partes bases de operaciones contra Rusia, que le permitan obrar ofensivamente en caso necesario, y neutralizar por medio de actitudes enérgicas toda tentativa de arrebatarse lo que considera justamente como el más hermoso florón de su corona. Quiere además oponerse en lo posible al desarrollo marítimo y comercial de Rusia en el Océano Pacífico. Esto explica la construcción del ferrocarril de Ismid-Bagdad, que, proseguido hasta Persia, podría consolidar para siempre la influencia de la Gran Bretaña en aquel País, y esto explica también las tentativas que ha hecho el Gabinete de Londres para obtener del Shah de Persia el derecho de navegación en el Caroun.

Es, pues, evidente que Inglaterra hace toda clase de esfuerzos para tener, en caso de colisión con Rusia, toda clase de probabilidades de éxito en favor suyo.

El intento de apoderarse del canal de Suez entra en este mismo orden de ideas; porque Inglaterra, dueña del canal, puede cerrar el paso, cuando bien le parezca, á los buques de todas partes, y por consiguiente de Rusia.

Toda la prensa rusa se ha declarado en esta circunstancia contra la Gran Bretaña, incluso el *Golos*, que rompía lanzas hace pocos días en favor del Gabinete de Londres.

La reciente actitud del Gobierno francés produce también en Rusia un deplorable efecto. Las declaraciones de Mr. de Freycinet sobre la cuestión de Egipto en la sesión de 19 del actual, han sido muy mal acogidas por los principales órganos de la prensa de San Petersburgo, pues hasta ahora se había creído que Francia no haría causa común con Inglaterra, y se la ve dispuesta á reanudar sus tradiciones de cordial inteligencia con Inglaterra en las luchas de Oriente.

Los patriotas rusos, para quienes la alianza francesa se presentaba siempre como el mejor medio de combatir la influencia y resistir las imposiciones de Alemania, se sienten

afectados de ver que Francia se dispone á seguir en Oriente una política hostil á Rusia. Es claro que el partido alemán muestra su regocijo al ver otra vez en sus manos la influencia que se le escapaba.

Rusia, sin embargo, no puede ya permanecer aislada ante los sucesos, y es natural que busque un apoyo en Alemania y Austria-Hungría. Este apoyo tendrá naturalmente por consecuencia el restablecimiento de la influencia alemana; pero robustecerá también los intereses conservadores y dinásticos, produciendo un enfriamiento sensible en perjuicio de la República de Francia.

Según telegrama dirigido desde Berlín el 24 de julio al *Morning Post*, corre ya muy válida la noticia de que el Czar ha expuesto sus deseos de tener una entrevista con los Emperadores de Alemania y Austria y con el Rey de Italia.

Es natural que así suceda.

*
* *

El llamado areópago internacional está ya condenado á figurar en segundo término; pues Inglaterra está resuelta á obrar aisladamente, empleando por cuenta propia la fuerza de las armas para zanjar la cuestión de Egipto. Lord Gladstone ha pedido á la Cámara los créditos necesarios para un cuerpo de expedición de 25.000 hombres, de los cuales 18.000 se enviarán á Alejandría, y los restantes constituirán la reserva para las eventualidades que se ofrezcan.

El Gabinete de San James es hoy hostil á la cooperación otomana, y aun la teme en tales términos, que ha mandado cortar el cable turco entre Alejandría y Constantinopla, de suerte que el Sultán Abdul-Hamid no puede ya comunicarse con su vasallo más que por conducto de los ingleses.

El jefe del Gabinete liberal de la Gran Bretaña ha declarado solemnemente en la Cámara que la Puerta ha dejado pasar la ocasión de intervenir. ¡Ya es tarde! ¿Quién no comprende lo que oculta tanta retórica?

Lord Gladstone ha caracterizado también la intervención francesa, limitada á custodiar las orillas del canal de Suez. Se ha lamentado, ó aparentado lamentarse de que el Gabi-

nete de París no preste ó no pueda prestar á las tropas inglesas un concurso más directo y decisivo, tomando también parte en las operaciones que se verificarán en el interior de Egipto.

Las declaraciones de Mr. Freycinet en el seno de la comisión del Senado que entiende en los créditos pedidos para la expedición de Egipto concuerdan también en sustancia con las del Gabinete de Londres. Francia se limitará á una intervención parcial, sin separarse del istmo.

Se había hablado del envío de 40.000 franceses y de un crédito de 40 millones; pero la realidad es mucho más modesta. Francia envía simplemente 4.000 marineros para tomar posiciones entre Port-Said y El-Kantara, y el crédito pedido no es más que de 9 millones. Y hay que observar que estas medidas las reclama exclusivamente el Ministro de Marina, y no el de la Guerra. Es decir, que el ejército de tierra francés se aísla de la acción emprendida por la Gran Bretaña; y como el Gobierno de París limita así sus proposiciones, precisamente la víspera de suspender las sesiones de las Cámaras, hay que reconocer que no prevé ya incidente alguno que exija en un plazo más ó menos inmediato la convocación del Parlamento.

La guerra contra Arabi y la pacificación de Egipto corren exclusivamente á cargo de Inglaterra.

*
*
*

El asunto del día es el brillante discurso pronunciado en el Senado francés por el antiguo Ministro de Napoleón, Mr. Broglie.

Ha aplaudido el Duque de Broglie á Mr. Thiers y al Mariscal Mac-Mahón, porque en su tiempo Francia se había refugiado en la política del recogimiento, tan digna de un gran pueblo, pues un gran pueblo consigue tanto el equilibrio general con su abstención como con su acción exagerada, siendo la prudencia la verdadera salvaguardia de la dignidad, como se experimentó en el Congreso de Berlín.

Ha condenado el que desde aquel momento se haya querido alcanzar gloria á poco precio, buscándola en África y en

Oriente contra enemigos y elementos que se creyó podían fácilmente vencerse.

Ha dicho que la influencia de Francia en Egipto era más moral que material, y se mantenía precisamente porque era moderada y modesta. Pero en 1878 cambió esta política, y se quiso que los franceses dominasen solos en Egipto con Inglaterra, sin reflexionar en la diferencia, en la oposición de intereses que existían entre las dos Naciones; se quiso convertir en verdaderos Ministros á los interventores franceses é ingleses, y se quiso gobernar administrativa y políticamente en Egipto, renunciándose á una inalterable tradición de cuarenta años y haciendo revivir la influencia turca en el Cairo.

Se ha extrañado de haber oído decir en la tribuna francesa, por apóstoles de los principios de 1789, que hay razas condenadas á ser esclavas, cuando son tan preferibles los principios y la conducta en esta parte de los humildes misioneros, y cuando es tan sabido que es natural la repugnancia á toda dominación extranjera, repugnancia más viva todavía en los pueblos menos cultos.

«Inglaterra, decía el elocuente Duque, puede haber salvado con un golpe de energía, no diré su honor, porque no hay honor en producir ruinas, sino su prestigio; pero Francia lo ha perdido completamente.

»Nos hallamos en el caso de que la intervención combinada de Francia é Inglaterra se limite á ocupar ciertos puntos del canal de Suez, ó se extienda hasta organizar una expedición en Egipto. Ambas hipótesis presentan grandes dificultades. La intervención limitada no es bastante. ¿Qué harían cuatro ú ocho mil hombres á orillas del canal, si lo restante del Egipto queda entregado al desorden y al pillaje? No podrán mantenerse allí, y habrá que extender la intervención. Pero ¿quién intervendrá? Inglaterra, que restablecerá la autoridad del Khedive, plantará su bandera en todos los pueblos de Egipto, mientras que nosotros nos quedaremos á un lado como un batallón de depósito. ¿Es ése el medio de levantar el prestigio de Francia?»

Increpando luego á los gobernantes, les decía: «¿Habéis hecho algún pacto con la paz europea? ¿No pensáis que, al

dar un hachazo al antiguo Imperio otomano, puede producirse una conflagración europea? Es cierto que estáis aliados con Inglaterra; pero ¿qué fin nos proponemos? Además, toda alianza produce casi siempre otra alianza contraria, y ya se habla de una cuádruple alianza que se opone á la vuestra. Siendo esto verdad, la alianza de dos contra cuatro no es cosa muy tranquilizadora...»

*
* *

No se ve en la República francesa una idea fija y persistente que permita augurar un buen resultado en las cuestiones pendientes. La solución del problema se halla ya indudablemente en la boca de los cañones; pero ¿donde dará de rechazo la disparada metralla?

*
* *

Por otra parte, el estado interior de la República nada tiene de halagüeño.

Vemos, como siempre, al partido *comunista* preponderando en el Consejo municipal de París, que ha votado una reparación al incendiario Delescluze, el más triste personaje de la *Commune* y el que la personifica en la historia. La *Commune* crece y su audacia aumenta cada día. No basta ya que se asesine el derecho, que se desorganice el ejército, se eche abajo la magistratura, se pervierta la educación pública, se persiga al clero, se escarnezca la religión y se ultraje á Dios. Nada basta, y la revolución es insaciable.

Y entretanto Mr. Grevy se está quieto, ó mejor dicho, da su firma, en vez de oponer su veto á fin de realizar la política liberal y verdaderamente conservadora que ofreció en su programa.

Hay síntomas que alarman, y son muchos los despreocupados que más de una vez preguntan con ansiedad creciente: ¿Será éste el principio del fin?

S.